



Universidad de Chile

Facultad de Ciencias Sociales

Departamento de Psicología

Magíster en Psicología Clínica de Adultos

EL DESENCADENAMIENTO DE LA ADICCIÓN EN SUJETOS NEURÓTICOS

Estado del arte e hipótesis general

Tesis para optar al grado de Magíster en Psicología Clínica de Adultos

ALUMNO

Benjamín Silva Palacios

PROFESOR PATROCINANTE

Roberto Aceituno

PROFESOR GUÍA

Fabián Naparstek

Santiago, Julio de 2014

A don R.

*“Yo me invito a entrar
a la casa del vino
cuyas puertas siempre abiertas
no sirven para salir”*

Jorge Tellier, “Cosas vistas”. En Antología poética.

ÍNDICE

1. RESUMEN.....	pág. 5
2. INTRODUCCIÓN. LAS ADICCIONES Y LA ÉPOCA.....	pág. 7
2.1. Nociones desde la historia y la sociología: la sociedad de consumo.....	pág. 7
2.2. Lectura psicoanalítica del malestar en la cultura actual: cruce entre el discurso capitalista y el de la ciencia. Felicidad e imperio del superyó.....	pág. 19
3. NOCIONES DE LO TÓXICO Y LA ADICCIÓN. FREUD Y LACAN.....	pág. 30
3.1. Freud: lo tóxico y las adicciones.....	pág. 30
3.2. Lacan: la definición de la droga.....	pág. 39
4. CONCEPTUALIZACIONES DE LOS SEGUIDORES DE LACAN SOBRE EL TOXICO Y LA ADICCIÓN.....	pág. 45
4.1. La adicción implica una ruptura.....	pág. 46
4.2. Estatuto no sintomático de la adicción.....	pág. 53
4.3. Identificación al “yo soy adicto”.....	pág. 59
4.4. La función del tóxico.....	pág. 64
5. ESTADO DEL ARTE SOBRE EL DESENCADENAMIENTO DE LA ADICCIÓN EN SUJETOS NEURÓTICOS.....	pág. 72
5.1. Síntesis de las referencias teóricas encontradas.....	pág. 72
5.1.1. Generalidades del desencadenamiento.....	pág. 72
5.1.2. Lógica del desencadenamiento.....	pág. 75
5.1.3. Iniciación del consumo.....	pág. 82

5.2. Evaluación del estado del arte respecto al problema de investigación.....pág. 85

6. HIPÓTESIS SOBRE EL DESENCADENAMIENTO DE LAS ADICCIONES..... pág. 91

6.1. El desencadenamiento de la adicción ocurre en el contexto de una coyuntura dramática que presentifica lo insoportable para un sujeto, conmoviendo la estructura y abriendo una pregunta subjetiva..... pág. 91

6.2. La conmoción de la estructura modifica la función del tóxico, en un viraje hacia la manía por fuera de la medida fálica, y ocasionando una ruptura del lazo pulsional con el Otro..... pág. 92

6.3. La nueva función del tóxico intenta articular una respuesta a la problemática subjetiva que surge con la conmoción de la estructura..... pág. 92

6.4. Las condiciones de desencadenamiento de la adicción son las mismas condiciones de desencadenamiento de la estructura..... pág. 93

6.5. Lo que tiene de particular la adicción es la “respuesta” que plantea a un problema subjetivo. La adicción sostiene el desencadenamiento, es decir, la ruptura..... pág. 109

7. CONCLUSIONES..... pág. 112

7.1. Síntesis crítica y perspectivas futuras de investigación..... pág. 112

7.2. Consecuencias para la práctica clínica..... pág. 124

8. BIBLIOGRAFÍA..... pág. 129

1. RESUMEN

La presente investigación explora cómo se ha teorizado el momento de desencadenamiento de una adicción en sujetos neuróticos, dentro de la literatura psicoanalítica derivada de la enseñanza de Jacques Lacan, para comprender la dinámica y los elementos en juego al interior de la coyuntura dramática que antecede a la instalación de la enfermedad.

Inicialmente se caracterizan las adicciones en el contexto general de la sociedad de consumo, puesto que su existencia como un síntoma social y subjetivo data de la segunda mitad del siglo XIX. La emergencia de la figura del adicto es correlativa al entrecruzamiento del discurso técnico-científico y el discurso del capitalismo. Entre los efectos generalizados de este cruce, recortamos particularmente el empuje a la felicidad en el consumo, la caída social de la responsabilidad subjetiva, el rechazo del límite a la reapropiación del objeto de satisfacción y el debilitamiento de los ideales como orientadores del circuito pulsional.

Luego, se hace un recorrido por las conceptualizaciones fundamentales que derivan de Freud, Lacan y sus seguidores, para situar el campo de nociones que permitirán posteriormente comprender las teorizaciones en torno al desencadenamiento de las adicciones. Definimos a la adicción en términos del relevo de una vía de satisfacción masturbatoria o autoerótica, que tras su desencadenamiento provoca una ruptura con las operaciones que la estructura dispone para mediatizar la tramitación pulsional. Se trata de una operación de tratamiento del goce diversa a la del síntoma, puesto que monta una barrera a lo real de la pulsión por la vía de lo real, aunque reasegurada por una identificación masiva al “yo soy adicto”, que da estabilidad a la formación. De ese modo, el tóxico posee una función que es preciso dilucidar en cada caso, pero está siempre condicionada por el anclaje o no de la práctica del consumo en los carriles de la estructura. El desencadenamiento es lo que da viraje a un consumo maníaco por fuera de las operaciones de la estructura.

Posteriormente se revisan y comentan los trece pasajes encontrados en la literatura que hacen referencia al desencadenamiento de las adicciones, y los cuatro pasajes alusivos a la iniciación del consumo. No hay una teoría unificada al respecto. Por eso, se intenta establecer una lógica de desencadenamiento articulada con el momento de iniciación, que es el punto en que se instrumentaliza el uso de la sustancia. En síntesis, se concluye que el desencadenamiento de la adicción es en realidad el desencadenamiento de la estructura neurótica, en tanto algo interpela al sujeto a responder por lo insoportable que de la coyuntura emerge. La adicción será el intento de responder por ello mediante una pseudo solución, ya que mantiene a la estructura desanudada.

Palabras clave: desencadenamiento – adicción – estructura neurótica – ruptura – función del tóxico

2. INTRODUCCIÓN. LAS ADICCIONES Y LA ÉPOCA

2.1. Nociones desde la historia y la sociología: la sociedad de consumo

“Porque el discurso capitalista es ahí, ustedes lo ven... una pequeña inversión simplemente entre el S1 y el \$, que es el sujeto, es suficiente para que esto marche sobre ruedas, no puede marchar mejor, pero justamente marcha demasiado rápido, se consume, se consume tan bien que se consume”

Jacques Lacan, *Del discurso psicoanalítico. Conferencia en Milán*

Para lograr una aproximación justa al fenómeno de las adicciones, resulta imprescindible enmarcarlo en sus condiciones históricas y sociales de emergencia, que den sentido y coherencia a la práctica del consumo de sustancias. Como toda praxis, está simbólicamente determinada, lo cual adquiere toda su nitidez considerando que su existencia en el catálogo de las problemáticas del alma es relativamente reciente, en contrapunto con la existencia de prácticas de incorporación de sustancias que datan de milenios y en espacios geográficos muy disímiles. Queremos decir que lo relevante aquí no es definir los sentidos sociales que ha adquirido la droga a lo largo de la historia, sino precisar algunas de las condiciones de posibilidad histórico-sociales de la existencia de la “adicción” como problemática y del “adicto” como subjetividad socialmente instituida, soporte de una figura reconocible y susceptible de otorgar identidad a los individuos. En este primer momento intentaremos revisar algunas de las condiciones socio-históricas que han sido desencadenantes de la adicción como síntoma social o patología de la época.

En primer lugar, para comprender la situación socio histórica de las adicciones se nos impone un dato de suma relevancia: el “adicto”, tal como lo conocemos hoy, es una figura relativamente reciente en la historia universal, pues no tiene más de 160 años. Las adicciones son un problema contemporáneo,

perteneciente a un campo vasto e inespecífico de problemas sociales, objeto de predicación de discursos variadísimos –medicina, derecho, sociología, religión, incluso del sentido común, etc. Todo el mundo puede decir algo sobre el adicto, es una figura por todos reconocible aunque no por ello sea reducible su complejidad a un par de definiciones; de hecho, es un fenómeno que siempre se escapa y resiste a los intentos del discurso científico por delimitarlo. Al constatar que estamos en presencia de una *figura del adicto*, un tipo subjetivo reconocible, notamos que la adicción existe porque está socialmente instituida. Dice Lewkowicz (2000) que *“la adicción es una instancia reconocible universalmente porque la lógica social en la que se constituyen las subjetividades hace posible, y necesario, ese tipo de prácticas”* (p. 63). Y el adicto es un tipo social porque, valga la redundancia, está tipificado, es objeto de predicación y de cuidados sociales, en buenas cuentas, porque brinda una identidad capaz de soportar el enunciado ontológico “yo soy adicto”.

El mismo autor nos entrega otro dato esencial. Señala que resulta difícil imaginar escenarios sociales en los que no hubiera sujetos que se aferren fervientemente a alguno de los productos que su cultura ofrece. Relaciones de adherencia compulsiva entre sujetos y objetos han habido siempre. Los objetos potencialmente adictivos han existido siempre y en todas las latitudes posibles, salvo en los polos ártico y antártico, por sus condiciones de aislamiento (Escohotado, 1998). Hoy se conocen adicciones no sólo a sustancias ilícitas sino a objetos aparentemente inocuos y a actividades nobles, tal es el caso, cada vez más en boga de los dispositivos tecnológicos o el trabajo. Es decir, ni antes ni ahora, la adicción ha sido un problema de las cosas, pues todas tienen algún potencial adictógeno en la medida que brindan una cuota de satisfacción fugaz. Más bien hay que centrar la mirada en que éste eminentemente es un problema de los sujetos y sus prácticas, y como venimos diciendo, de las condiciones socio históricas que hacen posibles esas prácticas.

Múltiples conductas del pasado remoto podrían ser reconocidas como adictivas si son examinadas sin consideración del sentido que tenían en su

contexto, mas, o no existía el nombre –y por ende, el tipo- “adicto”, o si existía, no daba lugar al tipo psicosocial comúnmente asignable, sino que circulaba como una categoría específica dentro de disciplinas particulares o en ámbitos de saber muy circunscritos; por ejemplo, entre artistas o médicos. Pero de ningún modo tenía la forma de existencia social que le dan hoy los discursos hegemónicos. Ni el esclavo de la antigüedad, incapaz de domeñar sus apetitos¹, ni el libertino ni el vicioso de la modernidad están sostenidos en la red discursiva e institucional que actualmente da existencia al adicto. Escohotado (ibid.) data la existencia del adicto desde mediados del siglo XIX, en el contexto del liberalismo y el *laissez faire*, y los posteriores movimientos prohibicionistas comandados por EE.UU. Lo que precipita o desencadena el cambio radical en la noción social del adicto fue el hecho crucial del descubrimiento del síndrome de abstinencia como causa material de la adicción; la hipótesis circulante en la medicina de la época, no completamente descartada hoy, ponía la causa de la compulsión en el deseo de evitar los efectos residuales de la ingesta. Por otra parte, en la misma época se empieza a producir un saber de otra índole al que clásicamente había comprendido el fenómeno. Tras la guerra de secesión norteamericana, en que se usó de manera sistemática la morfina para calmar las dolencias de los soldados, y cuyo saldo fue un número elevado de sujetos que demandaba el fármaco después de la guerra, aparecen los primeros registros de estos nuevos enfermos de dependencia. La enfermedad pasa a ser un objeto de interés epidemiológico. De ahí en más se institucionaliza el problema y se prohíbe masivamente una práctica que históricamente había tenido un lugar inocuo, salvo en dos momentos -las fiestas al dios Baco en la antigüedad y la caza de brujas del siglo XVI.

Hasta ese tiempo se consideraba la relación desmedida con las sustancias como un hábito que dependía de la buena o mala fe de quien consumía. Luego, con la consideración del síndrome de abstinencia, *algo de esa responsabilidad subjetiva cae, se desestima, y se convierte en enfermedad padecida* de la que se

¹ Adicto, del latín *adictus*, era el deudor condenado a pagar con esclavitud al acreedor. Su esclavitud era consecuencia de un exceso, por ello no era una víctima, sino culpable.

es víctima y que resulta potencialmente contagiable. Agrega Escotado (ibid.), que

“La inexistencia del “adicto” en sentido moderno no se debía sólo a que faltase el estereotipo del dope fiend, sino a la inexistencia de elementos míticos en el síndrome abstinencial. Si algo llama la atención al examinar los testimonios históricos sobre el opio —desde Teofrasto a Galeno y desde Avicena a Paracelso o Sydenham— es el mínimo o nulo relieve que se prestó siempre a esa particular circunstancia. Pero el opio era opio en el siglo XVIII a.C., tanto como en el XVIII d.C., y la fisiología humana ha permanecido prácticamente idéntica desde entonces. Si nos preguntamos por qué durante milenios los médicos insistieron ante todo en que “la familiaridad quita su veneno a las drogas”, en vez de advertir sobre los peligros de esclavizarse a ellas, toparemos con una perspectiva que sólo perdió vigencia hace relativamente poco. (...) En definitiva, el criterio médico tradicional veía el hábito de opio y opiáceos como un simple resultado y, en consecuencia, como un mal menor para trastornos anímicos o somáticos. Por eso los terapeutas coincidían en afirmar que el vicio de estimulantes y calmantes tenía más fácil remedio que el alcoholismo, si el sujeto realmente quisiera librarse de él.

(...) Es este conjunto de conceptos lo que sucumbe a partir de las primeras leyes represivas sobre el consumo. A nivel psicológico, aparecen cada vez más individuos que se pretenden seducidos inocentemente por un fármaco, tal como otrora pretendían sucumbir sin auténtico consentimiento a potencias satánicas. A nivel farmacológico, se produce una hipóstasis del síndrome abstinencial, que de simple efecto transitorio pasa a concebirse como problema originario. En contraste con el “familiarizado” —que privadamente decidía sobre la virtud o falta de virtud aparejada a su costumbre— va apareciendo el “adicto”, que demanda un exorcismo público. Mirándolo de cerca, aquello que pierde valor es la franqueza. Mientras reinó la libertad se pensaba que cualquier hábito farmacológico podía corregirse con buena fe, y que la buena fe consistía en desearlo sinceramente. Para esa ética era una estratagema tan ineficaz como inmoral suplir el verdadero propósito con cualquier otro recurso, porque la voluntad ejercitará estratagemas

ante cualquier presión externa. Para la ética que despunta con el prohibicionismo, las coordenadas son otras. El habituado no es un dilema de buena o mala fe sino una impureza, que se extiende como la peste y amenaza contagiar a todos con su ejemplo.”, (ibid., p. 557-60)

Tenemos, por una parte, la modificación de los referentes epistémicos del hábito de consumo, efecto de la entrada del discurso médico-científico en la comprensión del fenómeno, lo que modifica a su vez la ética que sostenía esa práctica; y tenemos por otra parte, un factor político que instituye el repudio a la figura del adicto. Se desplaza la causa desde consideraciones morales hacia consideraciones materiales, cuando se hipostasia el síndrome de abstinencia y cae en desuso la importancia que tenía la buena o mala fe de quien creaba el hábito, así el adicto no es tanto un agente moral como alguien que padece una enfermedad incurable; por último, el prohibicionismo, comandado principalmente por EE.UU., desarrolla una institucionalidad que lanza al adicto a los márgenes de la civilización.

Una vez instalada la figura del adicto en el escenario social, su imagen ha ido mutando de la mano de los grandes cambios que viera el siglo XX. Alain Ehrenberg (1991) plantea que, hasta el fin de la segunda guerra mundial, el consumo de drogas era un fenómeno relativamente controlado y limitado a poblaciones específicas (médicos, artistas, etc.), como ya señalamos. Luego se masifica y se convierte en objeto de atención sostenida, tornándose paulatinamente en un “flagelo social”. Este momento, como se verá más adelante, coincide con el robustecimiento de la sociedad de consumo de masas, como proyecto de sociedad a escala planetaria orientado a la búsqueda del bienestar y la felicidad. Poco después, en la década del 60’, la masificación de la droga es expresión de un cambio en la sensibilidad social, particularmente en la juventud, ya que su uso pasó a ser una cuestión de rebeldía. Pero su instalación como “flagelo” corre aparejada del decaimiento de los movimientos sociales y de izquierda en los 70’, y de la aparición de la heroína en las clases populares, sobre todo en la década del 80’. Es el momento de consolidación de la imagen del gran

toxicómano –desocializado y decadente- y del estallido de la noción de droga. Dicha noción se extiende hasta hacerse una nebulosa conceptual, puesto que pasan a ser drogas el tabaco, el alcohol y los medicamentos, y sin embargo no se asimilan a la imagen del gran toxicómano. Más bien sirven para que los individuos se autoasistan en la cada vez más difícil labor de sostener relaciones sociales.

La tesis de Escotado (1998) dice relación con las coyunturas o sucesos históricos desencadenantes de la existencia del “adicto”, pero no es explicativa respecto de las condiciones de posibilidad que permiten la institución de esa subjetividad. Para Lewkowicz (2000), el mundo de la adicción sólo es posible en condiciones socioculturales específicas, a saber, cuando el *soporte subjetivo del Estado* ha dejado de ser el ciudadano y ha pasado a ser el consumidor; cuando el *envés de sombra* de la figura del consumidor lo ocupan otras figuras, patológicas por cierto, del consumo y de la imagen. Vamos a centrarnos brevemente en la interrelación de ambas condiciones, esto es, habremos de considerar a la subjetividad adictiva como un subproducto de la subjetividad del consumidor, al modo de su envés de sombra, tal como en la modernidad temprana fuere la figura del loco para el sujeto de la conciencia.

Que el individuo contemporáneo sea un consumidor no es cuestión accidental que le sobrevenga a una naturaleza ya dada. Ser consumidor es una determinación epocal esencial, por paradójico que parezca, en tanto se considere la existencia del hombre como existencia social. Dicha existencia de los individuos deriva de una *sociedad del consumo*, como se ha dado en llamar la lógica social de nuestra época. A nuestro entender, Baudrillard (1968) hace un análisis excepcional del panorama, pues descentra el problema del consumo de la lógica de la incorporación o asimilamiento de objetos materiales, para dirigir la atención al ordenamiento de esta práctica en un entramado de relaciones simbólicas, donde prevalece la función significativa –de distinción y localización en un sistema de diferencias- por sobre la utilidad del objeto. Dice:

“El consumo no es ni una práctica material, ni una fenomenología, de la “abundancia”, no se define ni por el alimento que se digiere, ni por la ropa que se viste, ni por el automóvil de que uno se vale, ni por la sustancia oral o visual de las imágenes y los mensajes, sino por la organización de todo esto en sustancia significante; es la totalidad virtual de todos los objetos y mensajes construidos desde ahora en un discurso más o menos coherente. En cuanto que tiene un sentido, el consumo es una actividad de manipulación sistemática de signos.” (ibid., p.224).

Bajo la teoría estructural de Baudrillard (1968), se establece un nuevo estatuto del objeto, desvinculado de sus funciones objetivas que podrían satisfacer una necesidad, para adquirir el estatuto de signo, y de ese modo entrar en un sistema articulado que funciona como totalidad. Cada objeto entonces pasa a formar parte de un sistema de diferencias, perdiendo de paso su mismidad de objeto. Así por ejemplo, la lavadora sirve como utensilio porque sirve para lavar y a la vez representa un elemento de comodidad, de prestigio, etc., tal como el auto, la TV o el reloj. En relación a nuestro tema, la droga en tanto objeto tiene una composición material, química, que puede no variar por siglos -tal es el caso del opio que ejemplifica Escotado (1998)- y sin embargo ocupa lugares diversos en el sistema de los objetos dependiendo del universo simbólico en que se sitúa. Socialmente no es lo mismo aspirar cocaína que fumar pasta base, ni es lo mismo tomar alcohol a los trece que a los cincuenta años.

Es por ello que esta elevación del objeto en su estatuto simbólico implica que cada objeto, en lo relativo a su función significante, se hace sustituible de manera casi ilimitada en el campo de las connotaciones, tal como los síntomas de conversión histérica (Baudrillard, 1970). Para nuestros fines, resulta interesante la analogía²: tanto el objeto de consumo como el síntoma neurótico obedecen a la

² Considerando que la droga puede tener un valor significante para quien la consume, sería interesante preguntarse si acaso en la adicción no se produce precisamente una desinserción de la sustancia del sistema de los objetos, es decir, una pérdida de su cualidad simbólica y por ende, la caída en la objetualidad pura, donde correlativamente cae la subjetividad que se hacía de ella. Si lo que hace de un individuo, un sujeto psicoanalítico, es su relación dividida con el deseo que lo mueve, y si, la relación con la droga en tanto objeto dotado de un valor significante supone una

lógica del deslizamiento y la convertibilidad arbitraria. Muy por el contrario, el síntoma orgánico está en una relación necesaria con el órgano que afecta, y en su condición de utensilio, el objeto tiene una relación necesaria con su función. Lo que moviliza el consumo entonces no será la necesidad, *“sino el deseo y otra determinación más, que es la de la lógica social inconsciente”* (ibid., p.79). En este sentido, tomar al objeto de consumo como un objeto de tal o cual necesidad orgánica, sería como intentar hacer una cura del síntoma histérico con una terapia médica tradicional.

Desde esta perspectiva, el consumo no tiene sentido como práctica aislada y dependiente de un individuo solo. Pensarlo así sería como tratar de elucidar el sentido de un signo sin remisión al conjunto de signos que constituyen la lengua. Cada acto individual de consumo remite al sistema de los objetos en su calidad de signos, se trata de una relación entre el sujeto y el objeto mediatizada por el código. Por variadas configuraciones de lo social que ya revisaremos, el consumo se instala en nuestra época como la modalidad de interacción social por excelencia. Dice Baudrillard (1970), que

“El consumo es un sistema que asegura el orden de los signos y la integración del grupo: es pues una moral (un sistema de valores ideológicos) y, a la vez, un sistema de comunicación, una estructura de intercambio. (...) esa función social y esa organización social sobrepasan con mucho a los individuos y se les imponen según una obligación social inconsciente (...)” (ibid., p.80).

El consumo como sistema, preexiste al individuo y se le impone como imperativo inconscientemente, de lo cual se desprende que, en nuestra sociedad, como ya se anticipó, somos todos consumidores de manera ineludible. No meramente agentes del consumo, sino *objetos del consumo*, de una lógica del consumo. Es bajo ese marco simbólico que los individuos se hacen parte o se aíslan del todo social. Si antaño, en los tiempos del capitalismo industrial, era la

lógica social inconsciente y un deseo, entonces la caída simbólica de la droga presupone una caída del deseo, de lo inconsciente y del mismo sujeto: una desubjetivación del consumo.

lógica de la producción y el trabajo lo que articulaba al conjunto social, ahora –tras las grandes guerras del siglo XX- será el consumo la razón ordenadora.

“El consumidor, el ciudadano moderno, no tiene posibilidad de sustraerse a esta obligación de felicidad y de goce³, que es el equivalente, en la nueva ética, de la obligación tradicional de trabajar y producir. El hombre moderno pasa cada vez menos parte de su vida en la producción del trabajo y cada vez más en la producción e innovación continua de sus propias necesidades y de su bienestar. Debe ocuparse de movilizar constantemente todas sus posibilidades, todas sus capacidades consumidoras. Si lo olvida, se le recordará amable e instantáneamente que no tiene derecho a no ser feliz. Por lo tanto, no es verdad que sea pasivo: por el contrario, despliega y debe desplegar una actividad continua. Si no correría el riesgo de contentarse con lo que tiene y volverse asocial” (ibid., p. 83).

Si el imperativo a consumir resume la lógica de sumisión de los individuos a la función social, el imperativo de felicidad y de búsqueda del bienestar resume la ética en la que éstos se inscriben para modalizar sus vidas. Lejos de encontrar las satisfacciones, los individuos se ven arrojados en un movimiento ilimitado de deseos y objetos de satisfacción que, una vez consumidos, reinstalan la insatisfacción. Para Baudrillard (1970), la satisfacción en el consumo no sólo es imposible y paradójica, sino también necesaria para el funcionamiento del sistema social, pues concibe al consumidor como la nueva fuerza productiva. De ese modo, la compulsión al bienestar es el nuevo orden represor y de control, por cuanto los individuos en su búsqueda de la felicidad se consagran al consumo de los objetos, aceitando de ese modo la maquinaria social que los determina, una verdadera maquinaria de producción de insatisfacción.

Lo que hasta ahora hemos expuesto, muestra un diagnóstico sincrónico de la sociedad de consumo. Desde una perspectiva más actual, diacrónica y con una

³ Aunque el autor no usa el concepto en el sentido psicoanalítico, la expresión se ajusta perfectamente a lo que venimos y seguiremos planteando: la preminencia actual del paradójico imperativo a ser feliz y a gozar.

posición crítica al análisis estructural de Baudrillard, Lipovetsky (2007) desarrolla una línea de tiempo de la sociedad de consumo marcada por tres fases distintas. Ésta tiene su raigambre en los inicios de la producción masiva a fines de la década de 1880, heredera de los grandes cambios en la organización del trabajo y las técnicas productivas. En un primer momento, que dura hasta la segunda guerra mundial, esa producción no alcanzó una difusión masiva acabada sino que se limitó al acceso de las clases burguesas a los bienes de consumo; con la aparición de la marca, del envasado, de la publicidad y de los grandes almacenes, se modificó la relación tradicional entre el comprador de bienes y el comerciante, lo que a su vez trajo aparejado un cambio cultural, asociando el consumo a la seducción y la distracción. De este modo se erigió la figura del consumidor moderno, del que somos herederos.

Un segundo momento intermedio, o *sociedad de la abundancia*, data desde la década de 1950 hasta fines de los años 70'. Se caracteriza por la elevación aún mayor del nivel de productividad en el trabajo y por la generalización de la regulación fordiana de la economía, paralela a una masificación casi total de los bienes de consumo, pues se abre el acceso de las clases populares a objetos que tiempo atrás eran exclusivos de la burguesía. Es el estadio de instalación de la sociedad de consumo de masas como proyecto de sociedad y fin orientador de las sociedades de occidente, lo cual se traduce en que los individuos encauzan sus vidas hacia la consecución de la felicidad y el bienestar cómodo y fácil. Es, para Lipovetsky (ibid.), el punto crítico en que la sociedad se libera de las ataduras de la modernidad disciplinaria y autoritaria: culto al hedonismo y a lo psicológico, privatización de la vida y autonomización de los sujetos frente a las instituciones colectivas. El autor recalca que en esta segunda fase del consumo de masas todavía subsiste la mitología del estamento o el consumo demostrativo tradicional que describe Baudrillard, en convivencia con una nueva mitología "del pasarlo bien", del uso de objetos de consumo para la consecución de placer, como fin en sí mismo, o de un consumo hedonista e individualista que estaría más allá –o más acá- del sistema social.

Actualmente viviríamos en una tercera fase del capitalismo, en que el consumo se organiza, ya no en función de los objetivos de distinción y de las regulaciones de clase, sino de objetivos, gustos y criterios individuales. Es la era del hiperconsumo, *“articulada por una lógica desinstitucionalizada, subjetiva y emocional”* (ibid., p. 36). Si bien los determinantes sociales del consumo siguen existiendo, son unos más dentro de una serie de motivaciones posibles, en un conjunto dominado por la búsqueda de la felicidad privada; suerte de “purificación” del consumo de sus significantes sociales y su valor-signo, por la exaltación del valor de experiencia personal o la primacía de la sensibilidad; suerte de desaparición del Otro, en sentido lacaniano, en el horizonte del acto de consumir. Lo decisivo en este punto parece ser el empuje actual a la soberanía personal, al dominio del propio cuerpo, de sus emociones y la autonomía respecto de las prescripciones sociales. Pretensión a todas luces paradójica, pues lo que comanda la égida por el control de sí, en busca de la felicidad, suele ser el recurso a la intervención técnica, al fármaco y las prótesis químicas. Para Lipovetsky (ibid.), el fenómeno procede del cruce de dos dinámicas indefinidas, propias de las sociedades modernas, a saber: por una parte la oferta técnica y comercial no regulada por sistemas sociales ni religiosos, puede producir ilimitadamente sus productos y servicios; por otra parte, el orden social democrático que da primacía al individuo igual y reivindica su derecho a la felicidad.

El fundamento de la nueva lógica de la sociedad de hiperconsumo parece ser la radicalización del proceso de personalización puesto en marcha desde la segunda guerra mundial. El ascenso del individuo y la segmentación social son, de este modo, los factores determinantes del orden actual, del empuje a la felicidad – consecuencia lógica de la promoción del individuo- y, en lo concerniente a nuestro tema, del lugar que ocupa la droga en las subjetividades de la época:

“El uso actual de las drogas no depende sólo de motivaciones hedonistas, es también una especie de “automedicación” destinada a escapar de la dificultad de ser uno mismo, de integrarse y comunicarse. En el origen del crecimiento disparado de las drogas se encuentran fuerzas de desestructuración social y

psíquica, el incremento de la vulnerabilidad emocional, la proliferación de sufrimientos íntimos generados por la individualización extrema de los modos de vida. Con ellas se expresa menos la alegría dionísiaca y desbordante que la sensación de soledad, las relaciones problemáticas con uno mismo y con los demás. Incapaz de soportarse, Narciso se coloca para olvidarse de sí mismo, de los vínculos, del bienestar grupal” (ibid., p. 240-1).

No se comprende la posibilidad de la adicción como síntoma epocal, si no en el marco más general de la fragilización de los lazos sociales y el empuje a la felicidad, caracteres propios de la era tardía del capitalismo. Ésta, a diferencia de otras formas anteriores de vida, no asocia la felicidad a la satisfacción de los deseos sino al aumento sostenido del volumen e intensidad de estos deseos, lo que produce un reemplazo inmediato de los objetos pensados para satisfacerlos; se impone así una temporalidad de la fugacidad o la liquidez en la relación del sujeto con los objetos y los otros sujetos (Bauman, 2007). El consumismo será efectivo a condición de que el vínculo entre las personas se fragilice, mediante el alzamiento de los objetos en el lugar donde antes estaban los ideales. Aparece el shopping como la nueva plaza pública, y ya cada vez son menos los espacios de reunión social que no están mediatizados por el consumo de objetos. Por otra parte, la promoción de éstos entraña una promesa de “felicidad para todos”, una ilusión de taponamiento de la falta, de borramiento de los límites a la satisfacción. Más que una simple promesa, la felicidad se ha constituido en un imperativo: en esto coinciden todos los autores mencionados.

Expuesto el panorama sociocultural en que se hace posible la existencia del adicto, como envés de sombra de la figura del consumidor, resumimos el argumento precisando que el consumo, sea de objetos cualesquiera como de drogas y alcohol, responde a una lógica social por la cual todos los sujetos son consumidores y están sometidos al imperativo de buscar su propio bienestar a través de esos objetos. Pero esa posibilidad supone una imposibilidad de base, puesto que el mercado requiere, para su propia reproducción, la producción ilimitada de deseos en los sujetos para mantener a los consumidores

consumiendo. Seducidos por la oferta de felicidad rápida, los sujetos consumen los objetos que la cultura pone a su disposición. Algunos, no todos, quedan identificados con la imagen fantasmagórica y sombría del individuo común; sobre el movimiento que hace de un mero consumidor, un adicto, en la época del hiperconsumo generalizado, tratará el curso de la presente investigación.

2.2. Lectura psicoanalítica del malestar en la cultura actual: cruce entre el discurso capitalista y el de la ciencia. Felicidad e imperio del superyó

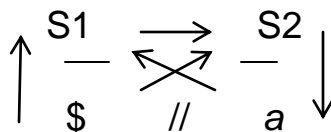
“En las postrimerías de esta centuria ha sido posible, por primera vez, vislumbrar cómo puede ser un mundo en el que el pasado ha perdido su función, incluido el pasado en el presente, en el que los viejos mapas que guiaban a los seres humanos, individual y colectivamente, por el trayecto de la vida ya no reproducen el paisaje en el que nos desplazamos y el océano por el que navegamos. Un mundo en el que no sólo no sabemos adónde nos dirigimos, sino tampoco adónde deberíamos dirigirnos.”

Eric Hobsbawn , *Historia del siglo XX*

Que el psicoanalista haga una lectura del estado de la civilización a partir de los conceptos que fundamentan su práctica, parece ser una condición *sui generis*. Que Freud haya puesto su atención en fenómenos de la cultura desde sus primeros escritos no es una cuestión contingente, ligada a un mero interés personal por los asuntos culturales; debe entenderse este miramiento como una necesidad interna al discurso por él inaugurado, pues su concepción de la neurosis así lo exige. El síntoma es en sí mismo un compromiso, una transacción entre las exigencias de la civilización y el devenir pulsional, es decir, supone una respuesta subjetiva a la época. Por su parte, Lacan al concebir desde muy temprano en su enseñanza al inconciente como discurso del Otro, establece una relación de nudo entre el sujeto, el lenguaje y el Otro de la cultura. Lo inconciente y sus formaciones, entre las cuales figura el síntoma, tendrán estructura de lenguaje y provendrán de las palabras dichas por el Otro, que como tal remite a una red más amplia de relaciones.

Con la introducción de sus cuatro discursos, en 1969-70, Lacan hace más explícita aun la idea de que el inconciente obedece al lazo social. Recordemos que inicialmente los define siendo cuatro y nada más que cuatro: el del amo, de la histórica, del analista y el universitario. Cada uno se particulariza por la posición de los cuatro elementos del discurso, a saber, el significante amo o S1, el significante del saber o S2, el objeto *a* (tomado por la función del plus de gozar) y el sujeto dividido, en una estructura que conecta cuatro lugares distintos: el agente, el Otro o el trabajo, el lugar de la producción y el de la verdad. Así, cada discurso se define por la rotación de cada elemento en un cuarto de vuelta, en dirección de las manecillas del reloj. Para lo que nos concierne, aludiremos exclusivamente al discurso del amo, del cual Lacan extrae posteriormente una versión alterada a la que nominará como *discurso capitalista*, y que será el punto de mira desde el que habremos de comprender el estado de la civilización actual.

El discurso del amo o discurso del inconciente es el que prima desde la antigüedad, y presenta una configuración tal que,

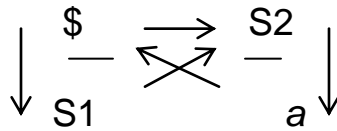


el S1, significante amo, comanda la lógica discursiva desde el lugar de agente, intencionando el lazo a que todo marche o funcione. Quien trabaja y detenta el saber es, retomando la lectura hegeliana de Alexandre Kojève, el esclavo, o S2. De la articulación entre S1 y S2 surge como efecto, un sujeto que se hace representar por un significante para otro significante, alojándose en el espacio entre uno y otro, y concibiéndose como fundamentalmente dividido, es decir, no idéntico e inconsistente. Como resto o sobrante de la operación anterior, queda el objeto *a*, en su función de plus de gozar, un producto de la maquinaria discursiva que sin embargo es causa de su movimiento.

Lacan (1969-70) sostiene que el punto de inserción de este aparato es el goce, en tanto esfuerzo de ordenarlo, es decir, de ordenar los distintos modos de vida, y viene a ese lugar a anular la posibilidad de una satisfacción absoluta para el ser hablante. Detrás del aparato está la idea hegeliana de que la palabra mata a la cosa, en este caso, la Cosa, *Das Ding* o el objeto perdido. Desde que hay discurso no hay encuentro posible con el objeto. En el argumento resuena muy nítidamente la referencia a “*El malestar en la cultura*” (1930), donde Freud plantea la tesis fuerte de que la vida en la civilización -al interior de un discurso que hace lazo social, podríamos decir con Lacan- implica de suyo una renuncia a la satisfacción pulsional. Para Lacan, por la articulación del significante en una estructura discursiva, queda mermado el acceso a la satisfacción pulsional absoluta, produciendo un saldo de entropía que es pura pérdida. A esta “pérdida de vida”, efecto del significante, responde un suplemento. Tal es el plus de gozar, es decir, el objeto *a* en referencia a la función de recuperación de una satisfacción. El plus de gozar es, precisamente, el testimonio de la pérdida de goce por la introducción de la criatura humana en la maquinaria del discurso. Se trata de un objeto paradójico, ya que lo que se recupera colma pero no llena la pérdida, por ende la satisfacción hallada relanza la insatisfacción.

Resulta necesario señalar que al reformular el estatuto del objeto en términos de plus de gozar, Lacan (1968-69) amplía la lista de los objetos de la pulsión que en el *Seminario X* había definido, a saber, el pecho, las heces, la mirada, la voz y la nada. Es ahora un objeto producto del discurso, y por ende, de un lazo social determinado, de la cultura; el objeto *a* sería acá todo lo que puede colmar transitoriamente la falta estructural de goce, pero bajo la forma de migajas, es decir, de pequeñas porciones que prometen satisfacer pero finalmente insatisfacen. Por lo mismo esta reformulación del objeto lo hace paradójico, pues puede taponar la falta del sujeto y a la vez puede articularse a la función de causa del deseo, en tanto reinstala el vacío. En el discurso capitalista, el objeto se modaliza con particularidades que será preciso abordar.

Matema del discurso capitalista:



Para definir el discurso capitalista, Lacan (1972) hace variar el discurso del amo introduciendo un pequeño cambio en el ordenamiento de sus letras, particularmente, invierte \$ y S1. De entrada, no es una variación a la que se arriba por el mecanismo del cuarto de vuelta que hace posible la rotación entre los cuatro discursos. A su vez, se altera la direccionalidad de los vectores que relacionan los términos y que establecen el sentido de sus determinaciones. La dirección de los vectores y los lugares son aquello que en los cuatro discursos permanece invariante frente a las relaciones, lo cual instala una lógica, un ordenamiento discursivo.

En los cuatro discursos, el agente está determinado por dos vectores provenientes de la verdad y de la producción; el lugar del Otro es determinado por la verdad y por el agente, el lugar de la producción es determinado por el Otro, por el trabajo, siendo el lugar de la verdad el único que no es determinado por otro, no recibe más determinaciones que las del discurso mismo.

El discurso capitalista altera o “pervierte” esta lógica, según la expresión de Lacan (1972), pues la verdad pasa a ser determinada por el agente; el sujeto asciende al lugar de agente pasando a dirigir la verdad del discurso, y en otras palabras, deja de ser un efecto. Es esta una promoción de un sujeto sin referencia a S1, a los significantes del Ideal, o una emancipación de las determinaciones inconcientes; un sujeto que pretende prescindir de un lugar Otro de determinaciones, lugar de lo no sabido que constituye la verdad del discurso, como si pudiese hacerse sin remitir a nada más que a sí mismo: tal es la figura del *self-made man*. Por otro lado, el S1 o significante amo va perdiendo su función

localizadora de la satisfacción pulsional, dejando al sujeto en una zozobra identificatoria, vale decir, sin referentes significantes que posibiliten orientar a la satisfacción pulsional. Más bien, el S1 termina reduciéndose a ser el imperativo del discurso: ¡consume!, como señalara Baudrillard (1970) desde otro marco epistémico.

Se observa a su vez, que ha desaparecido la imposibilidad entre el lugar de la verdad y la producción, que en el discurso del amo estaba representado por las dos barras que interrumpían la relación entre \$ y a, y que hacían de límite a la satisfacción pulsional. Consecuencia de esto es que los vectores instalan una circularidad interna al discurso, como un efecto de bucle que implica un desplazamiento infinito, donde nada hace de límite. Se anticipa así una reintegración del objeto en un movimiento sin pérdida, una reabsorción constante del resto –reciclaje- a los fines del consumo. Por otro lado, en el discurso del amo hay privilegio de ciertos términos en relación a otros, en el capitalista en cambio, cada uno de los términos queda en equivalencia, lo que “*da perfectamente cuenta de la mecánica del consumo en el capitalismo que insta un régimen donde todo vale, a partir del momento en que toma lugar en el circuito, ya sea de que se trate tanto de objetos como de hombres*” (Lecour, 1992, p. 131). Todo vale, todo es posible en un discurso que elimina el punto de imposibilidad.

Lacan (1971-72b), nos da una acotación más precisa de lo que venimos abordando como eliminación de la barra o el límite al interior del discurso: “*lo que distingue al discurso del capitalismo es esto: la Verwefung, el rechazo, el rechazo fuera de todos los campos de lo Simbólico, con lo que ya dije que tiene como consecuencia. ¿El rechazo de qué? De la castración. Todo orden, todo discurso que se entronca en el capitalismo, deja de lado lo que llamaremos simplemente las cosas del amor*” (texto inédito). El rechazo o forclusión de la castración implica un trastocamiento de la relación entre el sujeto y el objeto, que por estructura supone una limitación, un “no” al encuentro y la satisfacción total. Por cierto que el límite borrado no es aquel que instala la pérdida estructural de goce –seríamos todos psicóticos- sino el que comanda su reapropiación en el objeto a, tomado en

la función del plus de gozar, lo cual resulta muy patente en los slogans ya clásicos del capitalismo tardío: “querer es poder”, “nada es imposible”. No sólo la ilusión de una satisfacción total posible, sino, su arista más violenta, el empuje, el imperativo a lograrla. De donde el derecho a la satisfacción deviene deber de gozar. Sugerimos comprender entonces la circularidad del discurso capitalista como un movimiento hacia la reapropiación del objeto, bajo el imperativo de obtener una satisfacción total sin barreras, que como cabe esperar, no otorga más que migajas de goce y relanza la insatisfacción, para volver al loop de repetición de la caza del objeto.

Hasta ahora hemos dicho que la instalación del discurso capitalista, tal como Lacan lo concibe, tiene al menos dos consecuencias fundamentales para comprender la época: promoción de un sujeto sin referencia a los significantes amos que portaban el Ideal, y borramiento de la imposibilidad o rechazo de la castración al interior del discurso, que se traduce no meramente en la instauración de un régimen del “todo vale”, sino en el empuje a una reapropiación ilimitada del objeto, bajo el imperativo “¡consume!”.

En el argumento resuena la presencia hipertrofiada del superyó. Dicha instancia psíquica en la teoría freudiana, heredera de la ley de los padres y de la cultura, inscribe en el sujeto la prohibición, proscribire un deber, e impulsa a la culpa. Por su parte, si fuese lícito hablar de un superyó lacaniano, diríamos que plantea un imperativo distinto –pero supuesto por Freud en la complicidad que el superyó entraña con el ello- que empuja al goce o a la satisfacción mortífera. Este es el superyó de nuestra civilización. Lo que se desprende de una interpretación tal del malestar cultural, es que lo que comanda la lógica del discurso no es tanto la referencia al Ideal, como la sumisión a un imperativo de goce que los sujetos padecen en el lugar de objetos. Mientras el Ideal subjetiva, articula al sujeto con el Otro, el superyó lacaniano objetiva, reduce al sujeto a una condición de objeto. Objeto del imperativo, de la voz obscena y feroz.

El objeto en el discurso contemporáneo, cruce del mercado y la tecnociencia, presenta algunas particularidades dignas de mención. Partimos de la

constatación de que el objeto *a*, tomado por la función del plus de gozar, se recupera en la actualidad, sometido a las leyes del mercado. En el *Seminario XVI*, Lacan (1968-69) homologa dicha función a la plusvalía que Marx detectara al interior de capitalismo. Al respecto dice Jorge Alemán (1992) que,

“Lacan aprehende una realización de la plusvalía en el plus de gozar de consecuencias devastadoras. La renuncia al goce, que es específica al trabajo, se articula a la producción de plusvalía en un discurso. O dicho de otro modo, las mercancías que realizan la plusvalía en el valor de cambio no están al servicio de satisfacer la falta de goce propia del acto mismo del trabajo, más bien, por el contrario, la insatisfacen para luego relanzar su producción (...) podemos inferir que algo tan exclusivo del sujeto, como es en principio el propio goce, encuentra en la plusvalía la razón de su entrada en el mercado, y en el objeto técnico el equivalente universal” (p.55-6).

Como otro efecto de discurso, vemos que lo más íntimo de los sujetos, sus condiciones de satisfacción pulsional, entran en un espacio común homogéneo que es el espacio del mercado, un mercado de los goces, podríamos decir, donde la ley que lo comanda reza un “todos gocen de lo mismo”, que no es otra cosa que buscar la satisfacción en el consumo del equivalente universal, ahora encarnado por el objeto técnico. El discurso capitalista, de ese modo, ordena al goce, con todas las consecuencias de este equívoco: pone orden o articula un modo de gozar –como todo discurso-, en este caso, homogéneo, y a su vez ordena u obliga a gozar.

Como hemos señalado, el objeto en el discurso en cuestión, es fundamentalmente un objeto técnico, producto del cruce entre la industria y el saber científico. El mercado multiplica los objetos que la tecnociencia produce, como anticipamos con Lipovetsky (2007), mercancías sofisticadas hechas para captar el deseo mediante una seducción que ofrece lo imposible, pues ofertan la satisfacción total de sus consumidores. Lacan (1973) en *La tercera*, lo plantea en los siguientes términos:

“¿Qué es lo que da la ciencia? Nos da para que nos pongamos en la boca, en lugar de lo que nos falta en la relación, en la relación del conocimiento, como yo decía hace un momento, nos da en ese lugar a fin de cuentas lo que para la mayoría de las personas, para todos los que están aquí en particular, se reduce a artefactos de consumo: la televisión, el viaje a la luna (...)” (texto inédito).

Por la ciencia, lo real se puebla del gadget, de dispositivos prestos a capturar el deseo para luego ser consumidos. Su deseabilidad puede residir en múltiples atributos, pues los hay para todos los gustos, pero el mínimo común que poseen es el de sostener la promesa de una felicidad venidera, la ilusión de lograr, de una vez por todas, taponar la falta que insatisface a los sujetos. Paradójicamente, estos artefactos contemporáneos y la promesa que sostienen son, además, increíblemente caducos, descartables, pues la maquinaria sin freno del discurso se encarga de reemplazarlos a la brevedad con una nueva versión hiper mejorada, haciendo oír desde los objetos la voz de la obsolescencia a poco tiempo de su adquisición.

Otro nombre posible para estos objetos *a*, productos de la ciencia y el capitalismo, es el de *letosas* (Lacan, 1969-70), objetos insustanciales que encarnan la función del objeto *a* plus de gozar. En ellas *“hay viento en su interior, mucho viento, el viento de la voz humana”* (ibid., p.174). Resulta interesante articular la cita con lo que hemos venido insistiendo respecto a la primacía de un superyó lacaniano en el comando de la civilización, no aquel aliado de la moral victoriana que impelía a la renuncia, sino el que opera en conjunción con el discurso capitalista, empujando a una satisfacción ilimitada, que como sabemos, linda con la muerte. ¿De dónde proviene la voz que profiere el imperativo al consumo, si no de los objetos mismos?

Tiene sentido tematizar esta concepción del objeto que Lacan desarrolla, en el contexto de su caracterización del discurso capitalista y de la ciencia, puesto que la droga podría bien ser considerada como el prototipo de la letosa, y el adicto, como el consumidor ideal, símbolo de la hiperadaptación, pero en la medida en que es “hiper”, denota un exceso que lo conduce a la segregación.

Ahora bien, es importante insistir en que el problema de la droga no proviene de la droga ni de los objetos, ya que la sustancia ha existido siempre, sino de la lógica discursiva en que los sujetos consumidores se inscriben como tales. No por nada coincide el nacimiento de la figura contemporánea del adicto, con la entrada del discurso médico-científico en el campo de las drogas. La hipostasis del síndrome de abstinencia como única explicación causal de la relación compulsiva implica la sustancialización de la droga y una desubjetivación del hábito de consumir, que hasta entonces respondía a cuestiones morales o religiosas; se vacía del sentido que siempre tuvo la ingesta, un sentido no unívoco entre las diferentes épocas y lugares pero que compartía el rasgo de proyectar al Otro de la cultura en el horizonte. Este vaciamiento, sin duda deriva de un avance de la ciencia, y es correlativo a su vez del surgimiento de un individuo que no está en posición de responder por sus propios actos. Se produce una infantilización social, lo que Lacan (1967) llamó el “niño generalizado”, o la promoción de individuos que no se hacen cargo del devenir de sus cuerpos, que no quieren saber de las marcas significantes que determinan su satisfacción pulsional, sino que padecen de la enfermedad del consumo como si fuesen objetos de una epidemia. En tanto consumidores, los sujetos son niños, pues son tomados como objetos, sin palabra ni responsabilidad. Por lo mismo se ha considerado a las adicciones como patologías de la ética (Miller, 1989a), del “no puedo dejar de hacer o elegir” determinada elección subjetiva, como si el sujeto estuviera compelido, obligado a hacer algo que va en contra de su voluntad. Resulta interesante esta concepción porque muestra el carácter “irresponsable” de la posición subjetiva en las adicciones, no en términos morales sino éticos, de un no querer responder ante sus actos, y preminentemente, ante sus condiciones de satisfacción.

La adicción, tomada como sombra o envés de la figura del consumidor, se yergue en tanto tal como síntoma social de la época, en el grupo más amplio de las patologías del consumo –anorexia y bulimia, por ejemplo. Ernesto Sinatra (2010) va un poco más allá de este diagnóstico, planteando que el verdadero síntoma social que caracteriza la vida contemporánea con la irrupción del discurso capitalista, es que los individuos son los verdaderos objetos de consumo: “*Todos*

los individuos objetos de consumo”, ya que son los sujetos arrojados por el mercado en el capitalismo salvaje que domina los Estados occidentales (aunque ya no solo), son esos mismo individuos el resto de la operación del discurso capitalista: objetos de goce, es decir –más precisamente- objeto de devoración del mercado” (p.51). La voz pujante y mortífera del superyó se esconde en el interior de las letosas⁴ del mercado, velada por la fascinación que produce en los sujetos, que en realidad no son más que sus objetos. De consumidores consumidos por su objeto, la clínica de las adicciones nos da una muestra permanente de las consecuencias devastadoras de esta modalidad del lazo social que instala el discurso capitalista, en conjunción con la ciencia.

Para finalizar esta sección contextual, que nos ha permitido discernir las condiciones de posibilidad socio-históricas de la existencia del adicto, tanto desde las ciencias sociales como desde el psicoanálisis lacaniano, es preciso aclarar que dichas condiciones epocales no tienen un valor explicativo respecto de las condiciones particulares que desencadenan la adicción en cada sujeto, pero sí de la instauración del recurso al objeto como forma privilegiada de aliviar el malestar. Pretender explicar la adicción de cada sujeto por remisión al estado de la civilización, entraña un problema teórico, por cuanto existe una brecha insalvable entre el universal “todos consumidores” y el sujeto adicto en su particularidad, que se hace del discurso imperante siempre a su modo; pero además, porque no todos los consumidores son adictos, al menos si tomamos a la adicción como una patología. Aceptar a la letra una tesis como la de la *toxicomanía generalizada* (Sinatra, 2010) tiene sus dificultades, pues diluye la especificidad nosológica de la adicción. Si bien la adicción o la toxicomanía, es una categoría psicopatológica que merece muchos reparos, y que suele alimentarse de otros discursos, creemos que sirve al menos para distinguir una modalidad del consumo, cuyas consecuencias son notablemente visibles en la clínica. Lo que no implica de ningún modo perder de vista el horizonte epocal en cada caso particular, o se

⁴ Hay que remitir la etimología de la “letosa” a Leto, que en el griego antiguo significa “olvido”. Se desprende la idea de que los objetos técnicos están al servicio del olvido de lo más real que hay en la voz, a saber, que es silenciosa y enuncia una orden que puede ser mortal. O sea, olvidar que dichos objetos portan algo del superyó.

correría el riesgo de hacer de la adicción una categoría con valor sustancial o considerarla una estructura, es decir, se correría el riesgo de dar demasiada consistencia –como suelen hacer los llamados adictos- a una elección contingente. Queda por resolver entonces, qué decimos cuando hablamos de adicción.

3. NOCIONES DE LO TÓXICO Y LA ADICCIÓN. FREUD Y LACAN

“Hacía mucho tiempo que no vivía conmigo misma”

Francoise Sagan, *Tóxica*

3.1. Freud: lo tóxico y las adicciones

No hay en la obra freudiana un desarrollo temático unificado, extenso y consistente con respecto a las adicciones, prueba de ello podría ser que ningún texto freudiano lleva por título o profundiza directamente sobre el problema en cuestión. Por ello se han hecho intentos de reconstrucción o versiones a partir de pasajes de la obra freudiana. Al respecto, señala Green (2002) que el problema de las toxicomanías abrió un campo de exploración novedoso pero a la vez sumamente vasto y oscuro.

Hay otros (Kaufman, 1996) que han llegado a afirmar una influencia totalmente equívoca del psicoanálisis sobre las manifestaciones toxicómanas denunciando un uso dogmático de los conceptos psicoanalíticos que llevaron a amplificar una visión ideologizante, normativa, medicalizadora y comportamentalista de estas, es más, el psicoanálisis en rigor no podría proporcionar una explicación de la adicción. Si bien Freud habría dicho muy poco, sus proposiciones sobre el autoerotismo, lo sexual y lo tóxico podrían resonar con la clínica de las adicciones, dando claves a nuestro juicio para poder pensarlas.

Resulta imprescindible trazar algunas distinciones conceptuales en la obra freudiana para no confundir términos que bien pueden homologarse. En primer lugar, hay alusiones al objeto tóxico y sus efectos en el aparato psíquico, que en términos generales podrían agruparse como funciones defensivas o que intentan solucionar un problema económico previo de la subjetividad. En segundo lugar, hay un par de alusiones que permiten descubrir una explicación dinámica de la adicción o la conducta adictiva, más allá del objeto de que se trate. En tercer lugar, y en relación a lo anterior, hay alusiones a la toxicidad, más allá de ser una

calidad de las drogas o el alcohol, es decir, dejando de lado el objeto para resituar el problema en el metabolismo sexual.

Anterior a su desarrollo de la teoría psicoanalítica, es la investigación de Freud sobre la coca, donde encontramos la primera pista de lo que serán sus ulteriores consideraciones sobre la droga. En *Sobre la coca* de 1884, Freud descubre el efecto de la cocaína sobre las afecciones dolorosas, y lo plantea en términos de una “cancelación tóxica” del dolor. Dicha operación no afecta a la causa del dolor sino sólo a su manifestación sintomática. La función del tóxico por Freud concebida es la de cancelar, limitar, oponer una barrera al dolor, que en este contexto refiere exclusivamente al que producen las afecciones físicas. Algunas alusiones posteriores de su obra sobre los efectos del tóxico retomarán parcialmente esta concepción, de manera explícita como por ejemplo en *La represión* (1915), cuando recalca que la droga es una posible salida a la excitación que provoca el dolor físico –entendido en términos de una pseudo-pulsión-, o en *Duelo y Melancolía* (1917), señalando que la embriaguez realiza una cancelación tóxica de los gastos de represión, lo que asemeja el estado alcohólico a la manía; o abarcando otros dolores posibles, como el dolor de existir o sufrimiento, en *El malestar en la cultura* (1930).

Otra forma de entender la función del objeto tóxico, la podemos encontrar en *La sexualidad en la etiología de la neurosis* (1898a), en el contexto de la justificación del origen sexual de las neurosis actuales. En el argumento, Freud está sosteniendo que son perturbaciones sexuales las que producen la neurastenia y la neurosis de angustia, un exceso de masturbación en la primera, una satisfacción sexual incompleta o coartada, en la segunda.

“Librado a sí mismo, el masturbador suele recaer, a cada contingencia desazonadora, en la satisfacción que le resulta cómoda. El tratamiento médico no puede proponerse aquí otra meta que llevar al neurasténico ahora fortalecido a un comercio sexual normal, pues a la necesidad sexual, una vez despierta y satisfecha durante cierto tiempo, ya no es posible imponerle silencio, sino sólo desplazarla hacia otro camino. Por lo demás, una puntualización enteramente

análoga vale para todas las otras curas de abstinencia, que tendrán un éxito sólo aparente si el médico se conforma con sustraer al enfermo la sustancia narcótica, sin cuidarse de la fuente de la cual brota la imperativa necesidad de aquella. “Habitación” es un mero giro verbal sin valor de esclarecimiento; no todo el que ha tenido oportunidad de tomar durante un lapso morfina, cocaína, clorhidrato, etc., contrae por eso una “adicción” a esas cosas. Una indagación más precisa demuestra por lo general que esos narcóticos están destinados a sustituir —de manera directa o mediante unos rodeos— el goce sexual faltante, y cuando ya no se pueda restablecer una vida sexual normal, cabrá esperar con certeza la recaída del deshabitado” (ibid., p.268).

De la cita podemos extraer algunas consecuencias importantes. Se establece aquí una primera distinción entre el uso o hábito de consumir sustancias, y la adicción como un cuadro diferente, más asociado a la “imperativa necesidad”. La mera habitación a consumir sustancias no es condición suficiente para desarrollar una adicción, pues Freud está concibiendo la patología en relación con su causa, de ahí el énfasis en atender a la fuente de la cual brota la compulsión a consumir. Puede hipotetizarse, dada la analogía con la enfermedad y la cura de la neurastenia, que Freud está pensando en que la causa de la adicción es una causa sexual, que aquello que hace el hábito es precisamente la falta de satisfacción sexual, y que la función del tóxico –función económica- es la de restituir esa porción de satisfacción sexual. Podríamos decir que la droga tiene una función restitutiva o compensatoria, similar a la función del plus de gozar que Lacan atribuyera al objeto *a*. Aunque, por cuestiones que ya analizaremos, sólo es posible remitir dicha función restitutiva del plus de gozar a algunos usos específicos del tóxico. Ahora bien, la cita alude a una sustitución, que por el contexto en que se enmarca parece tener más bien el carácter de restitución, de recuperar algo que falta, que no es meramente cambiar una cosa por otra. Considerando a la adicción como una forma de restitución, vale igual preguntarse, ¿qué tipo de *sustitución* es la que realiza el uso de narcóticos? ¿Se trata acaso de la sustitución que opera en la formación de síntomas?

Adentrarnos en la pregunta por el carácter de la sustitución que opera en la adicción nos conduce a desentrañar algo de la dinámica que posibilita ese hábito patológico. En la *Carta 79 a Fliess*, Freud (1897) sostiene que la masturbación sería el único gran hábito que cabe designar “adicción primordial”, y las otras adicciones sólo cobrarían vida como *sustitutos* y relevos de aquella. Es preciso detenernos un poco sobre esta tesis, que explica la dinámica de la adicción como sustitución de otra adicción.

“Se me ha abierto la intelección de que la masturbación es el único gran hábito que cabe designar “adicción primordial”, y las otras adicciones sólo cobran vida como sustitutos y relevos de aquella (el alcoholismo, morfínismo, tabaquismo, etc.). El papel de esta adicción es enorme en la histeria, y quizás halle aquí, en todo o en parte, el gran obstáculo que todavía me espera. Desde luego que a raíz de ello se suscita la duda sobre si esa adicción es curable o si el análisis y la terapia se detendrán aquí y deberán conformarse con mudar una histeria en una neurastenia” (ibid., p. 314).

La adicción a sustancias sustituye a la adicción primera o protomanía, que es la masturbación. La cita no elucida la naturaleza de esta sustitución, pero otorga una explicación dinámica al articular la conducta adictiva con el onanismo. Esto amplía considerablemente la problemática de las adicciones, pues, si la masturbación es la forma primordial de satisfacción sexual, que además para Freud tiene un carácter universal, y ésta tiene una estructura adictiva, habría que pensar entonces que algo de la relación compulsiva al objeto es inherente a la actividad pulsional. En este sentido, podemos afirmar que la pulsión es inherentemente adictiva. Todos fuimos adictos alguna vez, la cuestión aquí reside en comprender por qué unos actualizan o reviven esa condición enlazándose de manera compulsiva a un objeto o una actividad, y otros no.

La idea de la sustitución de una adicción primaria por una derivada, persiste en Freud hasta muy avanzada su obra, como podemos constatar en el artículo sobre *Dostoievski y el parricidio* (1928):

“El “vicio” del onanismo es sustituido por la manía del juego, derivación esta que se trasluce en la insistencia sobre la apasionada actividad de las manos. Real y efectivamente la furia del juego es un equivalente de la antigua compulsión onanista, y en la crianza de niños no se usa otro término que el de «jugar» para nombrar el quehacer de las manos en los genitales. Lo irrefrenable de la tentación, los solemnes y nunca respetados juramentos de no volver a hacerlo, el placer atolondrante y la mala conciencia de que uno se arruinaría (suicidio), se han conservado inmutados a pesar de la sustitución.

Si la manía del juego, con sus infructuosas luchas por deshabituarse y sus oportunidades de autocastigo, es una repetición de la compulsión onanista, no nos asombrará que se haya conquistado tan gran espacio en la vida de Dostoievski. Es que no hallamos ningún caso de neurosis grave en que la satisfacción autoerótica de la primera infancia y de la pubertad no hubiera cumplido su papel, y los vínculos entre los empeños por sofocarla y la angustia frente al padre son demasiado notorios para necesitar elucidación”, (ibid., p.190-1).

La aparición del juego dentro del conjunto de las adicciones, compartiendo un mismo fundamento, supone como ya se insinuó, que el acento está puesto para Freud en el tipo de satisfacción que la adicción procura o en la función que el objeto puede tener en la economía libidinal, y no en el tipo de objeto. Pues, en términos dinámicos, da igual si se trata de una sustancia química o de una actividad como el juego, todas son formas derivadas de una vía de satisfacción primordial. Se agrega en la última cita, que la sustitución interviniente en la adicción “es una repetición de la compulsión onanista”, “real y efectivamente (...) equivalente”, aunque con un leve deslizamiento de sentido que permite sortear la amenaza de castración que sofocó la práctica masturbatoria. Lo cual de momento sólo permite concluir que la sustitución de una adicción por otra habrá que entenderla en términos de repetición de una vía de satisfacción ya sofocada, con una muy leve desfiguración del sentido y con algunos rasgos que permanecen inalterados, cuyas consecuencias dejan al sujeto en la angustia, sometido al

autocastigo (volvemos a ver la presencia del superyó) y por ende, al borde del pasaje al acto (suicidio).

Se hace necesario en este momento del argumento introducir una distinción interna al onanismo que nos permitirá determinar con mayor especificidad la forma de satisfacción entramada en las adicciones. Para ello creemos que da luces la perspectiva de Naparstek (2008) que se apoya en el siguiente pasaje de Freud (1908), en *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*:

“El acto masturbatorio (en el sentido más lato; onanista) se componía en esa época de dos fragmentos: la convocación de la fantasía y la operación activa de autosatisfacción en la cima de ella. Como es sabido, esta composición consiste en una soldadura. Originariamente la acción era una empresa autoerótica pura destinada a ganar placer de un determinado lugar del cuerpo, que llamamos erógeno. Más tarde esa acción se fusionó con una representación-deseo tomada del círculo del amor de objeto y sirvió para realizar de una manera parcial la situación en que aquella fantasía culminaba. Cuando luego la persona renuncia a esta clase de satisfacción masturbatoria y fantaseada, la fantasía misma, de conciente que era, deviene inconciente. Y si no se introduce otra modalidad de la satisfacción sexual, si la persona permanece en la abstinencia y no consigue sublimar su libido, vale decir, desviar la excitación sexual hacia una meta superior, está dada la condición para que la fantasía inconciente se refresque, prolifere y se abra paso como síntoma patológico, al menos en una parte de su contenido, con todo el poder del ansia amorosa”, (p. 142 -3).

Al afirmar que la adicción es una repetición de la compulsión onanista, tendremos que reconocer al menos dos posibles formas de satisfacción masturbatoria: una autoerótica, limitada a los movimientos mecánicos en una determinada zona erógena, sin contenido representacional, y otra, a la que ya se ha añadido una fantasía. Tenemos entonces, el autoerotismo puro, y el onanismo como soldadura entre acción motriz y el objeto en la fantasía (Naparstek, 2008). Como veremos más adelante, esta distinción tiene consecuencias porque implica concebir dos formas muy distintas de relación con el tóxico.

Por otra parte, la cita es suficientemente aclaratoria respecto al estatuto que debemos concederle a la sustitución de una adicción primaria por una derivada. La adicción primordial entraña una satisfacción a la que es preciso renunciar, quedando el sujeto en condición de abstinencia. Pensamos que a esto alude Freud (1898a) cuando habla de un “goce sexual faltante”. En términos económicos se traduce en una ausencia de descarga, lo cual implica a su vez una estasis libidinal o un aumento de la tensión interna por acumulación energética. Es esta condición de abstinencia o de insatisfacción lo que motiva, en algún momento de la vida de un sujeto, la elección de una satisfacción sustitutiva que puede encauzarse o bien por la vía de la sublimación, o bien por la formación del síntoma neurótico, o bien por el retorno a la satisfacción onanista resignada mediante el recurso al tóxico. O sea, la adicción no es un síntoma, porque la formación del síntoma neurótico tiene por condición necesaria el abandono de la masturbación o de algún sustituto de ella.

La lista que acabamos de enumerar, de elecciones posibles ante la abstinencia, o satisfacción sexual faltante, nos remite al argumento de *El malestar en la cultura* (1930) acerca de las soluciones que se ofrecen al individuo para habérselas con la renuncia pulsional y los infortunios de la vida, en que se agregan además el amor, la religión y el delirio. Son todas defensas ante el padecer y métodos para obtener la felicidad, considerablemente disímiles entre sí y parcialmente eficaces. Respecto a lo que nos convoca:

“El método más tosco, pero también el más eficaz, para obtener ese influjo es el químico: la intoxicación. No creo que nadie haya penetrado su mecanismo, pero el hecho es que existen sustancias extrañas al cuerpo cuya presencia en la sangre y los tejidos nos procura sensaciones directamente placenteras, pero a la vez alteran de tal modo las condiciones de nuestra vida sensitiva que nos vuelven incapaces de recibir mociones de displacer. Ambos efectos no sólo son simultáneos; parecen ir estrechamente enlazados entre sí. Pero también dentro de nuestro quimismo propio deben de existir sustancias que provoquen parecidos efectos, pues conocemos al menos un estado patológico, el de la manía, en que

se produce esa conducta como de alguien embriagado sin que se haya introducido el tóxico embriagador. (...) Es muy de lamentar que este aspecto tóxico de los procesos anímicos haya escapado hasta ahora a la investigación científica. Lo que se consigue mediante las sustancias embriagadoras en la lucha por la felicidad y por el alejamiento de la miseria es apreciado como un bien tan grande que individuos y aun pueblos enteros les han asignado una posición fija en su economía libidinal. No sólo se les debe la ganancia inmediata de placer, sino una cuota de independencia, ardientemente anhelada, respecto del mundo exterior. Bien se sabe que con ayuda de los “quitapenas” es posible sustraerse en cualquier momento de la presión de la realidad y refugiarse en un mundo propio, que ofrece mejores condiciones de sensación. Es notorio que esa propiedad de los medios embriagadores determina justamente su carácter peligroso y dañino” (Freud, 1930, p.77-78).

La función del tóxico aquí definida es bastante clara: atenuar el dolor de existir, a través de una ganancia de placer y una evitación del displacer que el mundo exterior depara. Sería consistente con la totalidad del escrito, interpretar “el mundo exterior” o la realidad, como el mundo cultural, pues de ahí provienen las presiones que, en su incompatibilidad con las pulsiones, suscitan el malestar. Si bien Freud no se refiere específicamente a la adicción sino a la intoxicación, creemos que el carácter peligroso del tóxico, derivado de la potencial sustracción de la realidad, habría que pensarlo en la adicción de forma sistemática y recurrente, como una vía de satisfacción privilegiada por el sujeto en detrimento de los métodos restantes, muy coherente por lo demás con el carácter autoerótico o masturbatorio que atribuye a las adicciones. Parece plausible correlacionar la independencia respecto del mundo exterior con el replegamiento hacia el propio cuerpo en la satisfacción autoerótica, que supone además un desmontaje de la soldadura con la fantasía. Podría leerse, en buenas cuentas, como una liberación de las presiones de la realidad exterior y de la realidad psíquica, íntimamente entrelazadas. En esa propiedad radica el carácter peligroso y dañino del tóxico, puesto que hace vacilar el montaje de la cultura en el sujeto, liberando así el lado bruto o tosco de lo pulsional, similar a la manía.

Es notorio también que lo tóxico no es un agente externo solamente; leemos en Freud una sintonía con la fisiología sexual de la época que, como veremos, estará ligada a las psiconeurosis y no solamente a las neurosis actuales, punto de comparación entre síntoma y adicción. Era común a fines del siglo XIX (Levin, 1978) la explicación etiológica de anormalidades neurológicas y psiquiátricas mediante toxinas endógenas como exógenas. Las toxinas sexuales jugarían un rol en la explicación de las neurosis en general. Queremos llamar la atención con esto sobre la toxicidad, independiente del campo donde opere o desde qué disciplina se la considere. Al respecto podemos nuevamente citar a Freud en *Contribuciones para un debate sobre el onanismo* (1912a):

“No veo nada que nos constriña a renunciar al distingo entre neurosis actuales y psiconeurosis, y no puedo sino considerar tóxica la génesis de los síntomas en las primeras. Creo que el colega Stekel extiende realmente demasiado la psicogenidad. Yo sigo viendo las cosas como se me aparecieron al comienzo, hace más de quince años: las dos neurosis actuales —neurastenia y neurosis de angustia (quizá se les deba agregar, como tercera neurosis actual, la hipocondría en sentido estricto)— prestan la “solicitud somática” para las psiconeurosis, les ofrecen el material de excitación que luego es psíquicamente seleccionado y revestido, de suerte que, expresado en términos generales, el núcleo del síntoma psiconeurótico —el grano de arena en el centro de la perla— está formado por una exteriorización sexual somática”(p. 257).

Habría una toxicidad inherente a las exteriorizaciones sexuales somáticas en las neurosis actuales, lo que equivale a decir que algo de la sexualidad, librada o independiente de sus revestimientos psíquicos —la representación o la fantasía— tiene una naturaleza tóxica. La toxicidad del síntoma psiconeurótico provendría entonces del grano de arena, más que de la perla que lo envuelve. Qué nombre ponerle a esta toxicidad endógena, bajo qué concepto psicoanalítico puede subsumirse, es algo que está aún por esclarecerse, aunque ya dijimos que podría pensarse desde la idea de una desligadura, una satisfacción sexual desligada de lo psíquico y lo cultural; ya que se observa cierta insistencia en los distintos

pasajes expuestos, donde Freud hace notar las consecuencias del desanudamiento: la satisfacción autoerótica desmontada de sus componentes de fantasía va acompañada de angustia y autocastigo, tal es el caso de Dostoievski; la manía, en su desasimiento del objeto, vendría siendo algo así como una intoxicación endógena; la independencia de la realidad alcanzada en la intoxicación exógena tiene un carácter peligroso y dañino. Luego, la toxicidad, inherente a los procesos anímicos, depende de una dinámica particular, y no exclusivamente de la sustancia. La sustancia introduciría otro nivel de intoxicación, cuya función es, como hemos expuesto, eminentemente defensiva.

En síntesis, podemos apreciar en Freud un predominio de la función defensiva y restitutiva del objeto tóxico en el aparato anímico, para efectos de un consumo que no necesariamente es adictivo. Sobre éste, vimos que se concibe como la repetición de la compulsión onanista primordial, y que ésta a su vez tenía una vertiente de satisfacción autoerótica pura, y una vertiente de satisfacción masturbatoria ligada a la fantasía pero distinta al síntoma; y por último, que la toxicidad no es una cualidad exclusiva de las sustancias exógenas, sino que se la considera inherente al metabolismo de la sexualidad, sobre todo cuando esta se haya reducida a su carácter somático, lo que Freud expresa como el grano de arena en la perla.

3.2. Lacan: la definición de la droga

En la obra de Lacan las referencias al tóxico y la adicción son aún más escasas que en Freud, y también carecen de una articulación entre sí que pudiera conformar una teoría. Ninguna de ellas hace alusión al toxicómano. Sin embargo son referencias que permiten extraer una concepción del fenómeno que hace posible orientar la práctica clínica, no sin una exegesis del texto que clarifique las escuetas e intrincadas citas que recortaremos, particularmente una (de un total de siete), por ser la única que consideramos puede ser útil a los fines de la investigación.

Citamos la definición que Lacan da de la droga en la *Sesión de clausura de las jornadas de carteles de la Escuela Freudiana de París*: “todo lo que permite escapar a este casamiento es evidentemente bien recibido, de donde resulta el éxito de la droga, por ejemplo; no hay ninguna otra definición de la droga que ésta: es lo que permite romper el casamiento con la cosita de hacer pipí” (Lacan, 1975a, inédito), en alusión a la nominación que da Juanito de su órgano genital, se entiende que la *cosita de hacer pipí* refiere al falo, tal como Lacan lo desarrolla desde el *Seminario IV*, en que aborda el caso. En los párrafos más próximos a la cita, Lacan viene hablando de la articulación entre la castración, el goce, la angustia y el cuerpo, a propósito del caso Juanito.

El argumento previo define dos rasgos de la castración íntimamente relacionados. Es por un lado, lo que nos libera de la angustia, y es por otro, lo que produce un goce ya bien tipificado en este momento de la enseñanza de Lacan, a saber, el plus de gozar (que sería “lo que por el momento está permitido a cualquier persona”, dice relación con el goce habilitado; recordemos que esta función responde suplementariamente a la prohibición de una porción de la satisfacción). Para Lacan (ibid.), de la castración deriva un goce posible precisamente porque libera de la angustia. Pero, “¿Qué es la angustia? (...) La angustia está muy precisamente localizada (...) en el momento en que un hombrecillo o una futura mujercita se da cuenta, ¿de qué? Se da cuenta de que está casado con su pito (...) no hay cosa mejor para hacer falo [que el pene erecto], lo cual es evidentemente una complicación ligada al hecho del nudo” (ibid., inédito). El descubrimiento de la relación matrimonial con el falo, angustia, y el devenir de esa relación “*aflice*”, dice Lacan, tanto al hombre como a la mujer.

Desbrocemos las citas. Hay que leer este texto en relación con otros textos, como la *Conferencia de Ginebra* (1975b), en que Lacan examina el caso Juanito, concluyendo que su fobia responde a la angustia acaecida ante el descubrimiento de su pene erecto, manifestación de un cuerpo extraño y externo, un *gocce hétero* dirá, del cual no entiende nada porque no responde a ninguna ley. Varios años

antes, en el *Seminario IV* (1956-57), Lacan lo sitúa en términos de una aparición del *pene real*:

“Para él todo estaría muy bien si se tratara de su Wiwimacher [hace-pipí], pero no se trata de eso, lo que está en juego es él mismo, todo entero, y la diferencia empieza a plantearse muy seriamente en cuanto interviene el Wiwimacher real, convertido para Juanito en un objeto de satisfacción. En ese momento, empieza a producirse lo que se llama la angustia” (ibid., 1956-57, p. 244).

Es la aparición invasiva del órgano, del cuerpo real, lo que motiva la angustia del pequeño, y derivada de ésta, la invención de una solución con un mínimo de elaboración metafórica, que es la fobia a los caballos. Lacan (ibid.) no duda en denominar como “pulsión real” a lo que invade a Juanito, por oposición, podríamos decir a una pulsión simbolizada e imaginarizada. La solución es una elaboración de ese goce hétero, radicalmente ajeno, resultante de una simbolización de lo real, una articulación significante que libera de esa angustia, que ahora se haya anudada a un objeto bien localizado, aunque no por ello desprovista de inconvenientes.

Es decir, la solución fóbica opera algo de la maquinaria edípica o de la metáfora paterna, que habilita a Juanito a transformar un goce real en un goce sintomático, y por ende, fálico. Héctor López (2003), agrega que en el *Seminario IV* (1956-57), para Juanito la fobia es “esa *“complicación”* [es la palabra que ocupa Lacan para designar la posibilidad de hacer de un pene, un falo] *a través de la cual deberá recorrer todos los “circuitos” y realizar todas las “permutaciones” para producir las “transformaciones” necesarias de ese “pito” falo, que lo integren al mundo simbólico de la Ley y de la diferencia sexual”* (p. 92). Es por orden de esta ley que el pene real puede ser simbolizado como un instrumento del que se puede hacer usufructo, bajo la forma del falo.

El falo es un concepto que tiene distintas declinaciones. En el comienzo de su enseñanza, Lacan concibió el falo como el significante-operator que

estandariza la articulación entre los significantes, o el significante de los significantes destinado a designar en su conjunto los efectos del significado (Lacan, 1958). Con el tiempo va desplazando el concepto para añadirle una función en la economía pulsional, es decir, va cargando sus énfasis desde una regulación simbólica de la cadena signifiante hacia una regulación simbólica de lo real. Algo de esto último se hallaba ya presente en el comienzo de su enseñanza. Un pasaje del *Seminario V* relaciona el falo con la castración: “*este signo [el significante fálico] solo lo obtiene si se mutila de algo a cuenta de cuya falta irá todo el resto*” (Lacan, 1957-58, p.282). Está refiriéndose al corte que produce lo simbólico en el organismo, como la reja de un arado que surca la tierra. En ese sentido el falo es la marca en lo simbólico de la castración, un significante de la ausencia y de lo perdido que posibilita el decurso del deseo. Pero es también, hacia el final de su enseñanza, el significante que hace entrar la satisfacción pulsional en la contabilidad del inconciente, el significante del goce; así, en el *Seminario XIX*, por ejemplo, Lacan (1971-72a) señala que la inscripción del falo permite hacer de un órgano –el pene-, un instrumento, que sería como decir que posibilita el uso del cuerpo real por medio de la palabra, uso del cuerpo destinado a producir una satisfacción sexual en el marco de la Ley y en los circuitos de intercambio, o sea, una satisfacción limitada, regulada, medida. Ya que el niño no puede casarse con su madre, el objeto perdido, queda la posibilidad de aspirar al matrimonio con el falo y obtener gracias a éste una que otra migaja de goce. En este sentido, castración y falo son dos caras de la misma moneda.

El texto de las jornadas de carteles además coincide temporalmente con el *Seminario XXIII* sobre el sinthome. Para hacer más comprensible el pasaje, nos remitimos a la concepción del falo que circula en ese seminario, a saber, “*la conjunción de lo que he llamado ese parásito, que es el pitito en cuestión, con la función de la palabra*” (Lacan, 1975-76, p. 16). El falo es precisamente una juntura de dos órdenes distintos, el cuerpo real y la función mediadora de la palabra en tanto que ésta permite hacer uso del órgano, para relacionarse con el otro sexo. El uso del órgano como instrumento produce una satisfacción acotada, un goce al que llamamos fálico, derivado de la castración, que aparece ubicado en el nudo

borromeo en la intersección entre los redondeles de lo real y lo simbólico, diferenciándose del goce del sentido y del Otro goce o goce femenino. Esto indica que es una modalidad más entre otras de habérselas con la pulsión, no la única, pero sí aquella más próxima al síntoma (entendido éste como el avance de lo simbólico en lo real (Lacan, 1974-75)). Un operador significativo que anuda registros heterogéneos, resuena a la soldadura que Freud propone para pensar en la masturbación, como unión entre los movimientos mecánicos y la fantasía, entre el cuerpo y la representación.

Volvamos a la definición de la droga: *“lo que permite romper el casamiento con la cosita de hacer pipí”*. Recordemos que la castración libera de la angustia ante la intrusión de lo real de la pulsión, pero el falo es algo que aflige, y por eso se buscan salidas posibles que alivien la aflicción, como la salida de la droga, a todas luces una solución exitosa. Solución cuyo éxito y eficacia Freud (1930) ya había determinado. Entendemos entonces la función de la droga tal como Lacan la define, en términos de una ruptura de aquello que el falo anudaba, a saber, la pulsión real y la función de la palabra. Por ende permite una solución –parcial- a las desventuras ligadas a la castración y el goce fálico, por ejemplo, al malestar del síntoma neurótico, entendido como un posicionamiento frente al problema de la castración.

Permite a su vez, un tratamiento distinto de la angustia. Tal como permite salir de un conjunto de problemas, habilita la obtención de una satisfacción por fuera de la medida, o podemos decir, más allá del principio del placer, es decir, posibilita hacer una experiencia de goce, en el sentido fuerte del término, esto es, acceder a una satisfacción que confina con el dolor. Ahora bien, la definición de la droga determina la función de ésta en la estructura, y no es una definición de la adicción, por ello vale tanto para un solo acto de consumo como para mil. Quien consuma alguna droga y sea neurótico, eventualmente podría experimentar una experiencia de satisfacción por fuera de la medida fálica. Como veremos más adelante, esto es sólo eventual, dado que la ruptura no está asegurada por cualquier tipo de consumo.

Naparstek (2008) plantea una continuidad entre la tesis lacaniana de la droga y la tesis freudiana de la adicción. En la tesis de Freud encontramos la idea de que la adicción implicaría una forma de satisfacción masturbatoria, sea que esté ligada a la fantasía –onanismo como soldadura- o no –autoerotismo puro-, es decir, que la adicción puede entramar una desligazón de la soldadura que ata el orden del cuerpo con el de la representación; por su parte, la tesis lacaniana es precisamente una tesis de ruptura entre el cuerpo y la función del significante, cuyo corolario inmediato sería la posibilidad de obtener una satisfacción por fuera de la regulación simbólica. Como el planteamiento lacaniano define la droga, y no la adicción, se trata de una continuidad que es preciso justificar con desarrollos posteriores a Lacan, puesto que, como sabemos, el consumo de drogas no deviene necesariamente en adicción. Para sostener dicha continuidad se hace necesaria una revisión de lo que autores seguidores de la enseñanza de Lacan han postulado, y que permiten construir una noción de adicción a partir de la definición de la droga y de lo que la clínica enseña sobre el fenómeno.

4. CONCEPTUALIZACIONES DE LOS SEGUIDORES DE LACAN SOBRE EL TOXICO Y LA ADICCIÓN

“Cuando uno fuma opio, por alguna clase de transposición o *quid pro quo* intelectual, siente que se evapora, atribuyendo a la pipa, en la cual uno se siente revuelto con el tabaco, el extraño poder de fumarse a sí mismo”

Charles Baudelaire, *Los paraísos artificiales*

La producción teórica de los seguidores de Lacan en el campo de las toxicomanías es muy vasta y a la vez disímil. Se han desarrollado distintos focos de investigación, con premisas diversas, dependiendo del grupo al que se afilian – dentro del lacanismo es muy patente la división de escuelas en su interior, comúnmente agrupadas en torno a uno o un par de autores que lideran la interpretación del texto de Lacan. Para los fines de esta investigación haremos un recorte de las conceptualizaciones que sirvan a nuestros propósitos. Por otra parte, nos limitaremos a revisar las publicaciones en castellano, lo cual también hace un filtro importante, dado que numerosos artículos relevantes están sólo en francés, o su disponibilidad es escasa en nuestro medio⁵.

Pese a las diferencias entre autores, hay algunos puntos de consenso que fundan el campo de investigación en toxicomanías en los distintos grupos derivados de la enseñanza de Lacan. Uno de estos es la asunción de que “el toxicómano no existe”, frase acuñada por Markos Zafiropoulos y adoptada, expresa o tácitamente en casi la totalidad de referencias encontradas. Que el toxicómano no exista alude a la inespecificidad del personaje del toxicómano dentro de las categorías de la psicopatología psicoanalítica. Como ya dijimos, no es más que un tipo social, una figura fantasmagórica producto de coordenadas epocales muy precisas. Es decir, la toxicomanía es una categoría psicopatológica que no se relaciona directamente con ninguna estructura en particular, pues se

⁵ Por ejemplo, algunos artículos relacionados al tema, de Charles Melman, de Markos Zafiropoulos, Jean Bergeret, Sylvie Le Poulichet, Fernando Geberovich, por nombrar los más relevantes.

constata de hecho que el fenómeno o la conducta adictiva aparece en neurosis, perversión y psicosis. Vale la aclaración, porque en momentos de la historia del psicoanálisis se ha relacionado al toxicómano con la perversión, o con las personalidades limítrofes, por ejemplo. Por tanto, es una premisa de los desarrollos lacanianos la no existencia de una estructura ni una personalidad adictiva.

A partir de esta premisa, revisaremos algunos caracteres formales de la adicción que se desprenden de los desarrollos de autores lacanianos, específicamente tres: en primer lugar, la adicción es concebida como una *formación de ruptura* con algunas operaciones de la estructura. En segundo lugar, la adicción no posee el estatuto de un síntoma-metáfora, sino que es *una operación salvaje del síntoma* más emparentada a las actuaciones. En tercer lugar, la adicción se afinca en la economía pulsional a través de una *identificación masiva al ser toxicómano*. Por último, tanto en la adicción como en el consumo regulado, *el objeto cumple una función determinada* en relación con las condiciones de satisfacción de quien consume. Unos planteamientos más que otros son portadores de consenso, por eso acá rescataremos los elementos que nos permitan trabajar la pregunta por el desencadenamiento de la adicción en la neurosis.

4.1. La adicción implica una ruptura

Como hemos venido insistiendo, es un dato que se impone en la clínica el hecho de que el consumo de sustancias no deriva necesariamente en una relación adictiva con el objeto. Ya Freud hizo la distinción entre el hábito y el hábito patológico, y demostró la contingencia del tipo de objeto para que haya una adicción, como es palpable en el caso de Dostoievski. Dentro del psicoanálisis derivado de la enseñanza de Lacan, la mayor parte de los autores dedicados al tema coinciden en que el desarrollo de una adicción responde a determinadas configuraciones de la dinámica psíquica, salvo curiosas –y desafortunadas–

excepciones, como es el caso de López (2006), que intenta explicar el desencadenamiento a partir de hipótesis biologicistas, esto es, pensar que la adicción se instala cuando se supera determinado umbral de ingreso del químico al organismo, haciendo caso omiso al factor económico y subjetivo en juego. Como es sólo una excepción, descartamos la pertinencia de su revisión en la presente investigación.

Si bien no todos los autores lacanianos hacen referencia a la definición de la droga de Lacan (1975a), como ruptura con el hace-pipí, hay un consenso generalizado en entender las adicciones en la neurosis como operaciones de ruptura con algo engarzado parcial o totalmente en el orden simbólico, puede ser el Otro, el lenguaje, el deseo, el inconciente, la castración, el fantasma, el falo, etc. (ej. Le Poulichet, 1987; Laurent, 1988; Miller, 1989b; Geberovich, 2000; Tarrab, 2000; Karothy, 2002; López, 2003; Naparstek, 2008; Sinatra, 2010). Tres de los autores citados tienen un valor fundante, ya que proponen rupturas distintas que servirán de fundamento para las investigaciones posteriores, a saber, Le Poulichet (1987), Laurent (1988) y Miller (1989b). Los tres planteamientos surgen en la misma época, a pocos años acaecida la muerte de Lacan en 1981.

Como adelantamos en el apartado anterior, la tesis de Lacan define el efecto de la droga, pero no da cuenta de la adicción, entendida como montaje o formación psíquica que se instala tras un recorrido de consumos previos. Insinuamos también que no todo consumo de sustancias hace ruptura con el falo. Pensarlo así equivaldría a dotar a la sustancia de una cualidad universal e inmanente capaz de desanudar la estructura, cuando la clínica y la historia de las drogas, muestra, por el contrario, que los efectos de ruptura son contingentes, es decir, que pueden estar o no.

Entonces no hay *el* efecto de la droga: las supuestamente estimulantes producen a veces estados de tranquilidad, y las supuestas tranquilizantes pueden euforizar. Es lo que hemos venido insistiendo, el potencial curativo o tóxico de las drogas no está en las cosas, sino en la relación libidinal que el sujeto entabla con ese objeto. La definición lacaniana de la droga, agregamos, determina *una* función

posible de la droga, una entre otras; por diversas razones no puede ser la *única* función, como taxativamente planteara Lacan. Por de pronto, hay sujetos psicóticos que presentan conductas adictivas -tal es una constatación de facto-, que por estructura no podrían ajustarse a la definición, dado que no hay matrimonio con el falo en la psicosis: la forclusión del Nombre del Padre borra esa posibilidad. En la neurosis en cambio, si bien se cumple con la condición de la inscripción fálica, se observan también usos diversos del tóxico, algunos desanudados al falo y otros plenamente anudados, a tal punto que aseguran el casamiento con el órgano, por ejemplo, en cierta relación de los hombres de antaño con el alcohol, que bebían para aliviar sus penas de amor (Sinatra, 2010).

La ruptura con el hace-pipí, punto de partida de numerosas reflexiones en el campo de las adicciones, designa un efecto posible de la droga, pero deja en suspenso la definición de la adicción. Sin una mención expresa, veníamos anticipando la noción de *formación de ruptura*, significando con esto que lo que se entiende por adicción es una organización o un ordenamiento de aquello que hace ruptura, es decir, se trataría de una configuración que estabiliza la ruptura con el falo, y que no la limita a la situación puntual en que se incorpora la sustancia. Eso implica un reordenamiento estable de la economía de satisfacción pulsional, en base a la ruptura.

Quien acuña este término es Eric Laurent (1988), y lo coloca en contrapunto con la freudiana formación de compromiso, para poner de relieve el estatuto no sintomático de la adicción. Va más lejos y plantea que *“la ruptura con el “pequeño-pipí”, como dice Lacan, tiene como consecuencia que se puede gozar sin el fantasma”,* particularmente es una *“ruptura con aquello que el fantasma supone objeto de goce en tanto incluye la castración”* (ibid., p. 19). Es decir, la adicción produce una satisfacción pulsional no localizada por el objeto *a*, en tanto derivado de la operación de castración. La ruptura además suprime las particularidades del fantasma, *“es un cortocircuito”* (ibid., p.19), dice, un atajo. Así, la formación acorta el circuito pulsional en su recorrido hacia el objeto, que tras la operación de castración se veía impelido a hacer un largo-circuito a través de numerosas

mediaciones para bordearlo. Sin duda el planteamiento se acerca a lo que vislumbramos en Freud como el costado de satisfacción autoerótica de la adicción, en ruptura con la fantasía. De hecho, el autor observa que la toxicomanía lo que hace es presentar una modalidad de goce a-sexual, esto es, no fragmentada en las distintas zonas erógenas (ni desplegadas en un fantasma), y en tanto tal, Una, del cuerpo consigo mismo.

En suma consonancia con la tesis de Laurent (1988), Miller (1989b) precisa que la droga permite acceder a un goce sin pasar por el Otro. Sabemos que el Otro es un concepto versátil en Lacan, pues comprende formas variadas de la alteridad simbólica. En este contexto Miller se refiere particularmente al Otro sexual: “¿desde el punto de vista psicoanalítico, no habría que decir que la droga se transforma en el verdadero partenaire esencial, incluso exclusivo del sujeto, un partenaire que le permite hacer un impasse con respecto al Otro y particularmente con respecto al Otro sexual?” (ibid., p. 17). La droga se *transforma* en el partenaire esencial, habría que agregar: en un momento particular de la historia del sujeto y bajo determinadas condiciones, permitiéndole *bypassear* al Otro en el circuito de satisfacción pulsional. Parece relevante destacar el carácter procesual de la ruptura con el Otro, como si el salteamiento requiriera de una verdadera transformación del sujeto y su modo de goce, bien distinto a lo que podríamos imaginar a partir de la definición lacaniana de la droga. Pues, lo indica de manera abundante la experiencia clínica, la ruptura –con el falo, el objeto en el fantasma, el Otro- se forma, se hace formación, no necesariamente en la intoxicación sino en cuanto que lo que hace de droga se transforma en partenaire exclusivo.

Ambos autores coinciden en que el saldo de la operación de ruptura es la obtención de un goce autoerótico, “*que rehúsa que el goce del cuerpo propio sea metaforizado por el goce del cuerpo del Otro*” (ibid., p. 18)⁶. César Medina (2000) articula ambos planteamientos:

⁶ Sobre la obtención de un goce en la adicción vamos a referirnos más extensamente en el apartado sobre “La función del tóxico”, pues dicha afirmación merece algunas consideraciones.

“El fantasma no sería en este caso, el articulador del significante y del sujeto al objeto de goce como se da en el campo de las neurosis. El losángulo articulador de las dos heterogeneidades se presentaría en la situación toxicómana, en estado de ruptura, hecho este, que no permitiría al objeto ocupar el lugar de causa del deseo. Esto facilitaría la asimilación del significante al objeto de goce. Existiría así, formación fantasmática en la toxicomanía, pero en condición muy particular y distinta de lo que ocurre en la neurosis y en la perversión (...). Una utilización esta del fantasma fundamental que serviría no para recusar o renegar la castración o la falta en el campo del Otro, y sí para romper con la regulación deseante falo-síntoma que ese Otro propone para el goce” (p. 129-30).

La cita modera en cierto modo la tesis de Laurent (1988) de que se puede gozar por fuera del fantasma en la adicción, pues no se trataría de un salteamiento absoluto de lo fantasmático, sino de una ruptura temporal del losange, y por tanto, de una no exclusión entre el sujeto del significante y el objeto de goce. ¿No nos ofrecía una configuración similar en lo social, la eliminación de las dos barras en el discurso capitalista, gracias a lo cual se hacía posible la asimilación interminable del objeto de goce? El discurso en cuestión y su soporte subjetivo, el consumidor, se engarza aquí con su envés de sombra, que no es otro que la figura del adicto. O dicho de otro modo, se ve bien cómo la adicción es un síntoma social del discurso capitalista, por cuanto lleva hasta las últimas consecuencias – devastadoras, en muchos casos -el imperativo de reapropiación ilimitada del objeto. Vemos en la adicción una nítida traducción subjetiva de la liberación de las potestades del superyó en lo social.

En esta línea, Medina (2000) sostiene que el fantasma opera en las adicciones *“a cielo abierto, en toda su insensatez obscena y sin el envoltorio llamado “formal””* (p. 131). Es un fantasma “desintomatizado”, que no hace el pasaje por la castración y que recupera la satisfacción de manera autoerótica, sin el Otro. Con respecto al objeto, el montaje adictivo desarticularía su función de causa de deseo, que reside en la cualidad vacía del *a*, por ser un agujero cernido.

Sin embargo no lo elimina como objeto de goce. La sustancia, entonces, llenaría o daría cuerpo, existencia y consistencia al objeto.

Por su parte, Sylvie Le Poulichet (1987) construye una hipótesis diversa para la comprensión del fenómeno de las adicciones, aunque arriba a algunas conclusiones similares a las de los autores descritos. La médula de su teoría estriba en entender las adicciones como *formaciones narcisistas* ordenadas según la *operación del farmakon*⁷, que sería la condición necesaria para una entrada en la adicción. Distinto es el *principio del farmakon* que interviene en todo uso de drogas, modificando las cualidades de la percepción pero no por ello creando un montaje o una formación estable de conservación narcisista. La operación del farmakon consiste en un dispositivo conservador del aparato psíquico que toma el modelo freudiano de la lesión de órgano, en tanto alucina un órgano doloroso que desvía las investiduras de algo más doloroso aun, lo insoportable; así, en un replegamiento narcisista, soslaya el trayecto pulsional que transita la vía de las representaciones –o significantes- para cancelar un dolor que insiste en ser acallado. Ya volveremos a esta referencia de Le Poulichet al Freud pre psicoanalítico, al situar la función cancelatoria del dolor como central en la operación del farmakon. Por ahora baste mencionar que

“todas estas características de la operación del farmakon, bajo la referencia a lo alucinatorio y al dolor, evocan un montaje paradójico que neutraliza todo resto de castración. De hecho, como lo he señalado, esta operación parece consumarse al margen de la dimensión del lenguaje.

Así, una “cancelación tóxica” regularía la homeostasis de un “aparato psíquico”, es decir, una forma de goce, más acá de la dialéctica de la necesidad, del deseo, de la demanda y de la falta. En suma, este circuito del tratamiento del dolor narcisista no recurre al rodeo del Otro” (ibid., p. 68).

⁷ Le Poulichet (1987) rescata la noción de pharmakon que Jacques Derrida tomara de Platón. En esta, se destaca la indecidibilidad inherente a la droga, que bien puede constituirse como remedio o veneno.

Se trata entonces de una operación por fuera de la estructura que el lenguaje inscribe en el cuerpo, anulando parcialmente las funciones e instancias que derivan de dicha inscripción, y que se abocan a mediatizar la satisfacción pulsional: la castración-falta (por ende, el falo), el deseo y la demanda, el Otro – es decir, lo inconciente. Recalcamos en la cita, la mención de una función regulatoria u homeostática, la que retomaremos con profundidad cuando dediquemos un apartado a revisar la función del tóxico.

Así se obtiene una forma de goce más acá o más allá de la lógica del significante, y en consecuencia, en ruptura con los objetos que el significante logró cernir: *“como en la lesión de órgano, un objeto parece fosilizado dentro del circuito de la operación del farmakon en tanto se consuman una interrupción de los diferentes recortes pulsionales y una exclusión del otro”* (ibid., p. 118). Entendemos que lo que se reordena en la formación narcisista es una vía de satisfacción no articulada al objeto *a* –que supone un cuerpo afectado por el inconciente- y por tanto, no articulado a las zonas erógenas que los significantes de la demanda inscribieron. A su vez, como ya dijimos, el objeto deja de ser una nada que causa el deseo, se sustantiviza y adquiere una cualidad fósil, concreta, dura y a la vez anquilosada. A esto se refería, tal vez, Miller (1989b), al hablar de una transformación de la droga en partenaire esencial y exclusivo, puesto que la adicción estanca la vivacidad y movilidad de los objetos pulsionales, su diferencia, para reducirlos a un único objeto.

Para concluir este apartado, diremos que se trate de formaciones narcisistas o formaciones de ruptura, ambas posiciones coinciden en concebir la adicción como un reordenamiento de la economía pulsional, originalmente dentro de circuitos regulados por lo simbólico, para desplazarse, por acción del farmakon, hacia circuitos más cortos de satisfacción y en franca desestimación de aquellos. Ambas posiciones establecen el problema del tóxico en el terreno de la economía libidinal, definiendo a la adicción como una formación diversa a la del fantasma y el síntoma tal como se presentan en la neurosis. Entonces conviene plantear la instalación de la adicción, *su desencadenamiento*, como un pasaje del sujeto a la

manía por el tóxico, consecuencia de la ruptura del casamiento con el falo, que es correlativa a una ruptura con las determinaciones simbólicas (o simbólico-reales) de la estructura: el Otro y el objeto *a* en el fantasma.

La alusión a la manía tiene toda la relevancia. No por nada Freud comparó la intoxicación con los estados maníacos, como si estos fuesen estados de intoxicación endógena. La analogía de la adicción con la manía puede ser abordada desde dos perspectivas: por una parte, como efecto de una puesta entre paréntesis de la operatividad del falo, que supone una liberación de aquello que daba medida y referencia a la satisfacción pulsional. Por otra parte, este fuera-de-medida bien se ajusta a la noción de manía entendida por Lacan (1963-64) como el cese de la función del objeto *a*, en tanto que es un condensador de la satisfacción pulsional. Si bien, fenoménica y dinámicamente no son lo mismo la adicción y la manía psicótica, comparten el rasgo de saltarse el pasaje del goce a la contabilidad, pasible de ser leído como un rechazo -mortal- del inconciente.

4.2. Estatuto no sintomático de la adicción

Junto a Freud vimos que la adicción tiene un estatuto psicopatológico distinto al del síntoma neurótico, entendido éste como una formación de compromiso entre dos mociones contrapuestas. El recurso al tóxico es una solución más frente al malestar en la cultura, al costado del síntoma. Por otro lado, para que haya formación de síntomas se requiere, como condición *sine qua non*, que el sujeto deje la satisfacción masturbatoria. Luego la adicción, que es un relevo del onanismo primordial, no es un síntoma, porque transita una vía de satisfacción distinta. Ahora, que tenga estatuto de síntoma en la conceptualización de Lacan es cuestión que habría que revisar más en detalle. Porque si no es un síntoma, entonces ¿qué es?

Recordemos que mientras Lacan dio primacía al registro simbólico, un axioma clásico rezaba que el inconciente está estructurado como un lenguaje, de lo cual se deduce que siendo el síntoma una formación del inconciente, comparte

esa estructura de lenguaje, particularmente bajo la forma de la metáfora o sustitución de un significante por otro, que produce un efecto de significación. El síntoma viene a metaforizar algo del orden de la castración del Otro, como una suerte de respuesta a su falta – cuyo carácter enigmático desencadena angustia - lo cual se traduce formalmente en el $s(A)$ ⁸ del costado izquierdo del grafo del deseo. La sustitución de un significante por otro, de uno reprimido por uno manifiesto, produce un efecto de significación, que en relación a la pregunta por el deseo del Otro es siempre una significación fálica, algo que compromete a la posición sexual. Dichos sentidos producidos se articulan en una proporción establecida por el significante fálico, de manera que significan o responden a la pregunta por el lugar que ocupa el sujeto para el Otro –referidos a la falta, a lo que se es o no, y a lo que se tiene y se puede perder. Bajo esta perspectiva es que se puede entender al síntoma como un mensaje cifrado y enigmático dirigido al Otro, que la interpretación analítica podría descifrar.

De ser un síntoma en sentido lacaniano, la adicción sería el significante sustituyente de otro significante sustituido: sustitución de la adicción primordial, la masturbación, por la adicción actual a X, podríamos especular con un poco de auxilio freudiano. Bueno, ¿y qué es una adicción? Es la relación compulsiva y, en cierto sentido, autosuficiente con un objeto. Entonces, qué es lo que cambia en la sustitución, entre una adicción y otra: el objeto. Porque, siguiendo a Freud (1928), la adicción actual “*es una repetición de la compulsión onanista*”, “*real y efectivamente (...) equivalente*”, salvo en que una se satisface con el órgano del cuerpo y la otra, con un producto o una actividad de la cultura. El carácter iterativo de una y otra es el mismo. La pregunta ahora es si el objeto droga tiene o puede tener un valor significativo, en el sentido en que Lacan lo definió, es decir, si puede representar a un sujeto para otro significante. ¿Dice algo de la verdad del sujeto, su presentación como “adicto”? Más concretamente, ¿cambia la verdad del sujeto si pasa de ser un “marihuano” a ser un “cocainómano”, es decir, si modifica el objeto de satisfacción? Veremos en breve que, más que decir algo de su verdad de sujeto, el significante de la adicción la ensombrece.

⁸ Léase: significado del Otro completo, sin falta.

Haremos en este punto un breve pero atingente paréntesis. Que un sujeto se haga representar por la droga, el famoso “soy adicto”, no implica de suyo que efectivamente esté en una relación maníaca respecto de un objeto; tal suele ser el caso de los alcohólicos o los narcóticos anónimos, que se definen como adictos pese a no haber ingerido sustancia alguna en años. Por otra parte, se constata de manera recurrente en la clínica que dicha identificación no es fácilmente dialectizable, sino parece más bien una asunción inconvencional. Su sentido no se desplaza concorde a los desplazamientos del sujeto, en relación a su verdad. Leemos esta inercia como la falta de convocación del S2, significante Otro, que vendría a retrospectivamente significar al S1. En ese sentido, si el significante de la adicción condensa algún grado de representación del sujeto, no lo hace al modo de la representación simbólica cuyo efecto es la suspensión del sujeto en el espacio entre dos significantes. Se trata más de un significante solo, desencadenado.

La clínica de las adicciones muestra de manera muy cruda que el síntoma de los sujetos adictos no siempre va dirigido al Otro. Conectamos esta aseveración con lo establecido en el apartado anterior sobre la ruptura, en la adicción, con el Otro, con el objeto *a* en el fantasma, y el campo de lo simbólico en general. Muchas veces no se dirigen al Otro sexual, esto es, al cuerpo del Otro como sustituto de lo que se perdió del cuerpo propio, ni al Otro del significante, vale decir, no precisan de lo inconsciente para tramitar lo pulsional, al menos durante un tiempo. Dice Miller (1989b) que *“la toxicomanía presenta al analista un síntoma sobre el cual los efectos de verdad de la palabra pueden aparecer sin asidero, un síntoma pues, que obliga a desunir las estructuras de ficción de la verdad y un real que resiste o que insiste”* (ibid., p.15).

Un síntoma en que se hayan desanudadas las estructuras de ficción y lo real, de algún modo presupone que alguna vez eso estuvo anudado. Esto nos introduce a otra forma de entender al síntoma en la obra de Lacan, como anudamiento entre significante y goce. En el *Seminario RSI*, de 1974-75, plantea que *“el síntoma no es definible de otro modo que por la manera en que cada uno goza del Inconsciente en tanto que el Inconsciente lo determina”* (Lacan, 1974-75,

clase del 18/02/1975). El síntoma sería una materia de goce recubierta por una envoltura formal significativa. Esta novedad nos da algunas pistas para pensar las adicciones en calidad de síntomas desprovistos de elaboración inconciente o de determinaciones significantes, lo cual se ajusta en cierto modo a la noción de la adicción como sustituto de la masturbación, particularmente en lo que tiene de satisfacción autoerótica. Ya las neurosis actuales freudianas nos dieron un ejemplo de formaciones patológicas exentas de cobertura psíquica, con un núcleo de energía que Freud no dudó en denominar “tóxico”, por la alteración del metabolismo libidinal que las causaba.

Para tener una comprensión más precisa del estatuto psicopatológico de la adicción, seguiremos el argumento de Naparstek (1997) al respecto. La toxicomanía sólo puede ser considerada un síntoma, en su vertiente de goce, como ya señalamos. Lacan (1974-75), en el *Seminario XXII*, entiende el síntoma como un efecto de lo simbólico sobre lo real, pero no en tanto efecto de sentido, simbólico-imaginario, como fuera descrito en la serie de las formaciones del inconciente, sino produciendo efectos de goce escritos en el cuerpo, al modo de una letra. La letra es un significante autoerótico que condensa, cifra y recupera goce, pero que queda por fuera del campo del Otro. Es un significante no articulado, más allá del falo como vía privilegiada de la neurosis para la recuperación de la satisfacción perdida, más allá del principio del placer.

Lacan (ibid.) puntualiza el carácter de la letra en términos de ser lo que del síntoma ex - siste a lo inconciente, y lo que repite de manera incansable: “es eso que el síntoma opera salvajemente (...) la repetición del síntoma es ese algo (...) que salvajemente es escritura” (ibid., clase del 21/01/75). Es un S1 que no hace cadena con S2, situando un goce sin derivarlo al Otro, y por ende, a lo inconciente y sus mecanismos. Tenemos aquí la alusión a una operación salvaje del síntoma que anuda la pulsión y la función de repetición, en una fijación de goce que no cesa de escribirse, de repetirse. Por la cercanía teórica con la concepción freudiana de las neurosis actuales, puede plantearse, sin grandes forzamientos,

que hay un goce del síntoma –el grano de arena- que no se anuda o que resiste al mecanismo psíquico, a *las estructuras de ficción de la verdad*.

Por sorprendente que parezca, Lacan (1963-64) ya había formulado ideas similares en el *Seminario X*, contraviniendo sus propias elaboraciones de la época: *“En su naturaleza, el síntoma no es como el acting out, que llama a la interpretación puesto que (...) el síntoma no es llamada al Otro, no es lo que muestra al Otro. El síntoma, en su naturaleza, es goce, no lo olviden, goce revestido (...) no los necesita a ustedes como el acting out, se basta a sí mismo”* (ibid., p. 139). En su naturaleza, el síntoma es goce y este goce se basta a sí mismo, por ende es autoerótico. Es el hueso duro de roer, lo que dura en el tiempo. La posibilidad de conmoerlo reside en que se le sobreagregue la transferencia, sólo así puede tornarse interpretable, porque transforma su naturaleza cruda en un mensaje al Otro. Pero para ello primero hay que creer en el síntoma, creer en que quiere decir algo.

Habría que entender esta operación salvaje del síntoma en disyunción con la “operación freudiana” del síntoma, que es la que funciona al modo de la metáfora y que conocemos como formación del inconciente, derivada de la represión secundaria bajo la forma del retorno de lo reprimido. Por un lado, lo que opera salvajemente y por otro, lo que opera formalmente, en el síntoma, podríamos decir. Entonces, el síntoma es una operación salvaje en tanto es una fijación de goce que itera e induce a un tratamiento de interpretación por parte de lo inconciente, menos una formación del inconciente que lo que causa su labor⁹; es un síntoma-letra de goce, un S1 aislado que pasa a lo real. El inconciente es, desde esta perspectiva, una elucubración de saber sobre el síntoma que lo tramita y lo reduce, como ya avizoraba Freud respecto a la relación entre el inconciente y las manifestaciones somáticas que prestaban sollicitación.

⁹ En este *Seminario*, Lacan (1974-75) define al inconciente como lo que *“responde del síntoma y es el responsable de su reducción”*; es el inconciente intérprete, que traduce lo real.

Como dijimos, lo inconciente opera traduciendo, derivando por nuevos caminos al goce fijado en la letra, como una vía de tratamiento simbólico de lo real. La propuesta de Freud (1930) en *El malestar...*, fue la de concebir al tóxico como una forma, la más eficaz de todas, de tratamiento del malestar, que a la luz del razonamiento que venimos haciendo, podríamos interpretar como un *tratamiento de lo real por la vía de lo real* del tóxico, de sus propiedades químicas. Si bien las drogas y cualquier objeto pasible de satisfacción están insertos en el sistema de los objetos (Baudrillard, 1968) y se intercambian como mercancías en un mercado, lo que ciertamente los eleva a una condición de significantes, la eficacia de su operación reside en lo que tienen de real. No se necesita hablar ni pasar por la maquinaria inconciente -que es el Otro- para que surtan efecto.

Dicho sea de paso: esto es válido para las toxicomanías y el alcoholismo, habría que abordar esta cuestión en el resto de las adicciones que no conllevan la incorporación de sustancias. En todas hay, sin duda, una satisfacción mediada por un objeto químico, o por un objeto de la cultura –letosas- o por una actividad. El *quid* del asunto no reside tanto en el objeto como en la satisfacción que brinda: tiene que ser efímera. Tal vez el mejor contraejemplo a esta condición de las adicciones sea el caso del juego patológico, pues ¿no hemos dicho suficientemente los psicoanalistas que el juego tiene un potencial simbolizante, o que permite el despliegue de la fantasía? Habría que pensar entonces que el jugador patológico, en estricto rigor, no juega, sino meramente actúa. En fin, el problema trasciende los límites de la presente investigación, por lo que debemos dejar abierta la interrogante.

Retomando, el tóxico opera tratando lo real, en tanto insoportable, por vía de lo real. Hay sujetos que realizan su operación con el tóxico ahí donde la operación del inconciente sobre el síntoma se muestra fallida (Naparstek, 1997). Si la función del padre no alcanza a nombrar, o lo simbólico falla en asimilar lo real, se puede producir el paso a la operación química, muchas veces para

sostener al padre, como en ciertas culturas originarias¹⁰. Cuando esta operación se descarrilla más allá de la cultura, se transforma en una operación salvaje: he ahí el riesgo y la nocividad de la intoxicación que Freud (1930) anticipa, relacionada además, con la manía. Reconocemos entonces, una operación de tratamiento de lo real por el tóxico enmarcada en la estructura, que eventualmente puede sostener el andamiaje simbólico-cultural de esta, o que puede mantener el matrimonio con el falo. Es este un uso del tóxico que no necesariamente hace ruptura, y en tanto tal, no es considerado un uso adictivo. Hablamos de adicción cuando la estructura no sostiene la operación de tratamiento de lo real y se da el viraje a la manía. Es ahí que se produce la operación salvaje del síntoma, cuando no hay “etiqueta” que soporte el uso de la droga y la letra se haya desprovista de la envoltura formal que el inconciente prestaría para su tramitación.

4.3. Identificación al “yo soy adicto”

Hasta ahora hemos abordado algunos desarrollos posteriores a Lacan referidos ante todo a la operación que realiza el montaje de la adicción sobre el circuito pulsional, a través de una ruptura con las determinaciones simbólicas, o simbólico-reales, de la subjetividad. Denominamos eso como una operación salvaje del síntoma, que intenta un tratamiento de lo real sin recurrir a las envolturas formales que el Otro posibilita. Ahora bien, establecimos desde un comienzo que la existencia de la adicción y el personaje del adicto dependen de condiciones socio históricas determinadas. Es en el marco de una configuración precisa del Otro de la cultura, que los sujetos pueden encarnar la figura del adicto, envés de sombra del consumidor. Se da la paradoja de que la adicción saltea las vías facilitadas por el Otro para tratar algo de lo real, pero gracias al Otro, que presta la figura identificatoria. Haremos una breve alusión a este aspecto de las adicciones que se constata en buena parte de las consultas, a saber, la

¹⁰ “*Las plantas mágicas actúan para validar y ratificar la cultura*” (Furst, P., citado en Naparstek, 1997, p. 61)

presentación del sujeto que define su ser por medio de una modalidad de satisfacción, el “yo soy adicto”.

Hugo Freda (2003) plantea que el nudo del texto en que aparece la definición de la droga de Lacan (1975a) –*Sesión de clausura de las jornadas de carteles*- dice relación con el problema del nombre, e interpreta el pasaje bajo esta óptica.

“La droga es el punto de referencia que nombra una práctica, la toxicomanía, a partir de la cual se crea un personaje: el toxicómano. El toxicómano es un personaje, en nada un sujeto, un personaje que por su “hacer” con la droga, crea un “yo soy”, un “yo soy toxicómano” que le permite escapar a las obligaciones impuestas por la función fálica. El “yo soy toxicómano” es la fórmula a partir de la cual el hecho de ser hombre o mujer no tiene importancia” (ibid., p. 16).

De antemano queremos señalar una observación al argumento. No todo aquel que se hace adicto se presenta como tal, ni de manera expresa ni como supuesta identificación en su discurso. Por otra parte, las consecuencias en que desemboca son desiguales en cada estructura. Limitándonos al tema de investigación, revisamos exclusivamente aquellas que se presentan en la neurosis. En la psicosis, por ejemplo, se observan muchos casos en que la identificación al “yo soy” permite una suplencia imaginaria que estabiliza y anuda – precariamente- la estructura. O le da al sujeto un lugar en el que puede entablar un lazo al Otro, en las instituciones y discursos que abordan la adicción. Hacemos la observación porque, al revisar la literatura en torno a este punto en particular, da la impresión a ratos de que los autores estuvieren dando existencia a la categoría del “toxicómano” al hacer largas descripciones de su funcionamiento. Más bien se intenta mostrar un modo posible de asimilación de la figura social o universal del adicto, producto del discurso científico y otros discursos hegemónicos, en la dinámica subjetiva de quienes se hacen llamar (o los llaman) adictos.

Retomando, el esquema de Freda (2003) tiene tres vértices: el objeto droga, la toxicomanía y el toxicómano. Se establece entre el toxicómano y la droga una relación directa, no mediada por el Otro más que para tomar los significantes necesarios con que puede justificar su posición, y no como lugar de sus determinaciones. Desplazado el Otro, será la droga lo que obture ese lugar, que es el lugar de la división subjetiva, para hacer de la sustancia, la causa de eso que le pasa. El Otro alimenta tanto al eje del “yo soy” como al de la droga, alimenta las razones de uno y otro, transformándose así en un Otro degradado, que se limita a ser puro lenguaje, sin permitir la irrupción del inconciente. Esto se ve muy patentemente en la clínica de las adicciones, donde las formaciones del inconciente no producen el efecto esperado (Freda, 1994), lo que no quiere decir que el adicto no hable, ni sueñe, ni cometa actos fallidos, sino que el Otro está segregado como productor de los efectos del inconciente.

En este sentido habría que entender al “yo soy” adicto como un personaje y no un sujeto, más del lado de la identificación a la imagen del adicto que de la identificación a un significante en relación a otro significante. La idea del *personaje* evoca muy explícitamente la función de la máscara y la identidad, función que encubre las preguntas del sujeto (Braunstein, 1990), y que a su vez otorga unidad y consistencia. Por lo demás, es connatural al significante la imposibilidad de dar identidad, puesto que se define diferencialmente, por oposición a otro significante. Entonces, la relación entre el “yo soy” y la droga, es una relación de un *a* con otro *a'*, que se saltea al Otro, lugar de la falta y de lo inconciente como tal, aquí reducido a ser un inconciente imaginario.

Vera Ocampo (1988) también otorga un lugar central a la identificación en la adicción, simulacro de sustancialización, como uno de los resortes de la problemática del adicto, que además tendría una función defensiva que permite reducir el sufrimiento mediante la evasión de la problemática subjetiva. Es que la captura imaginaria, librada de las determinaciones significantes, recubre con el ser la falta-de-ser que constituye al sujeto. En esta misma dirección, Verdiccio & Viganó (1994), agregan que el “yo soy adicto” es un enunciado que “*viene al lugar*

*del Nombre propio, es denotativo, en un discurso que no tiene fallas. El sujeto se encuentra ahí sin pérdida en su ser, sin connotar ningún tener” (p.24), es decir, se trata de un enunciado que no pasa por la maquinaria fálica de significación, y que además otorga un nombre propio, que clausura el discurso. Este es un rasgo recurrente en lo que se suele llamar la *monotonía del discurso* en la adicción: hablar reiterativa e insistentemente de lo mismo, de las idas y venidas del consumo. Dicha monotonía testimonia cierta certidumbre en la posición subjetiva, porque le permite al adicto fundar su ser en un nombre sin equívocos y con este evitar la pregunta ¿quién soy?, o responderla de antemano con verdades ya conocidas a priori –todo lo que se dice sobre el adicto. El Otro social, como dijimos, alimenta la figura del adicto, le da existencia a lo que, desde la posición analítica, no existe.*

Pero la identificación no sólo otorga un nombre que escamotea las preguntas del sujeto, hipertrofiando su dimensión imaginaria, sino también intenta decir algo de sus condiciones de satisfacción pulsional. A este respecto, declara Unterberg (1994) que el

“Yo soy toxicómano”, no es sino el intento de nombrar en el sujeto a lo que no se cifra como falicización del goce. De atrapar en la significación un goce que escapa y que resulta provenir del Otro de la ciencia (...). Cuando la heroína se introduce en el cuerpo, el Otro pasa a nombrar ese goce como enfermedad de la cual el sujeto no sería responsable (...). Posición que impide al sujeto toda pregunta por el deseo del Otro: lo que encuentra es el objeto. Lo interrumpido: el recorrido por la falta el Otro” (ibid., p.64)

Vemos que la nominación que el sujeto y el Otro hacen de una conducta adictiva tiene una función regulatoria, incluso defensiva podríamos decir. Aquello que se intenta denotar con el nombre de adicto es lo que constituye la referencia de la estructura y el discurso, a saber, lo real del goce. En el intento de atrapar en la significación algo de la satisfacción pulsional que se escabulle, de paso se ocasiona una alienación a un significante del Otro social, con el que el sujeto queda desimplicado de su malestar. El efecto más grave, en términos subjetivos,

es de carácter ético: el sujeto queda en posición padeciente y sin responder por lo que lo agobia. Sin responder, sobre todo, ante sí, dado que se dice “adicto” precisamente al sentirse avasallado por el objeto, inerme y víctima de “eso”.

Cabe preguntarse cómo sería posible que la nominación de adicto, el “yo soy”, le permitiera al consumidor escapar a las aflicciones derivadas de la función fálica, que hace determinante el ser mujer u hombre. Es decir, gracias al nombre y la actividad acorde que lo justifica (la toxicomanía), el adicto se constituye a sí mismo más allá de la diferencia anatómica de sexos¹¹. Porque no se trata en esta lectura del tratamiento de lo real por lo real del objeto, sino de un tratamiento de lo real por la vía del nombre propio, que requiere de la referencia al objeto. ¿Cómo podría una nominación efectuar el cortocircuito con lo simbólico?

Álvarez (1994) aporta un elemento central para pensar el problema. Sostiene que la ruptura con el Otro, introducida por el recurso al tóxico, “*cobra más y más consistencia cuanto que el sujeto se asegura con una identificación – “toxicómano”- que lo pone al abrigo del encuentro con el deseo del Otro y sus consecuencias: la angustia o el síntoma*” (ibid., p. 83). Asumiendo esto como premisa, podríamos pensar que la ruptura o cortocircuito es efecto del recurso a un objeto que reordena la economía pulsional, pero esa consecuencia es mantenida y resguardada por la identificación al “yo soy”. Es decir, la identificación al ser es lo que articula una determinada vía de satisfacción pulsional en una formación o un montaje; es, por decirlo así, lo que asegura la estabilidad de esa solución tóxica.

Tanta alusión a la hipertrofia de lo imaginario y la identidad del yo, nos lleva a preguntarnos si acaso el argumento no le concede validez a la tesis de las formaciones narcisistas de Le Poulichet (1987), pese a que la mayor parte de los

¹¹ Sostener esta afirmación no equivale a sostener que es indiferente la posición sexuada de quien consume, tanto por los motivos que justifican esa práctica como por los efectos que implica. Más bien trata de traducir las consecuencias subjetivas de la ruptura con el falo, que como abordamos previamente, van en la línea de una a-sexualización del goce.

autores citados en este apartado no hacen referencia a sus planteamientos. Algo de esa configuración psíquica, obra del desasimiento de los operadores simbólicos de la estructura y de la petrificación de la imagen del adicto, sirve para no toparse con el problema de la castración y habilita una vía de resolución diversa a la del síntoma y la angustia.

4.4. La función del tóxico

Los apartados sobre la ruptura con los determinantes simbólicos que la adicción produce, sobre la adicción como una operación salvaje del síntoma, y sobre la identificación al “yo soy adicto”, dan cuenta de ciertos rasgos formales que suelen presentar los sujetos que sintomatizan esta problemática. Cada sujeto singulariza estos rasgos –o no- de un modo irreductible a los universales. Existe dentro de los desarrollos lacanianos en el campo de las adicciones, otra noción formal que intenta salvaguardar ese saldo de indeterminación que constituye lo más íntimo de cada caso. Nos referimos a lo que se ha denominado como la *función del tóxico*, en alusión a la particular relación que establece un sujeto con una sustancia o actividad. Esta indica *“en cada caso un valor a determinar por la específica conexión entre las variables intervinientes y la constante de las condiciones de goce para ese sujeto, en precisas coordenadas espacio-temporales”* (Sinatra, 1992, p. 31-2).

Dicha relación podría deducirse a posteriori de la estructura clínica en que se enmarca el consumo, pero este no puede adscribirse de ningún modo a alguna estructura en particular, a menos que se reconozca la existencia de la categoría de adicto, lo cual supone múltiples dificultades teóricas y empíricas. Es por eso que la función del tóxico desustancializa la categoría socio-psiquiátrica, que como dijimos, opera en muchos casos asegurando el montaje de la adicción; obliga a dejar de adscribir una sustancia a un ser (el adicto) para precisar el lugar que ocupa en la economía libidinal de un sujeto singular (ibid., 1992). Su localización durante el proceso analítico abre caminos posibles de implicación y por ende, de

responsabilización, en cuanto permite anudar la práctica adictiva a un entramado subjetivo, una historia y sus determinadas formas de satisfacción.

Reconocer la existencia de la función del tóxico en la economía libidinal de un sujeto implica, de entrada, reconocer una diversidad ilimitada de usos posibles. La teoría hace un esfuerzo por agrupar esos usos y desprender de ahí sus rasgos formales más relevantes, pero en estricto rigor, un analista nunca podría saber a priori el valor de la X en la función. Es más, no necesariamente hay LA función del tóxico en un mismo caso, sincrónicamente pueden coexistir varias y diacrónicamente, las funciones pueden ir mutando. Entendemos que lo que varía en la función es el lugar del tóxico, y la variable independiente, la constante, son las condiciones de goce del sujeto. Se desprende de esto que, si cambian las condiciones de goce, cambiará el lugar del tóxico, y con ello su función. Por tanto, la función del tóxico devela el valor de goce que tiene determinado tipo de objeto o actividad, que como sabemos, es contingente¹².

Decir que la función del tóxico es una variable dependiente de las condiciones de goce, es lo mismo que afirmar que el tipo de objeto es contingente en la adicción. Si el objeto puede ser cualquier sustancia, incluso una actividad, entonces el valor de goce no depende tanto de las cualidades del objeto –por ej. de si se trata de drogas “duras” o drogas “blandas”- como de las condiciones de satisfacción que lo alojan, en su relación con la estructura. Por lo tanto, la toxicidad no está condicionada por la droga en sí, sino más bien por su uso dentro o fuera de los márgenes de la estructura. Siguiendo la conceptualización freudiana, lo tóxico reside en el desanudamiento, de la soldadura entre la fantasía y el cuerpo, y del sujeto y la cultura. Para Tarrab (2000), lo tóxico es el goce o la pulsión de muerte, en tanto se escapa de la medida, o deja de estar limitado por el principio del placer.

¹² Decimos que es contingente en las adicciones en general, lo que quiere decir que puede ser una droga u otro objeto cualquiera o actividad. Ahora bien, el tipo de objeto no es contingente en la historia de un sujeto.

La función del tóxico no será la misma, antes y después del momento de desencadenamiento de la adicción. Naparstek (2008) lo plantea del siguiente modo:

“Cabe aclarar además, que es muy común que un sujeto le dé un uso a la droga y que por alguna razón se suelte ese uso específico y se transforme en un verdadero toxicómano. Esto es lo que en “El malestar en la cultura” Freud indicaba como el peligro de la droga. (...) a eso conviene llamarlo el desencadenamiento de la toxicomanía, para diferenciarlo de un momento previo de consumo que no responde a la manía por el tóxico” (p. 61).

Cuando el autor se refiere al “verdadero toxicómano”, está pensando en aquel que ha hecho la ruptura con el falo y ha dado el viraje a un consumo maníaco por fuera del Otro.

Planteamos que la función del tóxico va a depender siempre de su lugar en la estructura, lo que hace diametralmente diferentes los usos posibles entre neurosis, perversión o psicosis, y que a su vez dicha función puede estar anudada o no a los operadores que en la estructura –neurótica- regulan la satisfacción pulsional: el falo, el objeto *a* en el fantasma, el principio del placer. Si las condiciones de satisfacción se alteran, cuestión que ocurre siempre que se hace una ruptura con dichos operadores, también se altera la función. Esto que parece muy general es sumamente visible en la clínica. Así, se aprecian usos del tóxico que refuerzan el casamiento con el órgano, lo que Naparstek (ibid.) denomina el uso de la droga como “muleta” de lo que cojea, por ejemplo en los sujetos que consumen para poder abordar al otro sexo, o usos que a todas luces pretenden hacer el cortocircuito con las mediaciones simbólicas, por ejemplo, el que consume para “borrarse”, o el que toma “hasta morir”. A su vez, se observa que los usos que se sostienen en las operaciones de la estructura se mantienen dentro de límites bien precisos, como consumos acotados, por más que de vez en cuando se produzca una transgresión a esa regularidad, y por su parte, los usos maníacos suelen ser descritos como una “pérdida de control”. Los manuales de diagnóstico psiquiátrico captan bien esta fenomenología y por eso distinguen el

uso, el abuso de sustancias y la dependencia – el problema es que se quedan en esta mera constatación.

En el análisis de las nociones freudianas sobre la adicción y el tóxico, logramos reconocer la preminencia de la función cancelatoria del dolor, físico o de existir, y la función de recuperación del goce sexual faltante, que bien podría ajustarse a la función del plus de gozar en Lacan. Si lo examinamos con detalle, podemos apreciar que la función restitutiva de la droga no es más que el anverso de la función cancelatoria del dolor de existir al interior de la civilización, puesto que es la abstinencia pulsional que la cultura impone al sujeto, la principal raíz de sus pesares y sufrimientos, para los que el tóxico resulta ser el método más eficaz de alivio y de consecución de placer.

Siguiendo la lógica del antes y el después del desencadenamiento, tendríamos que reconocer que la función del tóxico tal como Freud la concibe, es una función defensiva anudada al Otro, pues se enmarca en las ofertas culturales de alivio, e intrapsíquicamente, en el principio del placer. Su fin es evitar el displacer, procurando una parcial independencia de los influjos de la realidad, y obtener un saldo correlativo de placer, a condición de que se mantenga en ese circuito de satisfacción, o de lo contrario el tóxico puede manifestar su carácter peligroso y dañino. Traspasado ese límite, se instala el circuito de repetición masturbatoria o autoerótica, con las consecuencias que observó en Dostoievski: *“lo irrefrenable de la tentación, los solemnes y nunca respetados juramentos de no volver a hacerlo, el placer atolondrante y la mala conciencia de que uno se arruinaría (suicidio)”* (Freud, 1928, p. 190-1). Que equivale a la ruptura con el falo, la función que Lacan definiera para la droga, que da cuenta de un uso, podríamos decir, desencadenado, fuera de cadena o de medida, más allá de la contabilidad de lo inconciente. Dicho sea de paso, la función de ruptura también es una función defensiva. Sustituye la operación de castración, por eso es una salida a la angustia y a las aflicciones que impone la función fálica (y toda la gama de dilemas en torno al tener y el no tener, por ejemplo).

Entre los autores posteriores a Lacan, se reconocen otras funciones del tóxico. Naparstek (2008) distingue al menos tres:

“Podemos decir que se encuentran consumidores anudados al padre (...). Eso puede dar un consumo reglamentado y es más, apoyando la función paterna, no vemos nada de la manía en eso. Por otro lado, es posible encontrar un consumo que se suelta de la función paterna, que se sale del campo del Otro y ahí tenemos algo de la manía. Pero se ve también que podemos encontrar una posición de un sujeto identificado con el padre ideal y que el consumo le vuelve en la fiesta totémica” (ibid., p. 86).

Los consumos anudados al padre son los que ya describimos como “muletas” de la función fálica, que se abocan a sostener su operatividad cuando esta falla. Están por otra parte los consumos maníacos, y en tercer lugar, los que identificados al padre ideal -el padre muerto y por ello, limpio de goce-, padecen de su contracara, a saber, un retorno de goce feroz. Son los que petrifican su posición subjetiva por la vía de la identificación al padre ideal, que es lo que del padre “lleva a lo peor” (Lacan, 1974).

Le Poulichet (1987) reconoce dos montajes narcisistas en que se puede asentar la operación del farmakon, la toxicomanía de suplencia y la de suplemento. Si bien aclara que no están asociados a alguna estructura en particular, la descripción de cada montaje induce a pensar que las de suplencia se asociarían más a la psicosis y las del suplemento, a la neurosis y la perversión. De hecho, no son excluyentes ambas lógicas entre sí, así como a su vez se conciben las dos en términos de prótesis narcisistas, la de suplencia para tratar a un cuerpo no anudado –o no del todo- por el nombre del padre, y las de suplemento, para proveer un sostén a la imagen narcisista, una suerte de suplemento fálico imaginario. En ambos casos, el tratamiento de la operación del farmakon elude las vías de la castración y produce una narcosis del deseo. Su función es eminentemente defensiva: son mecanismos que abogan por una autoconservación paradójica ante una amenaza mucho mayor. Al interior de ambos montajes, la autora distingue usos distintos dependiendo de si se dan en

una estructura histérica, obsesiva, perversa o psicótica. Es decir, la estructura, que es ya un tratamiento del goce, determina las posibles funciones del tóxico, sea que se afinquen en un montaje narcisista de suplencia o de suplemento.

En este punto se hace necesario destacar un rasgo de las adicciones de suficiente consenso en la literatura, que ya hemos anticipado de manera implícita: la toxicomanía se ordena en el eje de las soluciones del sujeto, más allá de todos los problemas que pueda ocasionar al sujeto o a su medio. Freud (1930) así lo establece, al ponerla en serie con la sublimación, el delirio, la religión y el amor, que son las salidas posibles al malestar en la cultura. En Lacan (1975a) también podemos suponer la misma orientación, como solución al problema de la castración y tratamiento de la angustia. Ahora, dentro del conjunto de interpretaciones de los autores lacanianos, quisiéramos tomar partido por un énfasis que pocos han destacado. La mayor parte de la producción teórica en el campo de las adicciones derivado de la enseñanza de Lacan, considera que lo que moviliza el recurso al tóxico en un sujeto neurótico es la pretensión de acceder a un goce que está más allá de los límites que regulan el aparato psíquico, apoyándose en la constatación fáctica –inapelable, de seguro- de las consecuencias mortíferas que trae aparejado ese hacer. Desde la ruptura de los lazos hasta la muerte por sobredosis, pasando por los efectos devastadores en el cuerpo, todo parece indicar que se trata de un montaje hecho para gozar del modo más crudo. Por de pronto, habría que hacer una precisión: ese es un goce más propio de la adicción que del consumo previo al desencadenamiento. Observamos, junto a algunos autores, que los sujetos suelen hacer uso de la sustancia para hacerse de una defensa contra el goce, en un movimiento más alineado hacia la búsqueda del placer.

Recordemos que Lacan (1966) mismo situó al placer como lo que hace límite al goce. Tarrab (2003) señala que la droga es un *remedio contra el goce*, o un goce que hace defensa en el sentido de aquello con lo que un sujeto se defiende de lo real. Héctor López (2003), por su parte, plantea que es la imagen social y estereotipada del adicto la que nos hace creer que lo que se busca

primordialmente es un goce. Bajo el entendido de que el goce es lo que experimenta un cuerpo en el orden de la tensión y del gasto, en las inmediaciones del dolor, *“la conclusión paradójica pero necesaria es que la droga va contra el goce (...) el adicto lejos de buscar el goce, intenta con la droga levantar una barrera contra él, cuando fallan los mecanismos del principio del placer y del deseo”* (p. 67). Buena parte de los consumos de sustancias están lejos de bordear el límite del placer, y es más, la experiencia de la intoxicación ha sido descrita con una semejanza muy próxima al flash orgásmico, una descarga de angustia o de tensión que alivia. En una aproximación más delimitada al mismo problema, Bousoño & Carew (2003) precisan que la toxicomanía se emplaza como defensa contra un goce en particular:

“Si es en el campo del lenguaje donde la relación sexual “no cesa de no escribirse”, podríamos decir entonces que la relación con el tóxico procura una defensa frente a lo invasivo de lo real enlazado allí a lo imposible, una defensa frente a lo irruptivo del malestar, de eso que no tiene representación, de eso que no tiene imagen” (p. 128).

Se plantea como una solución a la ausencia de relación sexual, positivada en un goce inarticulable por la palabra y la imagen. En esta misma dirección, Salamone (2014) argumenta que para Freud la defensa se levantaba para neutralizar excitaciones internas –la pulsión- y representaciones displacenteras, a la vez que distinguía una defensa normal de una patológica. Esta última sucede cuando se desencadena una excitación interna que produce displacer y la defensa no logra refrenarlo. La función de la droga sería, en muchos casos, la de permitir al sujeto tolerar lo imposible de soportar, en tanto tal es una defensa frente a lo real, que sin embargo está destinada al fracaso, *“y cuando no lo está, puede acabar con la vida de alguien”* (ibid., p. 37). Es una defensa que da tratamiento a lo real, pero falla en su cometido.

Lo que enseña la clínica, que no se puede desconocer, es que por mucho que la función del tóxico tenga un carácter defensivo e intente una solución a otro problema de la subjetividad –aquí caben todas las declinaciones posibles de lo

insoportable-, falla y reintroduce el goce que se intentaba refrenar. Si frente a lo que irrumpe, el recurso al tóxico posibilita un tratamiento de la angustia y un tomar control relativo de la satisfacción pulsional, lo cierto es que cuando la operación se desengancha de los márgenes de la estructura sucede una suerte de inversión del proceso, quedando el sujeto en condición de objeto de una coerción interna –pero vivida como externa- que se padece. He ahí lo paradójico de la operación adictiva que tantos autores han recalcado. López (2003) lo expresa con suma claridad:

“Pero, dada la cualidad indecible del farmakon, es decir de su ambigüedad, no debe extrañarnos que, aun yendo contra el goce, el goce sea reencontrado en el extremo del camino que se recorrió para hacerlo desaparecer. Es lo demoníaco que retorna, en la conducta de un sujeto movido por la necesidad de placer. Es la frontera donde el placer buscado, queda sometido a un encuentro inesperado: la tenaza del goce del Otro, ante la cual al sujeto no le queda sino una respuesta: el masoquismo” (p. 67).

Volvemos a preguntarnos, ¿qué tiene que suceder en la historia de un sujeto, para que aquello que funcionaba como un tratamiento de lo real de su goce se transforme en una experiencia de lo real? Asumimos que el volcamiento que hace de un tratamiento, un retorno demoníaco del problema, se inicia precisamente en eso que hemos denominado el desencadenamiento de la adicción, o viraje a la manía por el tóxico. A continuación haremos una revisión del estado del arte en el tema que nos convoca, para intentar esbozar una respuesta a la pregunta de investigación.

5. ESTADO DEL ARTE SOBRE EL DESENCADENAMIENTO DE LA ADICCIÓN EN SUJETOS NEURÓTICOS

“El mundo empezó a fragmentarse sobre él. Empezó a hacerse trizas, a desmembrarse en sus componentes, y él... se hallaba atrapado...”

Tom Wolfe, *Ponche de ácido lisérgico*

5.1. Síntesis de las referencias teóricas encontradas

En el transcurso de la investigación bibliográfica se encontraron trece pasajes que hacen alusión, más o menos explícita, al momento de desencadenamiento de la adicción en sujetos neuróticos. Además se encontraron cuatro menciones al momento de iniciación del consumo de sustancias, que a diferencia del desencadenamiento, no implica el montaje de una formación de ruptura en la estructura, aunque sí tenga repercusiones en el devenir de la economía pulsional, lo que hace que la droga o actividad de satisfacción tenga una función. Decidimos incluir las alusiones a la iniciación en el consumo porque guardan estrecha relación con lo que se describe en torno al desencadenamiento, e incluso pueden llegar a iluminar nuestra pregunta de investigación. Para su exposición, hemos ordenado las citas desde lo más general a lo más específico, acuerdo a los distintos énfasis que rescatamos en cada una, y en los casos que se requiere alguna contextualización o aclaración, hacemos las acotaciones pertinentes para que se hagan comprensibles.

5.1.1. Generalidades del desencadenamiento

Dentro de este grupo de cuatro citas incluimos a las que permiten entender la noción de “desencadenamiento” de la adicción y que además aportan algunos caracteres formales muy generales del fenómeno.

El primer pasaje define el desencadenamiento. Dice Naparstek (1994) que:

“Hablé también del desencadenamiento y me parece que hay que ubicarlo en cada caso. Por desencadenamiento entiendo lo que J. Lacan llamó, ruptura “con la cosita de hacer pipí”. El momento a partir del cual se desencadena, se desanuda, hay una “ruptura con el falo” y manda al sujeto a la deriva de un goce tóxico.

Por último nombré un pasaje a la manía del tóxico, indicación que permite separar aquellos sujetos que teniendo relación con una sustancia, no hacen de eso una toxicomanía, de aquellos que sí lo hacen. Una cosa es la dependencia a la siempre igual dosis del falo y otra cosa es la dependencia a la manía. Por tanto, también podemos separar en un mismo sujeto dos posiciones diferentes en dos momentos distintos. Entonces, lo que hace a la manía es aquello que, rompiendo con la cadena, nos desliza por lo tóxico del goce” (p. 46-7).

De algún modo ya habíamos anticipado esta definición. En amplio término, se entiende el desencadenamiento como la ruptura con el falo, que lanza al sujeto hacia una satisfacción fuera de medida, maníaca, y por ende desanudada de los operadores determinantes de la estructura, como el objeto a en el fantasma, lo que vuelve tóxica la relación con la sustancia. Supone un cambio de posición del sujeto, y una modificación de la función del tóxico:

“Cabe aclarar además, que es muy común que un sujeto le dé un uso a la droga y que por alguna razón se suelte ese uso específico y se transforme en un verdadero toxicómano. Esto es lo que en “El malestar en la cultura” Freud indicaba como el peligro de la droga. (...) a eso conviene llamarlo el desencadenamiento de la toxicomanía, para diferenciarlo de un momento previo de consumo que no responde a la manía por el tóxico” (Naparstek, 2008, p. 61).

Naparstek articula el paso de un uso específico de la droga al uso del “verdadero toxicómano”, al peligro que Freud atribuyera a las sustancias por su cualidad evasora de la realidad. Es decir, el desencadenamiento modifica la

función del tóxico hacia un uso más inespecífico, que sería el uso propiamente adicto: la ruptura.

El mismo autor nos da una precisión más ilustrativa del pasaje de una posición a otra en relación al tóxico:

“Hay un punto en todo toxicómano en que esa muleta que comandaba y servía para paliar el malestar se transforma en siniestra, ya que no la puede manejar y lo deja por fuera de la relación con el Otro. Es algo muy asiduo, también de la práctica de consumo, que los diferentes consumidores destaquen que lo que en un principio era un bienestar y podían manejar, luego se les transforma en insoportable e inmanejable a la vez. (...) Efectivamente, el sujeto al principio maneja su relación con la sustancia y, a partir de un momento, esa sustancia lo maneja a él. Es crucial poder situar esa instancia en la clínica, ya que nos advierte sobre el punto donde hubo lo que, también en otra ocasión, llamé el desencadenamiento hacia la toxicomanía. Y digo desencadenamiento en el sentido del planteo que fui anticipando: como desenganche del Otro, del lenguaje, etc.” (ibid., p. 25).

Nuevamente el desencadenamiento aparece relacionado al momento en que el sujeto interrumpe el lazo pulsional con el Otro para virar a un uso tóxico de la sustancia, no limitado ni paliativo. Llamamos la atención algunos términos en la cita que refieren a la transformación que produce el desencadenamiento: alusiones a lo “siniestro”, lo “insostenible” e “inmanejable”, y es más, a la inversión de la agencia en el consumo. Tomando estos términos, podríamos pensar que el viraje a la adicción torna en algún punto infamiliar la función del tóxico, en una suerte de retorno desde afuera¹³ de lo más íntimo, a saber, eso que causa lo insostenible para un sujeto. El sujeto padece este retorno en posición de objeto y pasa a ser manejado, lo cual nos lleva nuevamente a la cuestión del superyó en estas problemáticas. Porque a la luz de nuestras elucidaciones previas, consideramos que el recurso a la sustancia trata de emplazar una barrera química a lo real de la

¹³ El afuera del cuerpo biológico, de la necesidad, por ejemplo. Es muy usual escuchar en estos pacientes que “el cuerpo les pide” la droga, como si se tratara de una demanda padecida.

pulsión, una defensa contra el goce, pero dadas ciertas coyunturas la solución se invierte y el sujeto se ve empujado a gozar, desde una exterioridad que bien podríamos localizar en esa instancia intrapsíquica.

Por último, una cita que tiene un valor heurístico. Plantea Mollo (2008),

“Sabemos que el concepto de desencadenamiento es aplicado a la coyuntura dramática cuando Un padre se presenta en la psicosis o cuando la constelación fatídica eclosiona en la neurosis obsesiva; aquí indica un momento previo de consumo de drogas que no responde a la manía por el tóxico” (p. 134).

El autor pone en serie el desencadenamiento de la psicosis, el de la neurosis obsesiva y el de la toxicomanía; no aporta mayores precisiones al respecto, pero induce a pensar que la ruptura en las adicciones podría responder a una lógica tal como en la psicosis y en la neurosis obsesiva. Vale preguntarse entonces si responde a una lógica diversa, o, dado que la adicción no es una estructura en sí misma sino un montaje, responde a las mismas condiciones de desencadenamiento que las estructuras freudianas.

5.1.2. Lógica del desencadenamiento

Agrupamos las nueve citas restantes porque todas entregan alguna pauta para establecer una lógica del desencadenamiento. Así, las presentaremos en orden, desde las más generales hasta las más específicas. Para comenzar, citamos un pasaje de Le Poulichet (1987), en que previamente viene justificando la necesidad de entender la operación del farmakon como una formación narcisista que funciona creando un circuito alucinatorio del dolor, siguiendo el modelo freudiano de la investidura en la lesión de órgano.

“Un sufrimiento ha sido sin duda asumido en ese montaje desde el momento en que un circuito del dolor parece ligar “el exceso de excitación”. Ahora bien, para sufrir semejante tratamiento es preciso que ese sufrimiento se haya constituido como algo “intolerable”. (...) A mi parecer, se trata de una formación

que puede resultar enteramente transitoria y que, de todas maneras, tiene que estar referida a lo que precedió a su advenimiento (...) ¿qué es eso intolerable? A esta pregunta, no se puede responder globalmente para todas la toxicomanías” (p. 117).

Para las toxicomanías en la lógica del suplemento, que son aquellas que asociamos a la neurosis, *“lo intolerable no es otra cosa que la castración”* (ibid., p. 137). Luego, podemos desprender del pasaje que el encuentro de un sujeto con la castración¹⁴ presentifica un exceso de excitación que es vivido como intolerable, y que demanda un tratamiento que será asumido por el montaje de la operación del farmakon. Para que se produzca el desencadenamiento de la adicción se requiere entonces de esta irrupción energética, un exceso de goce podríamos pensar, ante el encuentro con la falta en el Otro.

Luongo (1994) lo articula de un modo similar pero recurriendo a otros términos, sin duda emparentados estrechamente:

“La elección del consumo de drogas parece ser hecha por los sujetos en un momento en que ha ocurrido probablemente una desestabilización fantasmática y se produce una emergencia insoportable de angustia. La droga puede no haber existido para ese sujeto anteriormente, o puede haberla usado en forma ocasional, pero ese momento puede convertir al sujeto en un adicto. La droga tendrá una función de sustitución de la represión, intentará con ella no pensar y a la vez separarse de aquello que lo angustia. Esto tendrá que ver con su apatía y desinterés y con su concentración en el mundo del consumo” (p. 52).

Aquí se hace explícito que el cambio de posición del sujeto, de un uso ocasional o nulo de la sustancia a un uso adictivo, se precipita instalando un tratamiento a la angustia, desencadenada a su vez por una desestabilización del fantasma. Resulta patente que la formación de la adicción es un intento de

¹⁴ Le Poulichet (1987) no especifica si es la propia castración o la del Otro, o la articulación de ambas. Suponemos que refiere a la falta en el Otro, que confronta al sujeto con lo insondable de su deseo, pues para Lacan (1963-64) es una de las causas de la angustia. Puesto que la castración del sujeto implica meramente una renuncia pulsional o una pérdida de goce, lo cual de ningún modo es comparable con la vacilación existencial que introduce el enigma del deseo del Otro.

solución o respuesta a una conmoción de la estructura que presentifica lo insoportable; dejamos de lado la aserción, cuestionable al menos en los términos en que se formula, de que la droga cumple una función de sustitución de la represión¹⁵, aunque rescatamos la intuición de que el recurso a la sustancia opera sobre las fisuras de la estructura, no necesariamente sustituyéndolas, pero sí intencionando un tratamiento de éstas. Ahora, lo más importante, para nuestros fines, es que el autor deja bien localizados al menos tres momentos lógicos del desencadenamiento: desestabilización fantasmática, irrupción de angustia y tratamiento desde la adicción.

Álvarez (1994) propone una conceptualización casi idéntica. Previo a la cita que nos interesa, establece que la toxicomanía nombra una práctica en que se altera el lazo entre el sujeto y el significante fálico, significante que introduce un menos de goce, la castración.

“Práctica que en muchos casos, se precipita a partir de la vacilación del fantasma, el sujeto, mediante un pasaje al acto al consumo de drogas, cuya función es detener, limitar dicha vacilación. En el pasaje al acto, el sujeto se afirma en un “yo soy” correlativo a un “yo no pienso” como rechazo del inconciente, reduciendo así la distancia entre el cuerpo como desierto de goce y el goce como fuera del cuerpo” (p. 81-2).

Agrega dos elementos relevantes para nosotros. En primer lugar, tras la vacilación fantasmática se produce un pasaje al acto, que habría que entenderlo en el sentido específico del término, tal como Lacan (1963-64) lo desarrolla en el *Seminario X*, a saber, como un dejarse caer de la escena del Otro, lo cual se ajusta a la noción de desencadenamiento que venimos manejando, es decir, como una ruptura. En segundo lugar, el pasaje al acto tiene la función de detener la vacilación, esto es, de defenderse de la angustia, afirmando la identificación al “yo soy” adicto, que hace cortocircuito con las determinaciones inconcientes.

¹⁵ Pese a que Freud (1917) en *Duelo y melancolía*, definió la intoxicación en la embriaguez como una cancelación tóxica de los gastos de represión. Habría que dilucidar si el término “sustitución de la represión” equivale a la cancelación tóxica de la inversión energética puesta en la represión.

Complementando esta posición con la lógica de la producción de síntomas, Texeira (1995) agrega dos elementos más:

“Pensar los fenómenos de la toxicomanía en esta articulación con el fantasma y el síntoma, requieren de un tercer elemento que es la angustia.

A partir de los desarrollos hechos anteriormente, podemos afirmar que el síntoma solo adquiere su estatuto en un segundo momento, al cristalizar una pregunta por el goce. Esa pregunta ya es efecto producido a partir de la respuesta en que consiste el fantasma. Solo habrá síntoma si el fantasma no regulase adecuadamente la satisfacción del sujeto. Pues es la desestabilización del fantasma (tal como el a posteriori de los casos clínicos nos confirma) lo que genera angustia, abriendo la vía para la formación de síntomas.

El encuentro con la droga y/o alcohol, que conduce al sujeto a una relación de adhesividad con esos objetos nos habla de ese momento lógico: el encuentro con el deseo del Otro genera angustia, y la droga es lo que va a evitar los efectos de ese encuentro, en el sujeto. La elección de la toxicomanía se sitúa en el momento de desestabilización del fantasma y antes de la producción del síntoma. De ahí que no se interpreta el uso de la droga y de alcohol” (p. 47).

Se trata de una cita muy nutrida, de la que vamos a extraer sólo dos ideas para construir la lógica del desencadenamiento. Por un lado, y siguiendo al Lacan de 1963-64, lo que genera angustia es el encuentro con el deseo del Otro y ese encuentro desestabiliza la respuesta con que el fantasma taponaba el *¿Che Vuoi?*, ¿qué quiere el Otro de mí? Es decir, la estabilidad del fantasma supone el adormecimiento de esa pregunta, y su despertar conlleva angustia y demanda una respuesta que regule la homeostasis. Por otro lado, la adicción se elige precisamente como vía para liberar la angustia y eludir el encuentro con la pregunta -es algo en lo que ya hemos insistido, la adicción como rechazo de la castración-, pero el autor agrega que es una forma también de evitar la vía sintomática de respuesta o de cristalización del goce en el significante; la droga

como salida a la angustia, en el punto crucial en que podría producirse un síntoma.

Salamone (2003) añade una pequeña formalización de este mecanismo. La droga operaría haciendo una ruptura del losange que mantiene a distancia al sujeto del objeto¹⁶, en cuyo lugar J.-A. Miller situaría las significaciones del Otro (s(A)), es decir, el síntoma. Luego, la droga anula el lugar donde se aloja y produce el síntoma:

“Entonces Miller propone una fórmula para la droga, pero borrando el significado del Otro, no necesitan de las significaciones del Otro: $\$ < > a$. Esta fórmula nos permite pensar a la droga ganando terreno en un momento de vacilación del fantasma. Este tipo de síntoma que prescinde de una relación al Otro, es estragante” (p. 59).

La droga gana terreno –consistente con las citas previas sería decir que la droga pasa a tener una función de ruptura, al instalarse la adicción- cuando el fantasma vacila, porque anula el s(A), el material de sentido que daría envoltura formal al síntoma, y se impone como vía de tramitación de la angustia, o siguiendo a Le Poulichet (1987), del exceso energético que presentifica lo insoportable. Por su parte, la analogía con el estrago vuelve a poner sobre el tapete la presencia del superyó en la dinámica adictiva.

Abello (2002), en sintonía con las elucidaciones ya mencionadas, pone el problema en una terminología de Lacan diez años posterior al *Seminario X*, pues plantea que la droga va al lugar de la no-relación sexual.

“La función de la droga es sintomática en tanto intenta erigir la sustancia en partenaire del sujeto, poniéndola en lugar de la relación sexual que no existe, y dejando de lado lo que del matrimonio con el pene incide en la significación del falo –siendo ésta la operadora de la distribución de goce a recobrar que le posibilita al sujeto ubicarse en relación al sexo-, modificando así de manera significativa al goce sexual. Es la pubertad precisamente, la edad que marca el

¹⁶ Tal como señalamos en el apartado 3), siguiendo el argumento de Medina (2000).

inicio de la mayoría de las toxicomanías, un momento de la vida en que el sujeto se ve obligado a definirse en una posición con respecto al Otro sexo” (p. 12).

Si el goce fálico sustituye la falta de goce sexual, como común medida para ambos sexos, siendo así una suplencia de la ausencia estructural de relación, y si, por su parte la pubertad es un momento de la vida que convoca una elección o respuesta ante dicha inexistencia, se entiende que sea ese un período privilegiado para la instalación de una adicción, puesto que permite hacer un tratamiento de lo inquietante de la pregunta. Por de pronto, habilita una respuesta, una respuesta elusiva porque no está relacionada con la asunción del sexo, por la vía de la identificación al “yo soy” toxicómano (Freda, 2003).

Aucremann & Josson (1994) señalan algo de esto, sin referirse exactamente al problema de la definición del goce sexual:

“Sin embargo, si la cuestión se desplaza hacia lo que provoca el uso de drogas, encontraremos infortunios diversos, pero no específicos, que el sujeto habrá intentado tratar con la droga como instrumento o como pretexto, hallando refugio, al mismo tiempo, en el personaje del toxicómano, figura contemporánea de la víctima, del excluido, del insumiso, incluso del enigma con respecto al Otro” (p. 55-6).

Resulta consistente con lo que hemos desarrollado, pensar el recurso a la droga como un tratamiento de los infortunios. Es el método más tosco y eficaz, bajo el decir de Freud (1930). A su vez, confirma la cita anterior en un detalle. La droga como instrumento nos remite precisamente al otro instrumento, el que la estructura neurótica privilegia en el tratamiento del goce del cuerpo: el falo. La función de la droga releva la función fálica, haciéndole un paréntesis, en el tratamiento de los puntos de imposibilidad de la estructura.

Incluimos esta cita sobre la iniciación en la droga, porque alude a la identificación con el personaje del toxicómano, que como vimos, es una de los caminos habilitantes del inicio o instalación de la adicción. Ante todo, rescatamos que el precipitador de la adicción, su causa eficiente, sea un evento inespecífico,

lo que induce a hipotetizar que no habría ningún hecho concreto de la experiencia adscribible de manera necesaria a ese momento. Sin embargo, hasta ahora la literatura nos fuerza a creer que sí se puede especificar una lógica de desencadenamiento, de la que podrían desprenderse coordenadas o momentos formales.

Hay dos citas más que pueden tener cierta relevancia, en la medida que aportan pistas orientadoras para investigar algunas especificidades del desencadenamiento en los tipos clínicos o ante sucesos vitales que desestabilizan la subjetividad. Por ejemplo, Constanza y Natale (2003) sostienen que hay tres posibles configuraciones dramáticas en la histeria que motivarían el abuso del tóxico:

“En relación con la histeria, podemos decir que ésta puede recurrir al abuso de sustancias bajo la égida de una identificación a una mujer que represente para ella la Otra que goza; puede además ser un intento de que cesen síntomas corporales torturantes, o una respuesta al sentirse despojados de un lugar en el deseo del Otro” (p. 179).

Por su parte, Le Poulichet (1987) indica que un deceso puede desencadenar el montaje de la adicción.

“En efecto, ciertas toxicomanías se han articulado de manera precisa en torno de una problemática de duelo imposible. Así, puede intervenir un deceso como un acontecimiento desencadenante que deje al sujeto debatiéndose con una “pérdida incógnita”: “él no sabe lo que perdió en esa persona”, dice Freud, a propósito del duelo patológico en la melancolía. El dolor es convocado para calmar esta “hemorragia”: dolor del duelo que puede entenderse incluso como el dolor necesario de un duelo interminable. El invita, entonces, a tratar la pérdida como si esta representara la lesión de un órgano. La desaparición del otro reaviva la tensión de una relación con la incompletud del Otro, que incita a pagar con la propia persona precisamente para completarlo (...) estas personas parecen tratar

en su propio cuerpo un órgano que colmara la falta en el Otro, en lugar de tejer sobre el agujero de la desaparición las representaciones de la pérdida” (p. 139).

En relación con la histeria, podemos inferir que lo desencadenante podría ser, por un lado, la identificación con el Otro del goce –la Otra mujer-, por otro, el goce del síntoma y el intento por aliviarlo, y por último, el desalojo del deseo del Otro, que deja al sujeto en posición de objeto caído o resto. En relación al acontecimiento de un deceso, más allá de las particularidades que se configuran en la pérdida y el duelo, rescatamos la aparición, nuevamente, del encuentro con la falta en el Otro como elemento desencadenante de una adicción. Dentro del primer grupo, no aparece una coyuntura desencadenante, más que el desalojo del deseo del Otro, lo cual resta valor a la cita para los fines de la investigación.

A continuación revisaremos cuatro citas más referidas al momento de iniciación del consumo, pues se observan notables semejanzas con el momento de desencadenamiento que nos permitirán enriquecer una posible hipótesis al respecto.

5.1.3. Iniciación del consumo

En un interesantísimo pasaje, Zaffore (2008) articula la función del tóxico con la coyuntura de iniciación al consumo.

“La pregunta por la función del tóxico nos va a servir muchísimo, para poder verificar un diagnóstico diferencial. Se ve entonces, que no estoy señalando la función de la droga como tapón de la estructura, sino que la pregunta por el modo en que un sujeto inicia el consumo, en qué coyuntura, cómo se viene a articular en su economía psíquica, también va a ser la posibilidad de pescar su estructura; percatarse si se trata de un neurótico o si se trata de un psicótico. Esto implica que la pregunta por la función de la droga entrega un nuevo valor en cuanto al diagnóstico” (p. 94).

Creemos que el párrafo da por supuesto algo que nos será de mucha utilidad para pensar el problema: que la función del tóxico aparece ante la pregunta por la coyuntura que inicia el consumo. Es decir, que ahí donde se produjo una vacilación subjetiva que motivó el uso de sustancias, se devela la función de estas –inferimos- como tratamiento de la estructura, que a su vez evidencia la estructura misma. En otras palabras, la función del tóxico no taponea la estructura, no la encubre como suele creerse, por el contrario, la muestra en tanto se articula dicha función con la coyuntura de iniciación. Es que no cualquier contingencia hace tambalear a la estructura, pues como planteaba Mollo (2008), son distintas las condiciones de desencadenamiento de la psicosis y las de la neurosis. Luego, la coyuntura de iniciación es, valga la redundancia, coyuntural por cuanto toca un punto específico de la estructura que en cierto modo la desarma, y convoca al sujeto a responder por ello. No cualquier evento crítico en la vida de un sujeto es desencadenante de su neurosis o su psicosis. Pensarlo así es sumamente freudiano. Recordemos la metáfora del cristal roto: las líneas de clivaje aparecen apenas cuando se rompe el cristal (Freud, 1933). La estructura aparece en sus puntos de ruptura y sus discontinuidades, más que en su aparente unidad, y la función del tóxico es algo así como un testimonio actual de esa ruptura.

Vetrano (1995) agrega una condición de posibilidad a la coyuntura vital:

“Las coyunturas vitales en que solemos encontrar el inicio con la droga son efectivamente momentos en que la interpelación del Otro pone al sujeto ante la alternativa de una elección, una respuesta; el inicio de la vida sexual o de la vida laboral, o situaciones que en la historia del sujeto conmueven las respuestas que tenía en cuanto a dichas temáticas” (p. 51).

Como vemos, la condición es que haya una interpelación al sujeto proviniendo del Otro, que lo ponga en la situación de tener que elegir o responder. Es por ello, agregamos, una coyuntura ética. Asociada a otras iniciaciones o configuraciones vitales que conmueven las respuestas establecidas para enfrentar

al Otro, es decir, las respuestas que el fantasma procura para enmarcar la realidad y enmascarar lo real.

Tarrab (1995) hace mención a ese momento coyuntural y decisivo, como un develamiento parcial del fantasma:

“Ubicar la función de la droga en la economía del sujeto resulta fundamental. Se ve en el ejemplo cómo la iniciación con la droga, produce un cortocircuito justo allí donde podría haberse esperado el advenimiento del síntoma como llamado al Otro. O para decirlo de otro modo, en el momento en el que este sujeto en su pubertad, parafraseando a Lacan, mete sus narices en el fantasma fugazmente, prefiere durante veinte años, meterse cocaína en la nariz” (p. 107).

Por meter las narices en el fantasma, el sujeto del caso que antecede a la cita se ve interpelado a responder y lo hace operando un cortocircuito que – siguiendo la metáfora nasal- taponea el agujero. Observamos que la interpelación a que se alude en la iniciación del consumo también pone al sujeto en ocasión de articular un síntoma, o no, como se constata en la coyuntura desencadenante de la adicción propiamente tal.

Desde una posición muy cercana, Sinatra (2011) desarrolla un poco más la cuestión del agujero y la respuesta que entraña el recurso a la droga:

“El encuentro con la droga puede equipararse en este punto con el encuentro de la iniciación sexual, ya que ambos se sitúan en el lugar traumático de la falta del referente natural del goce sexual. Allí donde hay un vacío (privación de goce) el individuo elige taponarlo con la droga, para así evitar dar las pruebas que de él se esperaban para acceder al encuentro con el Otro sexo. De ese modo, el iniciado en las drogas nos hace saber que él ha rechazado pasar por otra iniciación: la de la castración “humanizante” que vale para todos, función que indica que el goce sexual posible se halla marcado por una imposibilidad que resulta de estructura. Parecería que la droga viene al lugar donde el fantasma se ha desestabilizado, que justo antes de que se produjera el síntoma que constituiría un llamado al Otro, se ha producido la iniciación tóxica. El encuentro con la droga

posterga la confrontación de un sujeto con una pregunta sobre la cuestión sexual que se hallaba allí a solo un paso de formularse” (p. 26).

La cita provee múltiples elementos a desarrollar. En primer lugar, vuelve a la idea de que la droga plantea una solución taponante a la ausencia de relación sexual, desplazando la suplencia que el goce fálico proveía. La ruptura o puesta entre paréntesis de su funcionamiento anulará la solución elegida, y con ello las múltiples aflicciones que acarrea: todo lo que pone en riesgo la posibilidad de la castración. El recurso a la droga será, desde esta perspectiva, un rechazo de la castración y una forma de defensa ante lo traumático de la ausencia de relación sexual. Por otro lado, el autor parece darle al consumo de sustancias no desencadenado, cualidades que nosotros vinculamos previamente a la adicción como montaje de ruptura. Sin embargo, resulta útil la cita por cuanto describe bien el tipo de respuesta o solución que plantea el consumo de sustancias ante la pregunta que se le plantea al sujeto: es una pseudo respuesta, la elusión o el escamoteo de la pregunta sobre la cuestión sexual.

5.2. Evaluación del estado del arte respecto al problema de investigación

Ya expuestas las referencias encontradas durante la revisión bibliográfica que tematizan algún aspecto del desencadenamiento de las adicciones en sujetos neuróticos, y con una serie de ideas a rescatar y de preguntas a formular, haremos una breve evaluación de estos resultados respetando el ordenamiento que establecimos para su exposición, con la pretensión de que el trabajo realizado decante en un producto teórico que abra perspectivas para ulteriores investigaciones y, en lo posible, pueda tener consecuencias para la práctica clínica.

Respecto a lo que denominamos *generalidades del desencadenamiento*, observamos ante todo una notable coherencia entre las cuatro citas mencionadas, tanto en su definición como en la articulación de ésta con otros términos que circulan ampliamente en el campo de investigación de las adicciones: la ruptura

con el falo y con el Otro, el viraje a la manía, la función del tóxico. La explicación de esta coherencia salta a la vista, pues tres de ellas pertenecen al mismo autor, Naparstek (1994; 2008), en distintos tiempos; y la cuarta cita, de Mollo (2008), menciona explícitamente en su texto a Naparstek (2008), en un párrafo que antecede al pasaje seleccionado, por lo cual, deducimos que probablemente toma el concepto en la acepción desarrollada por el primero. Todo lo anterior nos parece, además, una evidencia rotunda de que el concepto de “desencadenamiento de la adicción”, como tal, es un desarrollo exclusivo de Naparstek, al menos dentro de la bibliografía disponible, y presumimos que no ha sido objeto de un interés decidido por los autores lacanianos en general.

Resumiríamos la cuestión de las generalidades del desencadenamiento, entendiéndolo como el momento en que se consume de manera estable la ruptura con el falo y el Otro, que podría haberse producido en consumos previos e incluso con cierta frecuencia durante lapsos prolongados, pero hasta que no se desencadena y se produce el viraje maníaco, la dinámica pulsional conserva una medida, circula preferentemente por los carriles del principio del placer y la función del tóxico se haya anudada a los determinantes simbólicos de la estructura. Así, el desencadenamiento empuja a un cambio en las condiciones de satisfacción del sujeto, en un principio articuladas a la sustancia para emplazar una defensa contra el goce, eventualmente ligada a la búsqueda de placer, pero dadas ciertas coyunturas la solución se invierte y el sujeto se ve empujado a gozar, desde una exterioridad que podríamos localizar en el superyó.

Por su parte, en el apartado sobre la *lógica del desencadenamiento*, encontramos una heterogeneidad de posiciones teóricas, todas derivadas de la enseñanza de Lacan por cierto, que hacen uso de conceptos distintos para referirse al momento de instalación de la adicción, lo cual añade una complejidad sustantiva al análisis y, más aún, a la síntesis de las referencias encontradas. Es que se trata de muchos autores distintos que escribieron en tiempos diferentes, la mayoría pertenecientes a los Centros de Investigación en Toxicomanías y Alcoholismo del Campo Freudiano (TyA) repartidos por Europa y Latinoamérica, lo

que implica líneas de desarrollo investigativo diversas. Por lo mismo, no sabemos a ciencia cierta si cuando un autor alude a un concepto, lo estará usando del mismo modo que otro – y esto ni siquiera es exigible en el caso de Lacan, que forjó conceptos multívocos a lo largo de su enseñanza. No es nuestra intención emprender una suerte de hermenéutica de cada cita, para lo cual habría que hacer el análisis de lo que cada autor podría querer decir cuando dice lo que dice; esto significaría un trabajo que excede los límites de nuestra investigación, y es por demás innecesario a nuestros fines.

En consideración de estos, baste decir que en la mayor parte de las citas, al menos las más generales, pesquisamos una intuición que las recorre, a saber: que ante el encuentro con algo que interpela al sujeto, sea la castración, el deseo del Otro o la falta de referente natural para el goce sexual (el agujero de la no-relación), se desestabilizan las respuestas o suplencias con que contaba el sujeto para obturar esa falta o ese agujero, y que a su vez le permitían regular la economía pulsional. Buena parte de las citas aseguran que el lugar de estas respuestas es el fantasma, por lo que el mal encuentro remueve la seguridad de la matriz fantasmática. El efecto subjetivo es de angustia o de presentificación de lo intolerable, lo que urge a reestablecer la estabilidad mediante una respuesta subjetiva, y el montaje de la adicción aparece ahí como una solución o respuesta distinta a la del síntoma.

En otras palabras, ante una coyuntura dramática fallan las estructuras de ficción que velaban la falta en el Otro y/o la no-relación sexual -que por alguna necesidad radical de la subjetividad deben ser taponadas-, presentificando lo intolerable, que demanda un tratamiento, una nueva ficcionalización o un velamiento. Por eso se trata, ante todo, de una coyuntura ética, que interpela al sujeto a hacerse responsable, es decir, a responder de algún modo a la pregunta en cuestión. Es en ese momento en que el sujeto neurótico elige una solución por la vía del síntoma o del pasaje al acto, o de la adicción, muy emparentada con este último recurso. La salida por la vía de la adicción sería un modo de no-respuesta, de escamoteo a la pregunta, como ya anticipamos.

Incluimos un apartado con pasajes sobre la *iniciación* en el consumo de drogas, porque nos llamó profundamente la atención, la similitud descrita entre las condiciones de inicio del consumo y las condiciones de desencadenamiento de la adicción. En ambos momentos se observa la interpelación al sujeto, produciéndose una vacilación fantasmática, y el recurso al tóxico interviniendo en el momento preciso en que podía llegar a articularse un síntoma que portara un mensaje al Otro. Pensamos que tal coincidencia puede deberse a dos motivos: o hay una confusión de los autores respecto a qué es la iniciación y qué es el desencadenamiento, lo cual supone que pueden haber confusiones respecto a lo que diferencia un consumo ocasional de un consumo adictivo; o la iniciación en el consumo forma parte de la lógica del desencadenamiento de la adicción, como un momento preliminar o una condición necesaria pero no suficiente para que se efectúe el montaje. Nos inclinamos por esta alternativa, pues consideramos que la experiencia clínica corrobora que a menudo puede adquirir cierta significancia el o los eventos de inicio del consumo, sobre todo cuando se los relaciona con el momento de desencadenamiento, como el momento uno de un momento dos que lo torna relevante.

Imaginemos una diacronía en el desarrollo de la adicción. Habría un tiempo primero en que el sujeto marcha por la vida con cierta estabilidad hasta que se encuentra con algo de la falta o el agujero que conmueve las respuestas que lo sostenían. Ante la coyuntura y lo intolerable que de ella emerge, elige el consumo como posible apoyo a la salida del atolladero, tal vez no la única ni la principal puesto que el tóxico no se ha erigido como *partenaire* exclusivo. Aquí resulta imprescindible reformular la noción común de iniciación que hemos manejado hasta el momento.

La iniciación no sería la primera vez que se ingiere una sustancia, sino la primera vez que ese consumo adquiere un valor libidinal, es decir, cuando se articula una función o se engarzan las condiciones de satisfacción pulsional con el efecto de la sustancia para un sujeto. Es decir, cuando se la empieza a usar para algo. Si no hay instrumentalización de la sustancia, su incorporación queda

confinada al campo de lo indiferente, como un consumo más¹⁷. En ese sentido, la iniciación facilita una vía de satisfacción antes no habilitada, que marcará un precedente relevante para cuando, en un momento posterior de emergencia de lo insoportable, el recurso al tóxico sea una posibilidad privilegiada o al menos con el mismo grado de relevancia que otras. Pues no se entiende por qué habría de producirse un montaje adictivo de tratamiento de lo insoportable si la sustancia no ha demostrado su éxito en la economía pulsional. Luego, consideramos que es esa iniciación la que se produce en respuesta a una coyuntura, no la de la primera vez que se ingiere algo.

Articulada una función del tóxico, se inaugura un segundo momento que puede durar años o incluso extinguirse para dar paso a otras vías de satisfacción. O eventualmente, tras la confrontación con otra coyuntura, vuelve a vacilar no sólo la robustez fantasmática sino también la función del tóxico, en su papel defensivo y anudado a la estructura, produciéndose el viraje a un tercer momento de consumo desencadenado, fuera de medida. No está demás aclarar que no hay determinismo en esto, pues se trata de una elección del sujeto. Si las cosas fuesen como las planteamos, la adicción se desencadenaría como medida extrema ante la falla del recurso a la droga que se hallaba anudado a la estructura, y que era ya una medida defensiva ante la falla o el coqueo de la estructura – la función de “muleta” que puede suplir la sustancia. Entonces, la adicción se instalaría tras un trayecto de doble falla, de la estructura, en un primer momento, al no lograr realizar un tratamiento de lo insoportable, y de la misma estructura pero en un segundo momento, articulando una función o funciones primarias del tóxico, al no poder contener eso insoportable que retorna.

Por ahora concluimos este apartado, aseverando que existen elementos para construir una teoría del desencadenamiento de las adicciones en sujetos

¹⁷ Sucede en numerosas ocasiones que el consumo inicial de una sustancia no sólo no trae consecuencias para el sujeto, sino que se la abandona para siempre como si nunca se la hubiera consumido. Y esto vale para un episodio de consumo como para muchos: se trata de consumos irrelevantes libidinalmente, porque no movilizan interés alguno por parte del sujeto.

neuróticos, pero esta tarea requeriría de un acoplamiento acucioso de la diversidad de conceptos desplegados en la referencias que expusimos, y por supuesto, del recurso a la experiencia clínica para obtener el material empírico que ratifique o desconfirme las elucubraciones teóricas. Si bien trece referencias sobre el problema de investigación, dentro de un total de más de 200 artículos, no es un número que permita sacar conclusiones de largo alcance, al menos entrega algunas pistas para levantar una hipótesis de trabajo que permita ampliar la investigación y dirigirla hacia nuevas preguntas.

6. HIPÓTESIS SOBRE EL DESENCADENAMIENTO DE LAS ADICCIONES

“El alcoholismo es una consecuencia, grave por cierto, de la neurosis, pero no su causa. Tanto en el individuo como en la sociedad, el alcoholismo se cura mediante análisis, que descubre y neutraliza las causas que impulsan a refugiarse en él”

Sandor Ferenczi, *El alcohol y la neurosis*.

Llegado este punto en la investigación, nos proponemos hacer una síntesis de los elementos que nos parecen fundamentales y que por su amplitud, además podrían ser consensuales, para sentar las bases de una hipótesis del desencadenamiento de la adicción en la neurosis. Por ello es que presentaremos escuetamente una serie de premisas que ya han sido expuestas y desarrolladas, reduciéndolas a sus caracteres mínimos, ya que un trabajo de la índole del que hemos realizado no permite aseverar con justeza algunas cuestiones que sólo la empiria – la clínica del caso por caso – puede sopesar. Tras las premisas, una conclusión general al problema de investigación, que justificaremos además a través de un ejercicio teórico, y finalmente un corolario que esclarecerá la conclusión.

6.1. El desencadenamiento de la adicción ocurre en el contexto de una coyuntura dramática que presentifica lo insoportable para un sujeto, conmoviendo la estructura y abriendo una pregunta subjetiva

Como establecimos en el apartado anterior, en el nivel de la causa eficiente, el desencadenamiento se produce por el encuentro del sujeto con algo que viene del Otro y que deja entrever la no-relación que los separa, o la condición deficitaria del Otro, su falta que implica un deseo enigmático y que despierta la pregunta por el ser del sujeto. El efecto de angustia o de exceso de goce, en el límite de lo que el aparato psíquico puede tolerar, demanda una respuesta del lado del sujeto, por

ello llamamos a esa constelación, una coyuntura ética. Lo más importante a recalcar aquí es esto, que no se trata meramente de una crisis vital sino de una coyuntura que interpela al sujeto; para que haya interpelación no se requiere de un gran suceso en la realidad: a veces un par de palabras dichas por el Otro bastan.

6.2. La conmoción de la estructura modifica la función del tóxico, en un viraje hacia la manía por fuera de la medida fálica, y ocasionando una ruptura del lazo pulsional con el Otro

Se entiende que antes del desencadenamiento, el tóxico cumplía una o más funciones en relación con la economía de satisfacción del sujeto, dentro del marco de los operadores de la estructura que la regulan: el falo, el objeto *a* en el fantasma, el principio del placer. El viraje a la manía por el tóxico modifica su función, pues valga la redundancia, el tóxico no posee la misma toxicidad si se haya anudado o no a la estructura; nos referimos a la distinción freudiana entre un uso paliativo del malestar –o una defensa contra el goce-, enmarcado en las exigencias de la cultura, y por otro lado, la nocividad del uso cuando este se libera de la realidad cultural, es decir, del Otro, transformándose en una experiencia de goce que por mor de su desanudamiento expresa todo su cariz tóxico. En la adicción no se renuncia a la defensa contra el goce, o el tratamiento de lo real, pero dicha función se torna más inestable e ineficaz.

6.3. La nueva función del tóxico intenta articular una respuesta a la problemática subjetiva que surge con la conmoción de la estructura. De este modo, desencadenamiento y función del tóxico son dos caras de la misma moneda, como pregunta y respuesta

A esto nos referimos cuando comentamos la cita de Zaffore (2008), que plantea que la función del tóxico se halla en una relación intrínseca con la coyuntura que da iniciación al consumo. Creemos justificado aplicar esta

articulación, sin grandes forzamientos teóricos, al binomio desencadenamiento / función del tóxico. Dice Tarrab (2000):

“(...) Esa cuestión del sujeto que sabemos que es anterior a la droga y para la cual la droga es una respuesta. Es decir que tenemos en cuenta que es justamente en el plano del sujeto, de sus determinaciones simbólicas, de su relación problemática al goce, donde suponemos que se encuentran las raíces, las claves, la cifra de la problemática, aquella a que la droga aporta su solución” (p. 121).

Esa *cuestión del sujeto*, que aparece sin velamientos en las inmediaciones de una coyuntura dramática, es lo que la función del tóxico pretende solventar. Dijimos nosotros que la función del tóxico es un testimonio actual de la conmoción de la estructura, lo que implicaría pensar la iteración del consumo en las adicciones como un intento –casi siempre fallido al final de cuentas- por remendar o estabilizar la desestabilización que la precedió. Todo lo anterior se traduce entonces, en que a partir de la localización de las coordenadas del desencadenamiento se podría situar a su vez la función del tóxico, y precisando la función del tóxico se rastrea la pregunta que provocó el viraje a la manía.

La asunción de esta premisa, y el desarrollo de la investigación, nos ponen en condición de arriesgar una hipótesis no explicitada hasta el momento:

6.4. Las condiciones de desencadenamiento de la adicción son las mismas condiciones de desencadenamiento de la estructura

Para su justificación tendremos que hacer un breve excursu acerca de las condiciones de desencadenamiento de la estructura neurótica, para luego ponerlas junto a las condiciones de desencadenamiento de la adicción que hasta el momento hemos dilucidado, y decidir de ese modo si son isomórficas ambas lógicas, o presentan diferencias que las hacen incompatibles.

La cuestión de la lógica del desencadenamiento en la neurosis o la “trayectoria de la enfermedad”, aparece de manera transversal en la obra de Freud desde sus orígenes hasta los últimos escritos en que se ocupa de la neurosis¹⁸. Por ejemplo, en el *Manuscrito K*, Freud (1896) propone una primera fórmula canónica del desarrollo de la neurosis de defensa:

“La trayectoria de la enfermedad en las neurosis de represión es en general siempre la misma. 1) La vivencia sexual (o la serie de ellas) prematura, traumática, que ha de reprimirse. 2) Su represión a raíz de una ocasión posterior que despierta su recuerdo, y así lleva a la formación de un síntoma primario. 3) Un estadio de defensa lograda, que se asemeja a la salud salvo en la existencia del síntoma primario. 4) El estadio en que las representaciones reprimidas retornan, y en la lucha entre estas y el yo forman síntomas nuevos, los de la enfermedad propiamente dicha; o sea, un estadio de nivelación, de avasallamiento o de curación deforme” (p. 262).

A los fines de la investigación, nos interesa particularmente el pasaje del momento 3) al 4), esto es, del estadio de defensa lograda o “salud aparente” (Freud, 1896b) al del fracaso de la defensa o la enfermedad propiamente dicha. La salud aparente sería un período de acallamiento de la tensión sobrevenida en la infancia, mediante la puesta en marcha del mecanismo de defensa, oponiéndose a las mociones pulsionales inconciliables que perturbaron al aparato. La defensa no elimina el conflicto, sólo produce un desvío o un freno que debe ser mantenido permanentemente con una contracarga que deja una serie de “síntomas primarios” al modo de cicatrices del proceso, que rigidizan la estructura (por ejemplo, inhibiciones, rasgos de carácter, etc.).

La irrupción de la neurosis será entonces un fracaso de la defensa y un retorno de los recuerdos reprimidos, *“acerca de esto, es incierto si el despertar de esos recuerdos sobreviene más a menudo de manera casual y espontánea, o a consecuencia de unas perturbaciones sexuales actuales, por así decir como efecto colateral de estas últimas”* (ibid., p. 170), es decir, aquí el

¹⁸ Cfr. nota n° 83 de Strachey en Freud (1896).

desencadenamiento de la neurosis es un proceso contingente, donde el despertar de lo que se hallaba adormecido por la defensa puede darse de manera espontánea o como efecto colateral de una perturbación de la sexualidad.

Posteriormente Freud aclarará esta incertidumbre, cuando defina cuatro formas de “ocasionamiento de la enfermedad” -frustración, fijación, inhibición del desarrollo e incremento de la cantidad libidinal-, término referido al desencadenamiento de la neurosis. En *Sobre los tipos de contracción de la neurosis*, Freud (1912) es tajante en resumir la diversidad de factores ocasionantes a un solo problema: no hay espontaneidad en el fracaso de la defensa, la causa siempre estriba en un desarreglo libidinal, en la provocación de “una estasis libidinal de determinada altura” (ibid., 244), sobrepasando un umbral no mensurable, sino únicamente verificable a posteriori, cuando la enfermedad ya estalló. Los factores ocasionantes son eficientes en tanto superen la medida libidinal que el aparato psíquico puede tramitar. Por ende, la enfermedad puede advenir, en términos generales, por un aumento de la cantidad libidinal (debido a una frustración en las vías facilitadas para la descarga), o por un debilitamiento de las operaciones defensivas del aparato (por ej. en el contexto de una enfermedad orgánica); en otras palabras, porque se le presentó al sujeto alguna nueva exigencia de la vida o porque caducó la solución vigente hasta ese momento. De ese modo, el síntoma se impone como solución a este dilema, como formación de compromiso entre la instancia defensiva y la moción pulsional.

En Lacan, el problema del desencadenamiento estuvo más abocado, en esos términos, al estallido de la psicosis. Ahí la lógica del desencadenamiento recibe una conceptualización bien detallada que no desarrollaremos aquí. Sin embargo hay precisiones de esto en el caso de la estructura neurótica. Para Lacan (1955-56), la neurosis tiene estructura de pregunta, una pregunta por su ser: ¿qué soy?, es lo que hace irrumpir la actividad sintomática. Explica lo anterior a propósito del caso de un sujeto que desencadena sus síntomas tras la irrupción de un fantasma de embarazo.

“Lo que está en juego en nuestro sujeto es la pregunta ¿qué soy? ¿soy?, es una relación de ser, un significante fundamental. En la medida en que esta pregunta en tanto simbólica fue despertada, y no reactivada en tanto imaginaria, se desencadenó la descompensación de su neurosis y se organizaron sus síntomas. Cualesquiera sean sus cualidades, su naturaleza, el material del que han sido tomados prestados, éstos cobran valor de formulación, de reformulación, de insistencia inclusive de esa pregunta” (ibid., p. 242-3).

El despertar de una pregunta simbólica, que es el lugar donde se juega el ser del sujeto -en esta época de la enseñanza de Lacan-, introduce la discontinuidad en su trayectoria vital. En seminarios posteriores Lacan agregará una vuelta de rosca fundamental a esta pregunta. Lo que estructura a la neurosis como pregunta es el problema del ser del sujeto en el Otro, el famoso *¿Che Vouï?* que se plantea el niño ante la deriva del Deseo Materno. ¿Qué soy para el Otro?, es decir, ¿qué lugar ocupó en el deseo del Otro? ¿Qué me quiere el Otro? ¿Cómo quiere gozar de mí?, cuya respuesta se encargará el fantasma de proveer. La pregunta posee dos variantes, por una parte del lado de la histeria, se plantea en términos de ¿qué es ser una mujer?, se trate de histéricos o histéricas; por otro lado, el obsesivo, se plantea un ¿ser o no ser? Es la pregunta por la existencia y la muerte. En la coyuntura desencadenante se reanima la pregunta, sea en su vertiente histérica u obsesiva, sea como pregunta general por lo insondable del deseo del Otro.

Para ilustrar la lógica del desencadenamiento de la neurosis revisaremos dos casos freudianos al modo de ejemplos privilegiados de la estructura, donde es posible contemplar en el trayecto de sus respectivas historias, la irrupción de los síntomas o la enfermedad propiamente dicha. Nos referimos al caso Dora, del lado de la histeria, y al caso del Hombre de las ratas, por el lado de la neurosis obsesiva, y trataremos de ubicar en ambos, el lugar de la pregunta desencadenante y la respuesta o intento de estabilización que formula la neurosis. Limitaremos la exposición a estos puntos de ruptura, sin dar cuenta del caso en su totalidad y la multiplicidad de problemas que de él se desprenden.

En el caso *Dora* (Freud, 1905), encontramos un primer momento de estabilidad de la neurosis, con la mera presencia de algunos síntomas conversivos –la tos y la afonía principalmente- que no tienen una fuerza movilizadora suficiente para precipitar la consulta de Freud. Esos pequeños síntomas denotan la identificación viril que sostiene a la estructura; desde lo imaginario, por lo que Lacan (1955-56) designa como una identificación al señor K (“*el yo de Dora es el señor K. (...) en tanto ella es el señor K, todos sus síntomas cobran su sentido definitivo*” (ibid., p. 249-50)), que le permite responder desde el registro de la imagen a la pregunta por la femineidad, orientando su deseo a la señora K, la Otra mujer poseedora de las respuestas. Desde lo simbólico, el síntoma de la tos delata la identificación a un rasgo significativo del padre, la impotencia. En la tos se expresa el fantasma de *fellatio* de la señora K al padre, dada la presunción de su “falta de recursos” para abordar a la mujer. Este fantasma realiza una relación sexual, y también le otorga a Dora los recursos para solucionar el problema de la posición femenina. Si seguimos la inversión que realiza Lacan (1951) en *Intervención sobre la transferencia*, del fantasma de *fellatio* por el de *cunnilingus*, captamos que para Dora “*la mujer es el objeto imposible de desprender de un primitivo deseo oral*” (p. 210), lo cual indica que el síntoma de la tos la sitúa como un objeto a ser chupado. Desde la identificación al señor K y los síntomas orales, Dora responde virilmente a la pregunta que la determina.

La historia se enreda a todas luces en el episodio a orillas del lago, cuando el señor K declara su amor a Dora. Resulta interesante esta constatación, considerando que algo similar ya había acaecido al interior de la tienda del señor K. ¿Por qué no tuvo el mismo efecto la declaración de amor? Las palabras dichas no fueron las mismas. Luego, por más que supongamos la misma intención declaratoria en la formulación del hombre, lo que escucha Dora como interpelación del Otro es radicalmente diferente. “Mi mujer no es nada para mí” hace caer la identificación que la sostiene, pues si la señora K no es nada para su marido, entonces se abre la pregunta por qué es el señor K para Dora. La identificación

imaginaria al señor K flaquea en ese momento y con ello, la mediación que él significaba en la orientación hacia la señora K, poseedora de la clave al enigma de la femineidad.

Para Lacan (1963-64), la respuesta de Dora a las palabras torpes del señor K, da cuenta de la caída de la escena en que la joven se mantenía estable. La bofetada marca un pasaje al acto, *“es uno de aquellos signos, de aquellos momentos cruciales en el destino, que podemos ver resurgir de generación en generación, con su valor de cambio de agujas en un destino”* (ibid., p. 129), provocando la discontinuidad vital que derivará en la consulta de Freud. Si la bofetada tiene ese estatuto, es porque las palabras de K tuvieron un efecto de angustia en Dora, en la medida que hicieron vacilar la solución que estabilizaba su estructura. A partir de la caída del cuarto personaje de la escena, se produce el desencadenamiento de la histeria a través de un pequeño síndrome de persecución ligado al padre de Dora (Lacan, 1955-56), al que ella acusa de querer prostituirla entregándola al señor K, a cambio de mantener la relación con su esposa.

La conmoción de la solución viril que preservaba a la estructura en una normalidad aparente, a partir de la escena del lago, reabre la pregunta por la femineidad en Dora, con el saldo de angustia correspondiente a todo encuentro con la falta de garantías en el Otro. Su lugar en el Otro se hallaba garantizado por una determinada posición, activamente mantenida, en el cuadro de cuatro integrantes, lo que a su vez otorgaba una consistencia imaginaria y cierta solidez fantasmática. Dicha posición se ve conmovida por el encuentro con un par de significantes desafortunados, que producen una inconsistencia en el Otro; una modificación de su alteridad debido a la ausencia de uno de los elementos del cuadrilátero que la sostenía (ibid., 1955-56). La respuesta primera que encuentra Dora a la coyuntura, tras el pasaje al acto de la bofetada, reside en el desplazamiento de una posición de complicidad a una posición reivindicativa frente al padre. No es una respuesta de orden sintomático-metafórico, sino que deviene una locura con ideas persecutorias que irá tomando forma de síntoma gracias a las inversiones

dialécticas en el análisis con Freud. No se trata por cierto de una locura psicótica, es eso lo que habilita un trabajo transferencial que hace posible re-encadenar la estructura.

En el caso del *Hombre de las ratas* (Freud, 1909), distinguimos dos momentos cruciales en el trayecto de la enfermedad, y dejaremos de lado el episodio posterior que ocasiona la consulta, que se precipita cuando el paciente escucha el relato de la tortura con ratas. El primero, en el contexto del velorio de una tía política. Son las palabras pronunciadas por un tío las que desencadenarán una serie de ideas obsesivas que lo torturan inculpándolo de ser un criminal por no haber estado en el momento de la muerte de su padre, acaecida un año y medio antes. El tío que recién enviudaba exclamó: *“Otros maridos se lo permiten todo, ¡y yo he vivido solo para esta mujer!”*, lo cual fue escuchado por el hombre de las ratas como una alusión dirigida a su padre, cuestionando la fidelidad del mismo para con su mujer. La mera posibilidad de que su padre hubiese tenido otras mujeres se liga a otra cuestión de proporciones mayores para este sujeto, pues si había sido infiel era porque había elegido a su esposa, madre del paciente, por conveniencia y no por amor. Los dichos lo confrontan con una deuda de amor del padre, el punto en que ese Otro se hace inconsistente y deja entrever su falta. La respuesta no se hace esperar: el remordimiento que cabía esperarse del padre es asumido como propio. Cargando con la culpa del Otro logra desviar el problema de su inconsistencia, lo cual no es el mejor antídoto a la cuestión pero al menos le permite así taponar la falta que suscita angustia, un efecto insoportable para la subjetividad.

El segundo momento crítico se produce cuando la madre del paciente le comunica el plan que venía trazando para cuando él terminara sus estudios, a saber, casarse con una mujer rica, hija del primo de la madre. Esta situación lo pone en la obligación de tener que decidir si casarse con la mujer amada, desprovista de los bienes económicos que ofrecía la elegida por su madre, o hacer como el padre y optar por la mujer rica. Es decir, nuevamente una constelación

actual lo dirige a la constelación fatídica de su historia, que lo obliga a tener que elegir si seguir el camino del padre o el del amor por su mujer. Ante lo cual responde a la disyuntiva enfermándose de una inhibición que le dificulta trabajar y le impide terminar sus estudios, liberándose así de tener que decidir. En esta coyuntura Freud (ibid.) sitúa el ocasionamiento de la enfermedad propiamente dicha. Una vez más, es el enfrentamiento con la deuda de amor del padre, el encuentro con la falta en el Otro, lo que ocasiona el desencadenamiento de la enfermedad como tratamiento a esa coyuntura y a la angustia que la acompaña.

El hombre de las ratas intenta eludir con la inhibición las consecuencias de una decisión. En el caso aparece de manera muy patente cómo el desarrollo de la enfermedad se asume como un tratamiento de la problemática abierta en el desencadenamiento: elegir la culpa antes que la angustia, redirigiendo a sí mismo la falta en el Otro, el padre muerto en este caso; y elegir no elegir, inhibiendo temporalmente las funciones que lo llevarían tarde o temprano a decidirse por una mujer u otra. En este último movimiento, se observa cómo el sujeto se procura un estado de suspensión, mal que mal, la decisión moviliza el deseo, la existencia y con ello, el paso del tiempo, empujándolo un paso más cerca de la muerte. Ahora bien, en el caso Dora, podríamos decir, siguiendo a Colette Soler (1988) que Freud también vislumbra un problema en la elección a la base del ocasionamiento de la enfermedad: Dora cae enferma para constreñir al padre a elegir entre ella y la señora K, en términos de “o yo o ella”. En ambos historiales, el sujeto retrocede ante una alternativa.

“Con seguridad esto remite a otra alternativa, a otra elección, en este caso infantil. Freud la formula muy explícitamente en ambos casos. Para el Hombre de las ratas, esto se formularía: “o el padre o la mujer”. Para Dora: “o el padre u otro hombre”. Después de todo, Freud considera que esa elección se decidió de manera neurótica para nuestros dos sujetos: se decidió en los dos casos por un rechazo de elegir, es decir, un rechazo a renunciar, porque resulta claro que elegir entre dos términos, es renunciar a uno de los dos. (...) La solución neurótica es

una solución que no es ni el renunciamiento ni la sublimación. Es lo que Freud llama una solución de compromiso” (ibid., p. 115).

La salida por la vía del síntoma tranza una solución acorde a la defensa y a la pulsión, logrando una satisfacción de ambas partes. Es “quererlas todas”, pero al costo del sufrimiento que ocasiona el síntoma al yo; es por ello una *curación deforme* (Freud, 1896). La solución entonces, es no tomar partido ni por la defensa ni por la pulsión, sino por los dos, cancelando así la disyunción. El sujeto neurótico toma, en este sentido, una decisión salomónica que lo libera de las consecuencias de su decisión, análoga a la que en algún momento de su infancia operó la defensa para dar paso al estadio de salud aparente. Precisamente es aparente porque el conflicto sigue intacto, pues sólo se produce un desvío mantenido a fuerza de contracargas y síntomas primarios. En el síntoma o la enfermedad propiamente dicha, el conflicto que conmovió la estructura también permanece intacto, es una forma de ocultar la verdad subjetiva, de no querer saber nada de eso que él es.

Vemos por otra parte, que a pesar de las diferencias fenoménicas en las condiciones del desencadenamiento de cada caso, es observable en ambos la emergencia de lo insoportable bajo la forma de la angustia ante la apertura de una pregunta. En Dora, el cese de la solución viril reabre el problema de la femineidad, y en el hombre de las ratas, el encuentro con la falta en el Otro – la deuda amorosa del padre – cuestiona su lugar en el deseo del Otro: ser como el padre o seguir a la mujer amada. Este dilema en el hombre de las ratas no está desprovisto de resonancias sexuales, en torno al problema de asunción de la virilidad. Podemos afirmar de manera general para ambas neurosis, que la coyuntura desencadenante confronta al sujeto a una elección que debe hacer él mismo o intentar imponer al Otro, y en respuesta evade hacerle frente a la pérdida que implicaría elegir, recurriendo a caminos ya transitados en su historia libidinal. Vale mencionar que, por más puntos de encuentro que rescatemos entre ambos casos, Freud (1909) traza una distinción entre las condiciones de desencadenamiento en la histeria y la obsesión, pues en ambas operan

mecanismos distintos en la producción de síntomas. Así, por ejemplo, en la histeria cae un velo de amnesia sobre las condiciones ocasionantes, efecto de la represión, y en la neurosis obsesiva son más fácilmente pesquisables porque el aparato efectuó una anulación.

Como un ejercicio teórico para poner a prueba la hipótesis que estamos barajando, a saber, que las condiciones de desencadenamiento de la adicción son las mismas condiciones desencadenantes de la estructura, contrastaremos los dos casos freudianos con dos viñetas clínicas publicadas en la literatura, intentando aislar en éstas los puntos de ruptura de la continuidad biográfica que tengan incidencias en un viraje de la relación con el tóxico.

El primer caso, de Silvia Andretta (1997), se encuentra en la revista *Pharmakon* número 6/7, páginas 127 a 130. El artículo, llamado *Estragos de la ignorancia*, presenta a María, una mujer de 59 años nacida en Alemania, que a los 6 años emigra a Argentina junto a su madre y su padrastro para escapar de la guerra. Su padre biológico desapareció poco tiempo después de nacer y su madre estuvo prisionera en campos de concentración. A poco de ser detenida conoce a un hombre que la tomará por esposa y asumirá la paternidad de María, haciéndole creer a ésta que era su verdadero padre. Que su padre no era en realidad tal, es algo que prefiere ignorar pese a que lo sabe. El enigma de sus orígenes es una inquietud que se esfuerza por acallar a lo largo de toda su vida. “Princesa” es la nominación que recibe de este hombre.

María se refiere al padrastro en términos idealizados, negando todo defecto percible en él: sus correrías con otras mujeres y su consumo excesivo aunque localizado de alcohol. Bebía una vez al mes, cuando tenía que retirar su pensión de guerra, momento en que resurgía con ferocidad la culpa por ser un sobreviviente; de ese modo la sustancia tenía una función de apaciguamiento del superyó. En esto, la autora vislumbra un rasgo de identificación del sujeto al goce de padre en la alcoholización.

A los 16 años conoce a un hombre del que se enamora profundamente y termina casándose un tiempo después. Enceguecida por sus halagos, que la adornaban como una princesa, prefería desconsiderar las evidencias que delataban sus infidelidades con otras mujeres y el gusto desmesurado por el alcohol. Ya embarazada de su primer hijo,

“María se alcoholizó por primera vez, cuando enterada de que su marido la engañaba con otra mujer, fue a su encuentro y armó un escándalo; luego de esta acción pasional, compró dos botellas de vino y las bebió. (...) Este modo de actuación surge como salida frente a la angustia, su carácter mostrativo ilustra la direccionalidad al Otro, sin embargo la amenaza subyacente advierte la posibilidad de caída de la escena, de desvanecimiento subjetivo en su oferta como puro desecho. (...) Aceptó excusas y disculpas, aunque el síntoma de la frigidez se instalaría como testimonio indeleble” (ibid., p. 129).

El recurso al alcohol irrumpe por primera vez cuando, suponemos, se produce una vacilación de la identificación a la “princesa”, modo en que el sujeto fue posicionado en el Otro, reabriendo así la pregunta por su lugar en el deseo del partenaire. Lo que se muestra además con el develamiento efectivo del engaño del marido, es la caída de la imagen ideal del hombre, heredero del ideal paterno, mostrando así su condición de alteridad defectuosa, lo que produce una emergencia de angustia. Su respuesta liga en un solo consumo al alcohol con la función de alivio y tratamiento de la angustia: un remedio ya conocido y aprobado por el padre. Hay que destacar también que la defensa emplazada por el alcohol no fue suficientemente eficaz para evitar la producción de un síntoma neurótico. Al respecto, habría que evaluar si la experiencia de consumo tuvo una incidencia en la economía libidinal que le dé un valor iniciático, cuestión que no está esclarecida en el caso.

Volviendo a la viñeta, María queda embarazada, descubre el engaño del marido y al nacer, su bebé muere por razones que no se exponen. Ella decide no ver su cuerpo muerto ni asistir al entierro. Queda encinta nuevamente, pero su segundo hijo sufrió una suerte no tan distinta a la de su predecesor: murió a los

veinte años en un accidente automovilístico –solía correr en carreras. He aquí el segundo momento crítico del caso. Al enfrentarse al féretro se le presentificó un dolor “enmudecido” que no experimentó tras el deceso del primer hijo:

“Una muerte silenciosa retorna y se hace oír, es necesario acallarla. El recurso es el alcohol, inmersa en la tristeza y una depresión profunda, comienza su carrera con la bebida; no hablaba, tomaba sin freno, condición de goce expresado en impulsión, más allá del intenso sufrimiento no logra dejar de hacerlo. Se embriaga hasta caer en la cama, el efecto de amnesia acarreado por el tóxico no alcanza para evitar que lo reprimido irrumpa, trayendo su séquito de culpabilidad y angustia.

María asegura que el vino se constituyó en su escapismo, llenaba sus vacíos, ahuyentaba sus pensamientos. Se estatuyó en el medio con el cual silenciar la muerte de Lucas [su segundo hijo muerto] en la que retornó la pérdida (...) de aquel hijo sin nombre, y quizás la más esencial (...) el vacío del padre. Agujero en el Otro que se torna insoportable” (ibid., p. 130).

Situamos la emergencia de lo insoportable en esta coyuntura como efecto del encuentro, ineludible en este segundo momento, con la falta en el Otro, provocando el viraje a la manía por el alcohol (“*más allá del intenso sufrimiento no logra dejar de hacerlo*”, se ve ahí la pérdida de la medida y el retorno de goce). Es que además este deceso se articula *apres coup* con los dos anteriores de su historia, el del primer hijo y el de su padre, de un modo en que adquiere la fuerza suficiente para el retorno feroz de la culpa y la angustia; como su padre, ocupará el alcohol para acallar la voz del superyó, pero también para cancelar lo que la represión no alcanza a operar, y liberar de la angustia que provoca un tratamiento insuficiente del agujero. Podemos relacionar esta función del tóxico con la identificación al goce alcohólico del padre, a propósito de lo que Naparstek (2008) denominó la identificación al padre ideal, cuando esta “lleva a lo peor”, que describimos algunos apartados atrás. Por otra parte, resulta atractivo a su vez emparentar el caso con lo que Le Poulichet (1987) reconoció como desencadenamientos tras un deceso, que intentan taponar la incompletud del Otro

con su propio cuerpo. Un agujero que se positiviza como voz, generando un exceso energético, y la respuesta del sujeto intentando un tratamiento de ese real con otro real; tratamiento a todas luces fallido, pues retorna como *intenso sufrimiento*.

El segundo caso posee una particularidad que nos servirá para ilustrar con precisión el origen de lo tóxico, ya que el objeto de consumo que orienta la toxicidad del sujeto es el agua. Se titula *El agua tóxica de Mario*, artículo de Eduardo Abello (2009) que se encuentra en *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo II*, páginas 21 a 26. El paciente, Mario de 40 años, consulta tras escaparse del hospital en que se hallaba internado por una neumonía y gastritis, pues en el pabellón en que se recuperaba vio a dos señores de avanzada edad muriendo. Ese encuentro con la castración del Otro lo empuja en un pasaje al acto a escapar de la escena.

A los 32 años es intervenido quirúrgicamente en un trasplante de riñón, por una nefropatía diabética. En ese período, coincidente con la operación, empieza a colocarse ampollas de Klosidol¹⁹. Dos meses antes de la consulta al analista, tuvo que volver a dializarse. Su preocupación, que es también la de los doctores que lo tratan, dice relación con una adhesión irrefrenable al agua, descartado ya el diagnóstico de polidipsia²⁰:

“Toma mucha agua. “Es un abuso”, dice, “me da gracia”. “Soy adicto al agua, es la mejor bebida”. Describe con detalles su ritual nocturno: cuando todos duermen en su casa, se levanta de la cama, va hacia la heladera, toma la jarra y, solo en la cocina, como él dice: “me la chupo toda, no puedo controlarlo”. “Es mi mayor placer. Estoy bien con ese juego de la jarra”” (ibid., p. 22).

La incapacidad de controlar la ingesta aparece como el rasgo maníaco que solemos encontrar en las adicciones. Ahora, ¿qué toxicidad posible en el consumo

¹⁹ Fármaco analgésico general del dolor.

²⁰ Denominación médica al aumento sustantivo de la sed, sobre todo en pacientes diabéticos.

de agua? El sobrepeso, la hipertensión y problemas graves en el riñón hacen de su adhesión al agua un elemento altamente nocivo y peligroso, sin embargo Mario pide que en las diálisis le saquen la mayor cantidad de líquido para así tener más sed. He ahí lo que supera con creces la motivación por obtener un placer, un exceso que habla de la pulsión de muerte.

“Sus dichos sobre ese modo de goce solitario, permiten poner en contrapunto lo que inmediatamente después aborda expresando que tiene “un conflicto en casa”: “Mi mujer no me banca, no me da lugar”. El reinicio de la diálisis luego de ocho años de “libertad” con el nuevo riñón, modificó su condición de partenaire, después de cinco años de pareja, y llegó hasta alterar el lugar de padre de familia que ostentaba” (ibid., p. 23).

En este punto localizamos las coordenadas del desencadenamiento de la adicción, ciertamente precedido de otros consumos ligados a las disfunciones en los órganos del cuerpo que empero, se hallaban desprovistos de la interpelación del Otro. Similar al cuestionamiento que nos hicimos sobre el caso Dora, cuyo desencadenamiento sucede ante una segunda declaración amorosa del señor K, observamos que es la segunda diálisis la que conmociona a la estructura, y no meramente por redoblar a la primera, sino porque esta vez la intervención en lo real del cuerpo se acompañó de un desajuste en el amor; precisamente aquello que porta el privilegio de velar, en este caso, otro real.

“Esta ruptura, este quiebre en la no-relación de pareja, que es caída del amor en tanto (...) suplencia de la falta en ser del sujeto, diluye de cierta manera su relación con el goce fálico, precipitándolo a procurarse otro goce, ya que el encuentro con el Otro sexo no hace sino mostrarle el fracaso de su encuentro con el objeto a, al dejarlo a este último al descubierto. El goce fálico deja así de ser la “vía de escape” al goce sexual imposible. La vía se convierte en el goce a-sexuado del cuerpo” (ibid., p. 23).

Leemos el desencadenamiento de la adicción en el caso de Mario, como un cese de la solución que estabilizaba la estructura, en su tentativa primaria y radical

de tener que responder por la imposibilidad de la relación sexual. El amor, mediatizando al goce fálico, fue la ficción que compensó la estructura, y su caída empuja al sujeto a una solución por fuera de las estructuras de ficción, puesto que el consumo de agua, en solitario además, opera directamente en el cuerpo tratando el desencuentro con el Otro sexo, prescindiendo de este. Cabe preguntarse por qué el agua, y no otro objeto de satisfacción.

Un recuerdo de infancia entrega la pauta para abrir la cuestión a posibles respuestas. Vivió toda su vida en el norte argentino en condiciones de mucha pobreza. Sus primos que vivían enfrente suyo tenían un almacén, lo que los hacía considerablemente más pudientes. Lo apodaban “el negro batatero”, por su color de piel y porque, dada la escasez de bienes, en su casa sólo se comían batatas. Un día entra a escondidas al almacén, roba una bebida Crush, la toma procurando no ser visto y dice que sintió esa vez un placer indescriptible. Eso le permitía acceder a lo que no tenía y dejar de ser “el negro batatero”, aunque sólo fuera durante la fugacidad de un trago de bebida, “*la mejor bebida*”. Se prefigura así la escena que habrá de repetir una y otra vez, escena que no requiere de la presencia real ni fantaseada del Otro, sino la de él mismo con su objeto. Cabe entender el recuerdo infantil como un acontecimiento del cuerpo en el que se fija una satisfacción pulsional, una letra de goce en que se articulan la rebeldía y la adhesión a “la mejor”: la Crush primero y el agua después, un objeto que no falta.

Con esto queremos apuntar a un aspecto que comparte este caso con el anterior. En ambos, el recurso a un objeto que, tras un desanudamiento de la estructura se vuelve tóxico, tiene antecedentes biográficos no sólo en el momento de iniciación del consumo, sino –y es esto lo más interesante- en experiencias traumáticas, podríamos decir, de la infancia. Experiencias, no necesariamente hechos realmente vividos. La identificación al padre ideal, que lleva a lo peor cuando se produce el encuentro con la falta en el Otro, en el caso de María, y la iteración de una marca de goce en el cuerpo, surcado por la incidencia del significante “la mejor”, cuando el amor ya no soporta lo insoportable de la no-

relación. Planteamos ahora que la iniciación en los consumos facilitó una vía de satisfacción que tenía antecedentes significantes y de goce, pero que no necesariamente se habían articulado a un objeto del mundo, en una relación de función. Luego, la iniciación inaugura el primer precedente del éxito y la eficacia de la sustancia en la función de paliar el malestar, o de emplazar una barrera a lo que del goce confina con el dolor. El desencadenamiento hace de esa solución, la solución exclusiva, salteándose los circuitos regulares que la estructura disponía para la tramitación de lo pulsional.

En relación a los dos casos freudianos, consideramos que es notable la proximidad con las viñetas de sujetos adictos. En los cuatro ejemplos vemos que la emergencia de lo insoportable es reactiva, o a un mal encuentro con la falta en el Otro –el hombre de las ratas y María-, o a la caducidad repentina de la solución que estabilizaba la estructura –la identificación viril en Dora y el amor en Mario. En los historiales de Freud es posible rastrear la pregunta que se hace el sujeto cuando está tomado por la coyuntura, porque Freud mismo tenía un marcado interés por definir esa interrogación en cada caso, y porque el despliegue del material clínico es mucho más extenso que en las dos viñetas de adicciones. Por eso, falta esa pieza en estos dos ejemplos, lo que no merma nuestro empeño de mostrar que hay un isomorfismo entre los caracteres formales del desencadenamiento de la neurosis y los de la adicción. Pues lo que desencadena la adicción en ambos casos es un problema típico de la estructura neurótica: el encuentro con la falta en el Otro y la ineficacia de las suplencias a la ausencia de relación sexual, particularmente las que se articulan al goce fálico.

En el fondo hay una razón mucho más sencilla que avala nuestra hipótesis, y que en virtud de su simplicidad y su obviedad se hace invisible, pero aparece con nitidez después de un trayecto como el que hemos presentado. Y es que la adicción en la neurosis es una adicción *dentro* de la neurosis, por más que se injerte a la estructura como un órgano extraño o prótesis química, y parezca desdibujar las particularidades del fantasma. Es por eso que no existe el adicto, lo cual se suele olvidar, dada la pregnancia imaginaria que tiene esa figura social y la

relativa homogeneidad en determinadas manifestaciones conductuales que los mismos pacientes presentan en la clínica.

Porque la adicción no tiene las propiedades formales de una estructura, que posee elementos diversos que la articulan y caracteres diferenciales dependiendo de si se trata de una neurosis, una perversión o una psicosis. La propiedad de estar anudada o des-anudada, encadenada o des-encadenada, pertenece a la estructura, que en su condición radical no relaciona naturalmente los elementos que la componen ni los registros que la sostienen: el cuerpo y el lenguaje, el goce y el significante, lo Uno y el Otro; real, simbólico e imaginario. Lo que es pasible de ser desencadenado, lo es porque ya antes hubo ahí un encadenamiento de lo mismo. En este sentido –y aquí se ve lo más obvio– es que, tal como definimos la adicción, parece un contrasentido plantear una adicción encadenada. La adicción está, por definición, siempre desencadenada. Lo que hay previamente es una relación al objeto que no calificaríamos de adictiva, precisamente por hallarse encadenada a las operaciones de la estructura. Sería más propio decir que se desencadena la estructura y luego se monta una adicción para volver a encadenarla, lo que resulta coherente con algo que planteamos tempranamente en nuestra exposición: la adicción se ubica en el orden de las soluciones, al costado del síntoma-metáfora, el delirio, la sublimación y las restantes operaciones de tratamiento de lo real.

6.5. Lo que tiene de particular la adicción es la “respuesta” que plantea a un problema subjetivo. A diferencia del síntoma, que podría suplir la función de anudamiento, la adicción sostiene el desencadenamiento, es decir, la ruptura, anulando el problema en vez de responderlo. Más que una respuesta a la pregunta, es un escamoteo a esta

Dimos por sentado que la función del tóxico en la adicción era el anverso del motivo de desencadenamiento -ahora decimos- de la estructura. Eso es la función como un intento de solución, un testimonio actual de la conmoción de la

estructura. Una defensa contra el goce que acaba convirtiéndose en una experiencia de goce padecido. He ahí el defecto de la sustancia en su pretensión estabilizadora. Porque lo cierto que es que falla, si no fuese así no habría demanda de tratamiento ni malestar subjetivo asociado al consumo. El recurso al tóxico no alcanza a lograr su cometido en tanto intenta una solución inestable, una función que disfunciona, y que es por de pronto foránea, pues su materialidad es otra respecto de la materialidad de la estructura: más cerca de lo real que de lo simbólico.

En los dos casos presentados se observa que el significante y las identificaciones no están ausentes en el montaje de la adicción, pero lo que predomina en el cuadro es la iteración de una satisfacción que acorta el circuito de la estructura, que pasaba por el Otro y el objeto *a* en el fantasma, a través del uso de un objeto del mundo cultural. En el caso de María es mucho más evidente que la adicción es un esfuerzo por contener el desborde energético que el trabajo de la estructura –la represión- no logra controlar, produciendo otro desborde de iguales o mayores proporciones. Porque, ya lo dijimos, la adicción es una forma de respuesta a lo real que prescinde de la envoltura formal que recubre al grano de arena. Para seguir con la metáfora, es una operación salvaje de tratamiento del grano de arena, que por no valerse de las operaciones de lo inconciente –del Otro- en su cometido, se inclina generalmente a la reiteración de lo mismo, del Uno que está por fuera de la contabilidad: lo que no hace cadena.

En otras palabras, la función del tóxico en la adicción es una función desencadenada y des-encadenante, no porque no aspire a la tramitación pulsional sino porque falla en su intento. En términos del binomio pregunta/respuesta, responde pero dejando fuera de operación los mecanismos estructurales que hacen posible la pregunta. No es un respuesta al modo del “no quiero saber nada de eso”, que confina el problema a un lugar Otro de lo psíquico. Es una respuesta que desaloja la problemática del alcance de lo psíquico, por fuera de la conciencia pero también de lo inconciente: desarticula la posibilidad de hacerse preguntas.

Por eso decimos que no es un síntoma-metáfora, y que no es interpretable, puesto que no cifra ningún real, sino que se limita a actuarlo.

7. CONCLUSIONES

En este último apartado intentaremos hacer una síntesis crítica de los aspectos más relevantes de la investigación, que nos dé el material para visualizar los nudos del texto y así poder pensar en los problemas teóricos que de este se derivan. Luego, y para finalizar, expondremos las consecuencias para la práctica clínica que se desprenden de nuestras elucidaciones teóricas.

7.1. Síntesis crítica y perspectivas futuras de investigación

El problema de las adicciones nos presenta un campo de confluencia de discursos diversos, y un engarzamiento muy palpable entre la maquinaria social de discurso y los sujetos que se inscriben en ella. Todo lo cual se traduce en que el abordaje de cualquier arista del fenómeno supone una complejidad que otro tipo de fenómenos no posee. Sobre todo si el punto de mira pretende ser el de una ética orientada por el psicoanálisis. Ya que las adicciones suelen suscitar un debate apasionado y muchas veces teñido de los prejuicios que el Otro social construye, lo cual empantana “la pureza” de la discusión propiamente psicoanalítica. Es por ello que hemos visto desfilar posiciones normativizantes o patologizantes en el campo, al interior de la historia del psicoanálisis. Creemos que “la pureza” psicoanalítica -un imposible- al menos debe aproximarse al fenómeno guardando la precaución de no generar categorías y comprensiones homogenizantes que interrumpen la escucha y el tratamiento de la singularidad del goce en juego, en cada caso. A su vez debería alejarse del uso estandarizado de la técnica, por ejemplo: si es adicto, entonces abstinencia. Son cuestiones que a cualquiera le suenan a verdades de perogrullo, pero que por motivos oscuros a veces caen en el olvido, y retornan por la puerta cuando se las había expulsado por la ventana.

Una investigación acerca de las condiciones de desencadenamiento de la adicción en la neurosis, bordea ineludiblemente otros problemas fundamentales del campo más abarcativo de la psicopatología de las adicciones; por de pronto,

supone la pregunta por el *qué* de la adicción, puesto que marca el punto en el que se puede empezar a hablar de ella en la historia de un sujeto. La adicción puede así ser definida, en amplio término, como solución elegida tras un desencadenamiento de la estructura. El desencadenamiento, como momento límite, transcurre en un momento lógico bisagra entre dos tiempos, el del consumo regulado y el del consumo maníaco o propiamente adictivo. Es un tiempo crítico de urgencia, a la vez fugaz y determinante. Contiene en sí algo del momento previo y del posterior. Por lo mismo, la tematización expresa del momento de desencadenamiento o de desestabilización de un sujeto, puede iluminar algo de la estabilidad previa y de la reestabilización que adviene o intenta advenir.

De la estabilidad previa, si tomamos en cuenta la metáfora freudiana del cristal roto. Las líneas de clivaje que mantenían la cohesión de la estructura aparecen recién cuando el cristal se quiebra, es decir, cuando se desencadena. Luego, el motivo de desencadenamiento de la estructura neurótica muestra el punto en que esta se hallaba sostenida: una identificación, un partenaire, o cualquier solución que demostró cierta eficacia en el tratamiento de lo insoportable para el sujeto. Es decir, a posteriori, el quiebre vital permite ver lo que la salud aparente disimulaba.

Por su parte, ilumina algo de la reestabilización que intenta advenir, porque, ya dijimos, la función del tóxico y la coyuntura de desencadenamiento forman un reverso y anverso, que no necesariamente se corresponden simétricamente. Por lo que definir las coordenadas de la coyuntura ética que desencadenó la estructura, muestra algo de lo que se pretende con el uso de la sustancia, esto es, la función del tóxico. Vimos también que hay cierta recurrencia por parte de los autores, en atribuirle una función eminentemente defensiva a la sustancia. Captar el factor desestabilizante permitiría entonces vislumbrar aquello de lo cual se defendería el sujeto.

La psicopatología de las adicciones no está separada de la ética. Recordemos que las adicciones se transforman en un problema social hace no más de 160 años, pese a que hay evidencias que datan de tiempos muy remotos sobre relaciones compulsivas de los sujetos con algún objeto de la cultura. Las condiciones de su emergencia son bien precisas: en el contexto más amplio del desarrollo incipiente de la sociedad de consumo, efecto de la instalación del discurso capitalista, aparece la figura contemporánea del adicto. A su vez, sus condiciones inmediatas de emergencia son las políticas prohibicionistas del uso de drogas, tras la guerra de secesión estadounidense, y la hipostasis del síndrome de abstinencia como causa material de la adicción, correlativa del vaciamiento de la responsabilidad subjetiva que antaño se atribuía al hábito. El avance de la ciencia y la medicina en el campo, da consistencia y “autoridad” a las propiedades objetivas de la droga, quedando el sujeto en posición de enfermo que padece un mal incurable y contagioso. Ahora, esta modificación de la relación histórica entre el sujeto y la droga corre aparejada de una modificación mucho más vasta, a saber, la alteración social de la relación entre el sujeto y el objeto, que ha producido el cruce de los discursos de la ciencia y del capitalismo. Una relación cada vez más frágilmente mediatizada por ideales y cada vez menos frenada por el límite de la castración; por el contrario, acelerada e impulsada por el superyó, a la consecución de la felicidad en el consumo de letosas.

Siguiendo a Lacan en su expresión del “niño generalizado”, podríamos denominar nuestra situación epocal como de una *caída social de la responsabilidad subjetiva*. Nadie quiere saber nada sobre los determinantes inconcientes que condicionan la satisfacción pulsional, y nadie osa pensar en que la enfermedad del consumo que padece puede tener algo que ver con sus elecciones. Y esto, no por una ceguera y tozudez de tal o cual sujeto, sino porque la maquinaria propia del discurso le da ese lugar a quienes lo integran: el de ser niños, sin palabra ni responsabilidad. U objetos de un imperativo que vocifera silenciosamente.

Sostenemos que el problema de las adicciones y de su desencadenamiento, para el psicoanálisis, se mueve en el campo de la ética, de lo que un sujeto hace o no con el deseo y el goce que lo animan. Eso traza una diferencia sustancial con otras orientaciones y discursos, tanto en su comprensión como su abordaje. Por eso nos inclinamos a entender el fenómeno como una patología de la ética (Miller, 1989a), como un problema en la respuesta que el sujeto da por el real pulsional que lo habita. Una respuesta articulada en términos de una determinada función, que se forma a través de la identificación al “yo soy adicto”, y que intenta operar de manera salvaje con las marcas de goce inscritas en el cuerpo del ser hablante. Es muy recurrente leer y oír acerca de lo paradójica que es la operación de tratamiento de lo real por la vía de lo real del tóxico. Lo que suele observarse es la inestabilidad de la solución, por cuanto permite remendar algunos problemas de la estructura con una materia diversa a la que la compone – materia simbólica- pero que no basta para anudarla eficazmente. Por eso se constata que la solución feliz a los dilemas de la condición neurótica puede tornarse en un retorno ominoso de lo que se pretendían tratar.

Ante todo, porque la pulsión no es domesticable. Que se puede llegar a un arreglo definitivo con la pulsión es lo que nos hace creer el yo en la estructura, y los ideales de la cultura. Hay autores que sostienen que vivimos en la época de la toxicomanía generalizada (por ej. Sinatra, 2010), en la que somos todos adictos. Creemos que, lejos de ser todos adictos, somos todos consumidores, que no es lo mismo, y agregamos: todos fuimos adictos. Es lo que se deriva de la tesis freudiana de la adicción. Pues la satisfacción autoerótica y masturbatoria, que es la vía de satisfacción primordial de la pulsión, es equivalente a la de la adicción. Luego, todos fuimos en algún momento de nuestra constitución subjetiva, adictos a un órgano del cuerpo propio. Esa vía de satisfacción no se abandona por completo nunca, permanece en el tiempo como el inicio y el fin del circuito pulsional que bordea al objeto en el Otro. La cuestión, el problema que nos convoca, es precisamente el de cómo se puede producir el acortamiento de ese largo-circuito, la liberación de las cadenas del discurso inconciente, para retornar

al modo primario de satisfacción. En otras palabras, por qué razón algunos sujetos actualizan esa tendencia primordial y otros no.

Aquí el recurso a la época no tiene suficiente potencial explicativo. Pues las condiciones culturales son una causa relativamente estándar, que opera universalmente, y que con suerte sirve para entender por qué hay adicciones, por qué son síntomas sociales y por qué es la solución privilegiada en la civilización actual para paliar el malestar. Acá nos preguntamos por lo que diferencia a unos usos del tóxico de otros, y es por eso que hemos hecho un permanente contrapunto entre un recurso a la sustancia enmarcada en los andariveles de la estructura, un consumo regulado o limitado por la función fálica y remitido al objeto *a* en el fantasma, y un uso maníaco y fuera de toda medida –adictivo– del tóxico. Diríamos que las configuraciones epocales son condiciones necesarias pero no suficientes para que un sujeto singular haga el viraje a la adicción; la modalidad del lazo actual empuja a los sujetos a saltarse las vías de lo simbólico para la tramitación pulsional, lo que puede llegar a producir una emancipación de la toxicidad inherente al metabolismo del goce, pero hace falta algo más.

Podría pensarse que son las condiciones de desencadenamiento de la adicción, lo que permite entender por qué unos sujetos eligen la adicción y otros no. Pero en este punto de la investigación, hemos arribado a la conclusión de que dichas condiciones son inespecíficas, puesto que son isomórficas o equivalentes con las condiciones de desencadenamiento de la estructura neurótica. En ese sentido, las condiciones de desencadenamiento sólo reconfiguran las coordenadas subjetivas que prestarán la intensidad pulsional necesaria para que el sujeto tenga que responder por ello. Entonces, las mismas condiciones –por ejemplo, el encuentro con la falta en el Otro o el cese de una solución– pueden suscitar angustia y derivar en un síntoma o en una adicción, en una formación de compromiso o en una de ruptura.

¿Por qué elegir la ruptura al compromiso? Ciertamente es que la época desestima el recurso al Otro y por ende a lo inconciente y el síntoma, pero vemos que los sujetos siguen produciendo síntomas neuróticos, luego ¿basta las condiciones

epocales en conjunción con las condiciones de desencadenamiento de la estructura para que se instale un adicción?

Dijimos que una condición previa al montaje de la adicción era que fuese precedida por una iniciación. Establecimos que la iniciación no es la primera vez que se ingiere una sustancia, sino la primera vez en que ese consumo adquiere un valor libidinal, es decir, cuando se articula una función o se engarzan las condiciones de satisfacción pulsional con el efecto de la sustancia para un sujeto, y se la instrumentaliza. Así, la iniciación facilita una vía de satisfacción antes no habilitada, que no necesariamente deriva posteriormente en el montaje de una adicción. ¿Será necesario el desencadenamiento de la estructura para que un “iniciado” haga el viraje a la manía por el tóxico? Lo que preguntamos es si todo aquel que concede un valor libidinal al tóxico y articula sus efectos en una función, y que posteriormente se ve enfrentado a una coyuntura ética que conmueve a la estructura, termina instalando una adicción. Carecemos de elementos teóricos para justificar una tesis tal, pero además se nos escapa otro orden de condiciones que durante la investigación no hemos abordado.

Un breve paréntesis antes de continuar. Concluimos en el apartado anterior, diciendo que la adicción está en el orden de las soluciones, al costado del síntoma-metáfora y la sublimación, y como tal es una respuesta que intenta tramitar la pregunta subjetiva que se abrió con el desencadenamiento de la estructura, aunque sea desarticulando la posibilidad de hacerse preguntas y manteniendo el desencadenamiento. El sujeto responde ante la interpelación que le viene del Otro, por medio de alguna de las soluciones que tiene disponible. Pero, ¿qué tipo de elección es esta? Seguramente una elección no deliberada, inconsciente. ¿Es una elección al modo de lo que Freud denominó la *elección de la neurosis*? Que tras la interpretación de Lacan, podemos decir que se trata de una elección forzada, del tipo “la bolsa o la vida”, y que está sumamente determinada por las posibilidades que el Otro dispuso al sujeto para poder advenir como tal. Así, el sujeto es efecto de esa insondable decisión del ser. Pero la elección del síntoma o la adicción se produce en un momento muy posterior, por de pronto en

el interior de una estructura ya articulada y con una neurosis en función o potencialmente funcional; y tras un recorrido vital en que ya se ha elegido previamente la vía de tratamiento de lo real por lo real del tóxico –la iniciación. Entonces parece poco plausible hacer equivaler la elección del síntoma o la adicción, con la elección de una neurosis. Dejaremos en estado de aporía este problema, ya que su abordaje requiere de justificaciones más complejas que nos alejarían demasiado de nuestro tema, pero al menos la inquietud sirva de puntal para otra posible investigación.

Retomando, hay un orden de condiciones que no hemos explorado, pero que ha sido insinuado en un par de ocasiones en el transcurso de nuestro trabajo. Dice relación con las condiciones estructurales previas, o lo que Freud denominó los factores predisponentes para la formación de síntomas. Podemos considerar aquí tanto las vivencias traumáticas de la infancia, como sus efectos en la estructuración de la neurosis, que nunca es del todo acabada. Porque de las fallas de la estructura son testimonio las inhibiciones, los síntomas, las angustias... y las adicciones.

No son muchos los autores que se han referido a las condiciones de estructura previas a la instalación de la adicción. A este respecto creemos que la premisa lacaniana de que el toxicómano no existe podría inhibir la consideración de esta dimensión del fenómeno, que autores posfreudianos desarrollaron profusamente, reduciendo en muchos casos el problema de las adicciones al conflicto psíquico supuesto que las determinaba, en términos de fijaciones a un determinado estadio del desarrollo libidinal. Es decir, durante mucho tiempo se consideró que la adicción es producto de un defectuoso desarrollo del aparato psíquico por obra de la fijación a tal o cual estadio. Las posiciones derivada de la enseñanza de Lacan asumieron, casi todas, que la adicción es una elección indeterminada psíquicamente, porque no es específica de una estructura ni de una personalidad en particular. O si ha considerado este orden de condiciones, no se le ha tomado mucha atención, porque lo cierto es que aparece mencionado escasamente en la literatura.

Nosotros ya insinuamos algo de este orden, en el apartado 3.2) sobre el *estatuto no sintomático de la adicción*,

“hablamos de adicción cuando la estructura no sostiene la operación de tratamiento de lo real y se da el viraje a la manía. Es ahí que se produce la operación salvaje del síntoma, cuando no hay “etiqueta” que soporte el uso de la droga y la letra se haya desprovista de la envoltura formal que el inconciente prestaría para su tramitación”.

Decimos que llega un punto en que la estructura no sostiene una operación, y que la falta de sostén se debe a que falta una “etiqueta”, un nombre, podríamos decir ahora. En el apartado siguiente, sobre el problema del nombre asumido como un “yo soy”, dijimos, citando a Unterberg (1994), que *“Yo soy toxicómano”, no es sino el intento de nombrar en el sujeto a lo que no se cifra como falicización del goce*. Es decir, la nominación de la droga intenta nombrar lo que no se nombra, por una falta de etiqueta previa; que es lo que el padre²¹ no alcanza a nombrar y que queda fuera de la asimilación fálica del goce. Mostraremos dos ejemplos más que aluden a las condiciones de estructura, para ver si podemos abrir otras preguntas.

Mazzuca (2008), en una posición cercana a la de Le Poulichet (1987), señala que la adicción es un recurso narcisista al modo de un pseudo-fantasma, como el testimonio de la imposibilidad o *insuficiencia* en la función del fantasma de sostener el deseo. Por su parte, para López (2003), el sujeto adicto carece de los mecanismos de simbolización que le permiten anudar el goce con el significante, para producir un síntoma. Esta dificultad da la condición a la “cancelación tóxica” como vía casi obligatoria para poder emplazar una barrera química a la angustia. Entonces, se instala la adicción sólo en aquellos sujetos dominados por una cierta *tendencia compulsiva*, para quienes el trabajo de lo inconciente para recuperar

²¹ Recordemos que al final de su enseñanza, Lacan considera que la función del Nombre del Padre –el padre del nombre- es la de nominar y gracias a ello, anudar los tres registros al modo de un cuarto nudo, que denomina sinthome.

algo de la satisfacción perdida, es un proceso de rodeos significantes demasiado largos y complicados que no pueden realizar.

No pretendemos zanjar el problema aquí, sino encontrar los puntos críticos de nuestra exposición para plantear nuevas líneas de investigación. Lo que venimos exponiendo sobre las condiciones previas a la toxicomanía puede resumirse en términos de que habría una falla en la soldadura entre la pulsión y el significante, falla que interrumpe tanto la eficacia de la actividad fantasmática, como la creación metafórica de síntomas. La adicción intentaría producir esa soldadura mediante un suplemento específico –el pseudo-fantasma, o la formación narcisista- para sostener el fantasma original ante lo insoportable. Esa falla o defecto en los mecanismos de simbolización nos conduce a un problema en la inscripción del Nombre del Padre, que podría configurar una neurosis con dificultades para su puesta en función. Nos permitiremos hacer un par de observaciones a la serie de argumentos que presentamos.

En primer lugar, la idea de una insuficiencia o una falla en los mecanismos que operan en la estructura es de por sí, problemática, porque fácilmente puede inducir a suponer que existen formas correctas y bien ajustadas en el funcionamiento de una neurosis. Es lo que sucede cuando se habla de neurosis “altas” y “bajas”, como si al interior de la estructura existieran realmente jerarquías de acuerdo a sí se acercan o se alejan de un ideal. Ideal que, como sabemos, no es más que un ideal de los psicoanalistas. Entonces, ¿bajo qué criterio podemos decir que hay o no una insuficiencia? Sólo bajo un criterio ordenado fálicamente, considerando la medida de lo que hay y debería haber en relación con un ideal. Una salida posible a este atolladero sería abordar el problema con otros conceptos, diversos a los de la clínica estructural²². Las conceptualizaciones de Lacan acerca del anudamiento borromeo de los registros, permiten pensar con nociones que no jerarquizan el funcionamiento de los sujetos, sino que

²² Un problema similar se presenta cuando definimos a la psicosis por la falta de un significante primordial. La definición por el defecto deja siempre en suspenso lo que el fenómeno tiene de positivo.

homogenizan las diversas formas de armar el nudo, como modos posibles de habérselas con una ausencia, por la que todos tenemos que responder.

En consonancia con la observación anterior, debemos decir que la consideración de que existe una *tendencia compulsiva* a la base de las adicciones (López, 2003), no puede sino levantar suspicacias, ya que es un argumento que porta resabios de lo que se ha considerado en otras orientaciones del psicoanálisis como la “personalidad adictiva”. Nos recuerda a la falacia conocida como petición de principios, en la versión del *Enfermo imaginario* de Moliere: “¿Por qué el opio causa sueño?” A lo que el médico responde, “porque tiene una virtud dormitiva”. Aplicado a las adicciones: “¿Por qué un sujeto se hace adicto? Porque tiene una tendencia adictiva. Y ¿qué es la tendencia adictiva? Lo que lleva a un sujeto a la adicción”. La falacia reside en que se usa el término de “tendencia compulsiva” como si fuera distinto del de “tendencia adictiva” o “adicción”, creando una circularidad en la prueba.

Es un error común entre los terapeutas de adicciones y entre los mismos pacientes, creer que la adicción de un sujeto se explica por la tendencia previa a relacionarse compulsivamente con los objetos. Conductas que bien podrían ser inocuas y pasar desapercibidas en el discurso de un paciente, son sancionadas *apres coup*, ya instalada la adicción y operando la identificación al “yo soy”, como antecedentes de la compulsión. Del lado del paciente, la identificación masiva al ser de adicto suele teñir la declaración de su historia²³, y del lado del terapeuta, suelen ser recortados esos pasajes del relato que dan consistencia a la figura del adicto, sobre todo ante el vacío de sentido en el discurso al que muchas veces se ven confrontados. Lo que se descuida en estas asunciones es lo que hemos derivado de la tesis freudiana: que la pulsión es inherentemente adictiva. Luego, la tendencia compulsiva es potencialmente observable en cualquier sujeto, más allá de que recurra a sustancias o actividades pasibles de articular una adicción, pues de cualquier manifestación pulsional desanudada de los operadores que regulan la

²³ Es un lugar común la declaración de ser adicto “desde siempre”.

satisfacción podría decirse que comporta algo de la manía, con las consecuencias tóxicas que ya hemos descrito.

Una última observación al argumento de las condiciones previas de la adicción. Si las fallas estructurales en la neurosis que derivan en la adicción tienen su origen en una defectuosa inscripción del Nombre del Padre y en una puesta en función a medias del falo, entonces habría que investigar cuáles son las especificidades en el defecto de la inscripción, lo cual nos redirige a otro sector espinoso de la investigación psicoanalítica: el de los discursos de la declinación del padre (Tort, 2008). A todas luces la función del padre y la institución del patriarcado han sufrido cambios desde hace por lo menos cien años (Radiszcz, 2009). Sería pertinente aclarar, en primer lugar, de qué modo la declinación social del Nombre del Padre se corresponde con la inscripción de esta función en los sujetos singulares –porque si no se corresponden sería un dato irrelevante para el psicoanálisis; y en segundo lugar, cabría aclarar qué significa que haya una inscripción defectuosa o desfalleciente del Nombre del Padre. Porque Lacan se refiere eminentemente a una inscripción o a una forclusión, pero no a una inscripción incompleta. Pensamos que las teorías del defecto en la neurosis suelen tener una pregnancia imaginaria que las hace verosímiles, pero a su vez adolecen muchas veces de una inconsistencia con el conjunto de la teoría de la que provienen.

Las palabras de Salamone (2014) resumen de manera inmejorable nuestra posición al respecto.

“Se habló mucho de la caída del padre en nuestra época, se habló, diría yo, demás. Porque es verdad que cambió el estilo del padre, ¿pero esto implica que no opere la función paterna? En los casos que opera, lo hace. Sin dudas ha cambiado el estilo de la paternidad, ya no se trata del padre de antes, no tenemos la presencia de un padre autoritario, cambian ciertas configuraciones.

Esto repercutió por ejemplo en la configuración del superyó. Al no operar el Nombre del Padre de esa manera en que puede operar a partir de un amo que no

recibe cuestionamiento alguno, el superyó tiende a jugarse en el afuera. A eso me refería con la presentación de una nueva topología. Aunque en verdad no es nuevo: solo que antes estaba más reservado para las mujeres que, con su endeblés superyoica, porque la castración no las golpeaba tanto, podían ubicar el superyó en el exterior, en la figura de la madre o del partenaire, y quedar presas de un estrago” (ibid., p. 49).

Nos hacemos la siguiente pregunta, ¿acaso no es propio de toda inscripción del Nombre del Padre, dejar por fuera del significante una porción del goce no asimilado? En otras palabras, ¿no tiende a fallar ineludiblemente el Nombre del Padre en la ligazón del significante al goce? Es eso lo que hace los desarreglos del goce, otro nombre para pensar en los desencadenamientos. De ser así, el defecto es de la estructura, y no de la estructuración singular de tal o cual sujeto. Como sea, no es cuestión que vamos a dirimir aquí, por eso lo dejamos como interrogante abierta.

Lo interesante de la cita es que descentra el problema de las adicciones de su cualidad defectual, de lo que les falta o tienen a medias, para reconducirlo a lo que tienen de positivo: el exceso, proveniente de un superyó que se localiza en el afuera. Entonces, ¿es por un defecto en el Nombre del Padre o por un exceso en la intensidad del imperativo superyoico, que se dan las condiciones estructurales para instalar la adicción? ¿Ambas condiciones son caras de la misma moneda? En el par de viñetas del apartado anterior vimos que habían condiciones estructurales previas que en primera instancia no guardaban directa relación con un defecto de lo simbólico: la identificación al padre ideal, cuando este lleva a lo peor, en el caso del estrago de María, y por otra parte, la presencia de un significante que denotaba una marca de goce de la infancia, “la mejor”, en el caso del agua tóxica de Mario. Ambas condiciones articulan la función del significante con la satisfacción pulsional, y son determinantes en la vía que se elige para responder por lo insoportable. Creemos que estos casos abren todo un campo de investigación posible, por cuanto son ejemplos de condiciones estructurales que se sitúan en ese espacio intermedio de causalidad que va entre las

configuraciones epocales y los factores de desencadenamiento de la adicción. Es indispensable ahondar más profundamente en estas condiciones para arribar a un cuadro bien articulado y consistente de la psicopatología psicoanalítica de las adicciones en la neurosis.

7.2. Consecuencias para la práctica clínica

De lo que hemos dicho hasta ahora, se pueden y se deben desprender algunas consecuencias para la práctica clínica, que sólo apuntaremos brevemente sin extendernos en ello. Decimos que se deben desprender efectos, o si no se correría el riesgo de hacer de una investigación inspirada en la ética psicoanalítica, un mero cúmulo de saberes sin consecuencias: un ejercicio burocrático. Lejos de pretender desprender recetas, nos limitaremos a tomar un par de ideas que puedan animar y darle vida a los conceptos con que hemos trabajado. Son sólo pistas, señales que podrían orientar la escucha y las intervenciones del analista.

En primer lugar, de la investigación saltan a la vista consecuencias para el diagnóstico en las adicciones. Dijimos que a partir de la localización de las coordenadas del desencadenamiento se podría situar a su vez la función del tóxico, y precisando la función del tóxico se rastrea la pregunta que provocó el viraje a la manía.

Por otra parte, Zaffore (2008) plantea que la función del tóxico, al contrario de lo que se suele pensar, muestra la estructura en vez de taponarla. Es decir que si se logra construir la función del tóxico en el análisis, establecer de qué modo y para qué un sujeto instrumentaliza la sustancia, es posible captar el punto de la estructura que flaqueó en el momento de desencadenamiento: aquello por lo cual se hizo necesario emplazar una defensa química. Habría una continuidad entre la función del tóxico, el punto de desencadenamiento y el tipo de estructura de que se trata. Porque un psicótico y un neurótico no se desestabilizan ante lo mismo, y

la función del tóxico –es decir, los intentos de estabilización que esta introduce- se abocará específicamente a tratar los puntos que cada estructura requiere tratar.

En segundo lugar, creemos que la pesquisa de las condiciones de entrada en la adicción puede entregar un material valioso para orientar la dirección de la cura. Saber cómo se entró al montaje toxicómano y qué se desanudó en la estructura, permite intuir qué se precisa reencadenar. Podemos mirarlo desde la perspectiva de una ruptura con el objeto *a* en el fantasma, en tanto efecto del desencadenamiento de la estructura. Otra forma de decirlo, es plantear que la entrada en la adicción supone una suspensión del funcionamiento del piso inferior en el discurso del inconciente: ruptura del losange que articula al sujeto con el objeto. Recordemos que para Medina (2000) el fantasma opera en las adicciones *“a cielo abierto, en toda su insensatez obscena y sin el envoltorio llamado “formal””* (p. 131), y que el objeto se desliga de su función de causa de deseo, que reside en la cualidad vacía del *a*, pues la sustancia llenaría o daría cuerpo y existencia a este objeto.

Puesto en estos términos, el trabajo preliminar de análisis debería orientarse en términos generales, a poner en funcionamiento el losange de inclusión-exclusión entre el sujeto y el objeto. Si el fantasma opera aquí a cielo abierto, habría que intervenir de un modo en que se pueda producir un velamiento del objeto, o una brecha entre éste y el sujeto, para que por añadidura pierda consistencia. De momento, lo único que se nos ocurre al respecto tiene que ver con el manejo de la transferencia real en el análisis. O sea, es preciso vaciar el espacio analítico del goce que actúa el sujeto en sesión. He aquí un rasgo muy propio y recurrente de esta clínica: el sujeto demanda al analista lo que pide de cualquier otro objeto de consumo, o intenta emplazar una relación de adhesión adictiva con él, como si pudiese obtener de la relación transferencial una satisfacción sin mediación de lo inconciente. Como sería esperable, una relación que tome esta forma obturaría el vacío de goce, la abstinencia o la insatisfacción, en palabras de Freud, que el trabajo analítico requiere para causar la asociación libre. Luego será imprescindible producir las maniobras transferenciales

necesarias para que se reduzca la satisfacción pulsional en la relación analítica, y con ello el objeto pierda presencia.

También podemos mirar la configuración de entrada en la adicción en otra perspectiva. Si lo que se instaló como una identificación masiva al ser de adicto es lo que comanda la estabilización de la formación de ruptura, entonces la salida de la adicción, y con ella, la deconsistencia de la certidumbre del sujeto, será correlativa de una caída de esa identificación. Si bien no se puede prescribir una fórmula para hacer caer la identificación, al menos será contraindicado darle más consistencia y sentido, sobre todo si se ha verificado el diagnóstico de neurosis.

Por último, si contemplamos la entrada en la adicción como una ruptura con el Otro, la gran dificultad en el proceso será la posibilidad de instalar una transferencia simbólica, que parece imposible si sigue operando el rechazo del saber inconciente. Suponemos acá que el desencadenamiento desarticula el piso superior del discurso del amo, produciendo una ruptura en la relación del S1 con el S2. Sin esta relación no hay asociación libre –el clásico silencio y el vacío de sentido en el discurso de estos sujetos- ni efecto de representación del sujeto; no hay espacio intersticial para su alojamiento. Recordemos que Lacan (1963-64) postulaba que, en su naturaleza, el síntoma es goce y que este goce se basta a sí mismo, por ende es autoerótico. El síntoma en la adicción se presenta de este modo. Sin embargo, nos da una pista fundamental: la posibilidad de conmover ese hueso duro de roer reside en que se le sobreagregue la transferencia, sólo así puede tornarse interpretable, porque transforma su naturaleza cruda en un mensaje al Otro. Pero para ello primero *hay que creer en el síntoma, creer en que quiere decir algo.*

Hacer creer al sujeto que su síntoma quiere decir algo parece ser la llave de bóveda para el problema del desenganche al Otro. Aquí la localización de las coordenadas de iniciación y desencadenamiento muestran toda su relevancia clínica, no sólo en la construcción del caso sino en la dirección de la cura. Podemos anticipar que en estas patologías, una construcción del caso junto al sujeto en cuestión puede tener efectos de implicación subjetiva, con sus

consiguientes efectos transferenciales. Sucede que en buena parte de las consultas, la iniciación y el desencadenamiento no tienen ninguna relevancia porque no se observan las coordenadas que hayan configurado una coyuntura. Se le pregunta al sujeto cuándo empezó a consumir y cuándo perdió el control de su consumo, y con suerte rescata una fecha, o un momento de su vida; jirones de recuerdos. Que adquiera esa relevancia y sentido, es decir, que se configure a posteriori una coyuntura para el sujeto, es precisamente a lo que debe orientarse el análisis preliminarmente: construir con el paciente un pasado histórico atravesado por lo traumático.

Cuando decimos que hay que construir, nos referimos al uso preliminar de la construcción tal como Freud (1937) la definió en *Construcciones en análisis*:

“Todos sabemos que el analizado debe ser movido a recordar algo vivenciado y reprimido por él, y las condiciones dinámicas de este proceso son tan interesantes que la otra pieza del trabajo, la operación del analista, pasa en cambio a un segundo plano. El analista no ha vivenciado ni reprimido nada de lo que interesa; su tarea no puede ser recordar algo. ¿En qué consiste, pues, su tarea? Tiene que colegir lo olvidado desde los indicios que esto ha dejado tras sí; mejor dicho: tiene que construirlo.

(...) Es «construcción», en cambio, que al analizado se le presente una pieza de su prehistoria olvidada” (ibid., 260; 262).

Hay que agregar a la cita que para el caso de las adicciones, el olvido no suele ser un efecto de la represión, sino de la amnesia tóxica inducida por la sustancia. Por ende lidiamos con un rechazo decidido de las determinaciones de la verdad histórica. El desafío estriba en cómo hacer verosímil una mínima construcción de sentido a un sujeto que ha optado por descreer en los semblantes del Otro. *La orientación es reinstalar el funcionamiento de las ficciones de la estructura, para que el sujeto crea y quiera hablar de eso, empezar a producir un velo alternativo al que intenta la adicción. Eso puede reencadenar al S1 con el S2, abriendo la posibilidad de una entrada en función del discurso del amo o discurso*

del inconciente, y con ello, la atribución de una suposición de saber a quien ocupa el lugar de analista.

En una posición similar, Freda (1994) es tajante al respecto: al adicto hay que inventarle un inconciente. Naparstek (2010) por su parte, lo señala de un modo que resulta provocador: hay que enfermar al paciente, inventarle un síntoma. Para que eso sea factible, creemos, es necesario primero enfermarlo de recuerdos, reales o contruïdos por el trabajo de análisis, puesto que ellos portan una unidad mínima representacional para activar el conflicto psíquico, ahí donde se lo ha rechazado. Activar lo traumático que suscitó el desencadenamiento, para que se establezca un nexo de causalidad entre su consumo actual y la coyuntura en que eligió esa salida.

En resumen, es reintroducir un tiempo de comprender que se abortó prematuramente, porque el desencadenamiento de la estructura abrió un tiempo de ver que prontamente fue cegado, erigiendo una certidumbre -el yo soy, que implica un yo no pienso- en el lugar de una pregunta.

8. BIBLIOGRAFÍA

- Abello, E. (2002). *Contribución al abordaje de la toxicomanía en su relación con la identidad sexual*. En VV.AA., *Pharmakon* 9. Barcelona: TyA edición.
- Abello, E. (2009). *El agua tóxica de Mario*. En Naparstek, F., *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo II*, Buenos Aires: Grama ediciones.
- Alemán, J. (1992). *Discurso capitalista y ética del psicoanálisis*. En E. Sinatra, D. Sillitti, & M. Tarrab (Comps.), *Sujeto, goce y modernidad II*. Buenos Aires: Atuel.
- Alvarez, J.M. (1994). *Toxicomanía y pathos del discurso*. En E. Sinatra, D. Sillitti, & M. Tarrab (Comps.), *Sujeto, goce y modernidad III. De la monotonía a la diversidad*. Buenos Aires: Atuel.
- Andretta, S. (1997). *Estragos de la ignorancia*. En *Pharmakon* 6/7. La Paz: Plural editores.
- Aucremanne, J.L. & Josson, J.M. (1994). *Toxicomanía: diagnóstico y tratamiento*. En E. Sinatra, D. Sillitti, & M. Tarrab (Comps.), *Sujeto, goce y modernidad III. De la monotonía a la diversidad*. Buenos Aires: Atuel.
- Baudrillard, J. (1968). *El sistema de los objetos*. México: Siglo XXI.
- Baudrillard, J. (1970). *La sociedad de consumo, sus mitos, sus estructuras*. Madrid: Siglo XXI.
- Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. Madrid: FCE.
- Bousoño, N. & Carew, V. (2003). *Lo Uno y los Otros*. En VV.AA., *El psicoanálisis aplicado a las toxicomanías*. Buenos Aires: Grama ediciones.
- Braunstein, N. (1990). *El goce. Un concepto lacaniano*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Constanza, V. & Natale, F. (2003). *Toxicomanías y neurosis*. En VV.AA., *El psicoanálisis aplicado a las toxicomanías*. Buenos Aires: Grama ediciones.
- Ehrenberg, A. (1991). *Individuos bajo influencia. Drogas, alcoholes, medicamentos psicotrópicos*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Escohotado, A. (1998). *Historia general de las drogas*. Madrid: Espasa Calpe.
- Freda, H. (1994). *Conclusión*. En E. Sinatra, D. Sillitti, & M. Tarrab (Comps.), *Sujeto, goce y modernidad III. De la monotonía a la diversidad*. Buenos Aires: Atuel.

Freda, H. (2003). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. En VV.AA., *El psicoanálisis aplicado a las toxicomanías*. Buenos Aires: Grama ediciones.

Freud, S. (1896). *Manuscrito K, en Fragmentos de la correspondencia con Fliess*. Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu ediciones.

Freud, S. (1897). *Carta 79, en Fragmentos de la correspondencia con Fliess*, Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu ediciones.

Freud, S. (1898a). *La sexualidad en la etiología de la neurosis*, Vol. III. Buenos Aires: Amorrortu ediciones.

Freud, S. (1905). *Fragmento de análisis de un caso de histeria*, Vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu ediciones.

Freud, S. (1908). *Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*, Vol. IX. Buenos Aires: Amorrortu ediciones.

Freud, S. (1909). *A propósito de un caso de neurosis obsesiva*, Vol. X. Buenos Aires: Amorrortu ediciones.

Freud, S. (1912a). *Contribuciones para un debate sobre el onanismo*, Vol. XII. Buenos Aires: Amorrortu ediciones.

Freud, S. (1912b). *Sobre los tipos de contracción de la neurosis*, Vol. XII. Buenos Aires: Amorrortu ediciones.

Freud, S. (1915). *La represión*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu ediciones.

Freud, S. (1916-17). *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, Vol. XVI. Buenos Aires: Amorrortu ediciones.

Freud, S. (1917). *Duelo y melancolía*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu ediciones.

Freud, S. (1928). *Dostoievski y el parricidio*. Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu ediciones.

Freud, S. (1930). *El malestar en la cultura*, Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu ediciones.

Freud, S. (1933). *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, Vol. XXII. Buenos Aires: Amorrortu ediciones.

Freud, S. (1937). *Construcciones en el análisis*, Vol. XXIII. Buenos Aires: Amorrortu ediciones.

Geberovich, F. (2000). *Situación de la toxicomanía en la psicopatología analítica*. En Donghi, A. & Vasquez, L. (Comps.), *Adicciones. Una clínica de la cultura y su malestar*. Buenos Aires: JVE ediciones.

Green, A. (2002). *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo*. Buenos Aires: Amorrortu ediciones.

Kauffman, P. (1996). *Elementos para una enciclopedia del psicoanálisis*. El aporte freudiano. Buenos Aires: Paidós.

Karothy, R. (2002). *Principios para una conceptualización de las toxicomanías*. En Karothy, R. (Comp.). *Contexto en psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Lazos.

Lacan, J. (1951). *Intervención sobre la transferencia*. En *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. (1955-56). *El seminario 3. Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1956-57). *El seminario 4. La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1957-58). *El seminario 5. Las formaciones del inconciente*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1958). *La significación del falo*. En *Escritos II*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. (1962-63). *El seminario 10. La angustia*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1966). *Psicoanálisis y medicina*. En *Intervenciones y textos 1*. Buenos Aires: Manantial.

Lacan, J. (1967). *Alocución sobre las psicosis del niño*. En *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1968-69). *El seminario 16. De Otro al otro*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1969-70). *El seminario 17. El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1971-72a). *El seminario 19. ... O peor*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1971-72b). *El saber del psicoanalista. Charlas en Saint Anne*. Recuperado el 09 de mayo de 2014, del sitio web <http://marthadicroce.blogspot.com.ar/2011/08/el-saber-del-psicoanalista-1972-jacques.html>.

Lacan, J. (1972). *Del discurso psicoanalítico. Conferencia en Milán*. Recuperado el 09 de mayo de 2014, del sitio web

<http://elpsicoanalistalector.blogspot.com.ar/2013/03/jacques-lacan-del-discurso.html>.

Lacan, J. (1973). *La tercera*. Recuperado el 09 de mayo de 2014, del sitio web <http://www.edipica.com.ar/archivos/jorge/psicoanalisis/lacan6.pdf>

Lacan, J. (1974). *Televisión*. En Otros escritos. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1974-75). *El seminario 22. RSI*. Recuperado el 09 de mayo 2014, del sitio web https://planetafreud.files.wordpress.com/2011/05/sem22_rsi.pdf.

Lacan, J. (1975a). *Sesión de clausura de las jornadas de carteles de la Escuela Freudiana de París*. Recuperado el 09 de mayo de 2014, del sitio web <http://elpsicoanalistalector.blogspot.com.ar/2010/03/jacques-lacan-y-otros-jornada-de-los.html>.

Lacan, J. (1975b). *Conferencia de Ginebra sobre el síntoma*. Recuperado el 09 de mayo de 2014, del sitio web <http://elpsicoanalistalector.blogspot.com.ar/2009/03/jacques-lacan-conferencia-en-ginebra.html>.

Lacan, J. (1975-76). *El seminario 23. El sinthome*. Buenos Aires: Paidós.

Laurent, E. (1988). *Tres observaciones sobre la toxicomanía*. En E. Sinatra, D. Sillitti, & M. Tarrab (Comps.), *Sujeto, goce y modernidad II*. Buenos Aires: Atuel.

Lecour, B. (1992). *La toxicomanía en el discurso del capitalista (el sujeto frente a los productos del discurso)*. En E. Sinatra, D. Sillitti, & M. Tarrab (Comps.), *Sujeto, goce y modernidad*. Buenos Aires: Atuel.

Le Poulichet, S. (1987). *Toxicomanías y psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.

Levin, K. (1978). *Freud y su primera psicología de las neurosis, una perspectiva histórica*. México: Fondo de cultura económica.

Lewkowicz, I. (2000). *Subjetividad adictiva: un tipo psicosocial históricamente instituido*. En Donghi, A. & Vasquez, L. (Comps.), *Adicciones. Una clínica de la cultura y su malestar*. Buenos Aires: JVE ediciones.

Lipovetsky, G. (2007). *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad del hiperconsumo*. Barcelona: Anagrama.

López, C. (2006), *La adicción a sustancias químicas: ¿puede ser efectivo un abordaje psicoanalítico?*, en Revista Psykhe, 15, N°1, 67-77.

López, H. (2003). *Las adicciones: sus fundamentos clínicos*. Buenos Aires: Editorial Lazos.

Luongo, L. (1994). *Modalidad de consumo. Particularidad del goce*. En E. Sinatra, D. Sillitti, & M. Tarrab (Comps.), *Sujeto, goce y modernidad III. De la monotonía a la diversidad*. Buenos Aires: Atuel.

Mazzuca, M. (2008). *Las afecciones narcisistas*. En Naparstek, F. (Comp.), *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo*, Buenos Aires: Grama ediciones.

Medina, C. (2000). *La letra que causa el goce toxicómano*. En VV.AA., *Pharmakon 8*. La Paz: Plural editores.

Miller, J.-A. (1989a). *Patologías de la ética*. En *Lógicas de la vida amorosa*. Buenos Aires: Manantial.

Miller, J.-A. (1989b). *Para una investigación sobre el goce autoerótico*. En E. Sinatra, D. Sillitti, & M. Tarrab (Comps.), *Sujeto, goce y modernidad*. Buenos Aires: Atuel.

Mollo, J.P. (2008). *Toxicomanía y filiación*. En VV.AA., *Lo inclasificable de las toxicomanías*. Buenos Aires: Grama ediciones.

Naparstek, F. (1994). *Despistado*. En VV.AA., *Pharmakon 2*. Buenos Aires: Amatista.

Naparstek, F. (1997). *La toxicomanía un síntoma: salvaje*. En VV.AA., *Pharmakon 6/7*. La Paz: Plural editores.

Naparstek, F. (2008). *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo I*, Buenos Aires: Grama ediciones.

Naparstek, F. (2009). *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo II*, Buenos Aires: Grama ediciones.

Naparstek, F. (2010). *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo III*, Buenos Aires: Grama ediciones.

Radyszcz, E. (2009). *Algunas observaciones sobre la tesis de la declinación del padre y la cuestión de la Ley en psicoanálisis*. En *Revista de Psicología de la Universidad de Chile*, Vol. XVIII, N° 1, 2009.

Salamone, L. (2003). *La droga, ¿síntoma o estrago?* En VV.AA., *El psicoanálisis aplicado a las toxicomanías*. Buenos Aires: Grama ediciones.

- Salamone, L. (2014). *El silencio de las drogas*. Buenos Aires: Grama ediciones.
- Sinatra, E. (1992). *Variantes del argumento ontológico en la modernidad*. En E. Sinatra, D. Sillitti, & M. Tarrab (Comps.), *Sujeto, goce y modernidad*. Buenos Aires: Atuel.
- Sinatra, E. (2010). *¿Todo sobre las drogas?* Buenos Aires: Grama ediciones.
- Sinatra, E. (2011). *Demoliendo sintagmas: la iniciación sexual y los drogadictos*. En VV.AA., *Pharmakon 12*. Buenos Aires: Grama ediciones.
- Soler, C. (1988). *Finales de análisis*. Buenos Aires: Manantial.
- Tarrab, M. (1995). *Hacer existir lo inconciente*. En VV.AA., *Pharmakon 4/5*. Buenos Aires: Amatista.
- Tarrab, M. (2000). *La substancia, el cuerpo y el goce toxicomaniaco*. En E. Sinatra, D. Sillitti, & M. Tarrab (Comps.), *Más allá de las drogas*. La Paz: Editorial Plural.
- Tarrab, M. (2003). *Algo peor que un síntoma*. En VV.AA., *El psicoanálisis aplicado a las toxicomanías*. Buenos Aires: Grama ediciones.
- Texeira, F. (1995). *Toxicomanía y rasgo de perversión*. En VV.AA., *Pharmakon 3*. Buenos Aires: Amatista.
- Tort, M. (2008). *Fin del dogma paterno*. Barcelona: Paidós ibérica.
- Unterberger, M. (1994). *Estatuto del "yo soy" en la toxicomanía y el alcoholismo*. En E. Sinatra, D. Sillitti, & M. Tarrab (Comps.), *Sujeto, goce y modernidad III. De la monotonía a la diversidad*. Buenos Aires: Atuel.
- Vera Ocampo, E. (1988). *Droga, psicoanálisis y toxicomanía: las huellas de un encuentro*. Buenos Aires: Paidós.
- Verdicio, O. & Viganó, C. (1994). *La clínica de Jacques Lacan en un centro para toxicómanos y alcohólicos*. En E. Sinatra, D. Sillitti, & M. Tarrab (Comps.), *Sujeto, goce y modernidad III. De la monotonía a la diversidad*. Buenos Aires: Atuel.
- Vetrano, S. (1995). *La toxicomanía y la clínica de la continuidad y la holofrase*. En VV.AA., *Pharmakon 3*. Buenos Aires: Amatista.
- Zaffore, C. (2008). *Toxicomanía y psicosis I*. En Naparstek, F. (Comp.), *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo*, Buenos Aires: Grama ediciones.